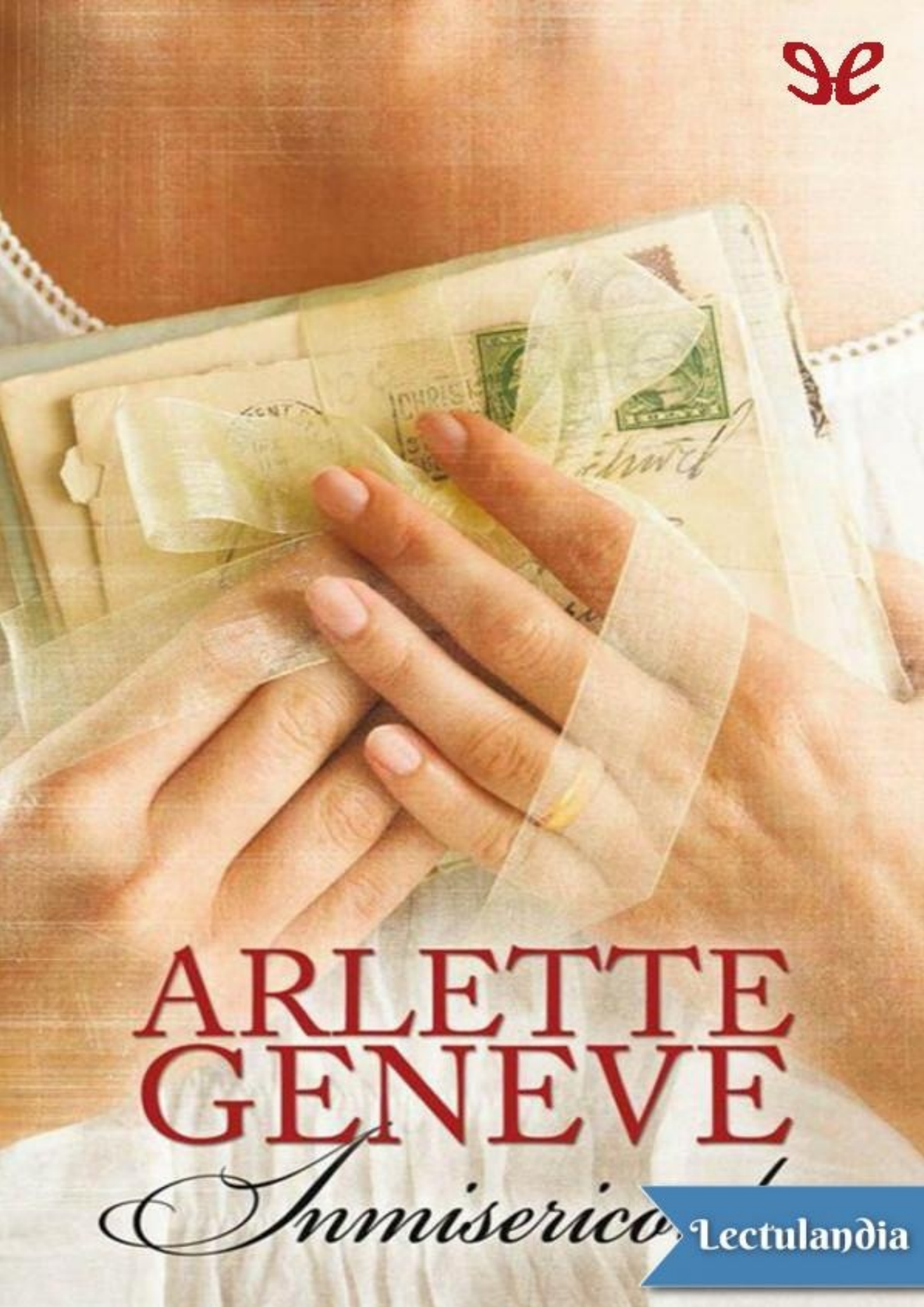




ARLETTE GENEVE

Misericordia

Lectulandia

Violet de Vílchez se consume por la culpa de haber codiciado lo que no era suyo, por haber seducido al gran Diego Vílchez de Soriano, un oficial del ejército apuesto y valiente, a instancias de su tío. Pero lo había hecho por amor, no solo por ayudar a su familia. Sin embargo, la culpa por haber impedido que Diego fuera feliz junto a la mujer a la que amaba no la deja vivir.

Diego es un hombre de honor, de palabra, un hombre íntegro de la cabeza a los pies, decidido a cumplir con su deber hasta las últimas consecuencias, aunque signifique prescindir del amor.

Lo único que parece unirlos es su hijo, Miguel, un ángel que llena de risas la casa...

Lectulandia

Arlette Geneve

Inmisericorde

ePub r1.0

Titivillus 16.10.2018

Arlette Geneve, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

El barón de Bidasoa

Quinto mandamiento: No matarás.

Batalla de Alcolea, 7 de junio de 1808

Un ejército compuesto por más de siete mil infantes, tres mil caballos y veinticuatro piezas de artillería, al mando del general Dupont, entró en Andalucía con la intención de arrasarla por completo, sin embargo, en el puente de Alcolea se encontró con una resistencia de tres mil soldados españoles, muchos de ellos labriegos, mineros y muchachos que poseían más valor en sus almas, que años en sus cuerpos.

Todos esperaban al ejército francés con la única defensa de doce cañones, pero seguían con tenacidad las órdenes del coronel Pedro Agustín de Echevarri. Aunque el ejército español rechazó en un primer momento el embate francés, la superioridad, tanto numérica como material de los galos, hizo que el ejército español se replegara hacia atrás perdiendo terreno y, posteriormente, la batalla.

El General Dupont, una vez vencida la débil resistencia española, pudo entrar en la ciudad cordobesa por la puerta oeste y se dedicó, en represalia, a saquear por completo la hermosa ciudad del Guadalquivir. Y lo hizo durante nueve días que a los cordobeses les parecieron eternos.

Arrasó sin piedad iglesias, conventos, casas. Robaron todo tipo de carros, caballos y dinero.

El ejército vencedor se ensañó especialmente en conventos, donde violaron y mataron a mujeres inocentes que habían buscado refugio entre los muros sagrados de los templos. Robaron las imágenes religiosas, enseres y dinero que pertenecían a varios palacios, entre ellos el de Viana, donde se apoderaron de un total de ochenta mil reales.

Tras el desafuero perpetrado en Córdoba, las tropas imperiales abandonaron la ciudad cuando conocieron la capitulación de la Armada francesa en la bahía de Cádiz, así como la formación del ejército de Andalucía comandado por el general Castaños, que venía hacia el sur acompañado de las tropas del general Reding.

Unos días más tarde, el mismo general Castaños hizo su entrada en la ciudad vencida, saqueada, y allí comenzó a preparar la batalla que lo enfrentaría más tarde al ejército imperial de Napoleón Bonaparte.

Córdoba se convirtió en la base de la guarnición militar del sur de España.

Miguel Vílchez de Soriano, conocido por todos como el Barón, se sentía indignado por la invasión extranjera por parte del ejército de Napoleón, y lo enfurecían las enormes atrocidades que cometían los soldados galos contra gente inocente. La falta de respeto hacia la santidad de la vida y la ausencia de piedad a la hora de provocar la muerte, le resultaban repulsivos. Aborrecibles. Las calles de Córdoba habían sido sembradas de cadáveres, y esa impotencia y rabia que masticaba, lo impulsó a comandar una guerrilla de valientes cordobeses para hacer frente a las tropelías invasoras. Por ese motivo, con premeditada frialdad y orgullo desmedido, atacó y derrotó a una guarnición de cincuenta y cinco dragones en las inmediaciones de Cerro Muriano, y le dio muerte a un total de diez soldados e hizo prisioneros a los restantes. Poco después penetró en el pueblo, con el deseo de avivar el espíritu de lucha que había sido mermado con premeditación, y para que no se dejaran vencer por el desánimo. Los imperialistas, sabedores de la intrepidez del noble y la ausencia de cobardía claramente demostrada, trataron de darle caza y muerte, pero los guerrilleros que guiaba el Barón no se amedrentaron por las continuas emboscadas.

Ayudados por vecinos cercanos de otros pueblos que portaban trabucos viejos, además de otros labriegos armados con hoz y cuchillos, se posicionaron en las mismas calles de Cerro Muriano donde comenzaron una sangrienta batalla. Los franceses trataron de huir ante el despliegue de valor y voluntad hispana, aunque no pudieron esconderse en la mina del Cerro Vértice como era su intención, y todos terminaron muertos a cuchillo.

No obstante, la guerra contra Francia iba a resultar larga y devastadora, e iba a dividir creencias y posturas. Familias y amigos.

El muchacho, de apenas quince años, miró detenidamente a Julio Peña, uno de los guerrilleros más feroces que componían el grupo que comandaba su padre. Sujetaba por los cabellos a una mujer, al mismo tiempo que apretaba la hoja afilada de su navaja contra el cuello femenino. El miedo era visible en la expresión demudada de su rostro.

Una partida de guerrilleros, bajo el mando de Julio Peña, había entrado en la población de Lucena y habían capturado a un destacamento de Granaderos franceses que estaba acuartelado en el pueblo. Junto al destacamento galo, encontraron a una mujer que había cometido el fatal error de casarse con el oficial al mando, el capitán Louis Caillere. Cuando los detuvieron, los llevaron hasta la plaza y los asesinaron a todos, salvo a la mujer a quien habían desnudado y apaleado hasta el punto de la

inconsciencia. Y ahora pretendían darle muerte como ejemplo para el resto de mujeres cordobesas.

—¡Suéltela, Peña! —Diego Vílchez utilizó un tono firme, que no admitía discusión, como había escuchado infinidad de veces a su padre.

El guerrillero sostuvo la mirada al joven con insolencia. El hijo y primogénito del Barón sostenía un trabuco cargado en sus escuálidos brazos, y apuntaba directamente al pecho del guerrillero sin un titubeo.

—Es una perra traidora —espetó Julio en un tono ácido que corroía.

El joven parpadeó una sola vez.

—El Barón decidirá si lo es, pero nosotros no somos asesinos de mujeres y niños. Defendemos una causa justa, y matar inocentes no es una de ellas.

Una carcajada generalizada le hizo entrecerrar los ojos alerta. Varios guerrilleros secundaban a Peña, y Diego lamentó que su padre no estuviera en el campamento para evitar el asesinato impune de una mujer.

—¿Crees que ellos tendrían piedad de ti? —le preguntó Peña completamente alterado, y sin soltar los cabellos de la mujer que gemía aterrorizada—. Te rajarían el cuello y te sacarían las tripas —le escupió con desdén.

—Posiblemente tenga razón —le respondió el muchacho convencido—, pero los hombres cabales no asesinan a indefensos, ni a mujeres asustadas.

—Eres un crío insensato y poco patriota que defiende al enemigo. Eres mucho peor que ellos.

El joven Diego sujetó el trabuco mucho más fuerte.

—¡Mírela, Peña! —lo instó con voz fuerte, voz que todavía no había madurado y alcanzado el tono y la gravedad masculina propia de los hombres—. Es una mujer y es cordobesa. Es un ser indefenso y tenemos la obligación moral de protegerla, no de matarla.

—Es una perra traidora —escupió nuevamente el guerrillero. Peña tiró fuerte del pelo femenino, y la mujer gritó por el dolor que le causaba—. Una furcia que se abre de piernas para un gabacho. Que lo ha seducido con mentiras para obtener privilegios. ¡Merece la muerte!

Diego redujo sus oscuros ojos a una línea, estaba decidido a disparar contra el bandolero si no deponía su actitud. A pesar de su juventud, había visto suficiente horror para seguir siendo inocente de espíritu, su padre le había enseñado muy bien a respetar a los indefensos, a mantener el honor actuando siempre con equidad, y lo que esos hombres pretendían hacer con la mujer no tenía nada de honor ni de decencia.

—Si la mata, será igual de despreciable que ellos. Tan miserables como los invasores y no merecerá el perdón ni la piedad divina —le respondió determinante.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? —le preguntó Julio con cólera resabiada—. Yo no soy el enemigo ¡niño estúpido! —Diego respiró profundamente porque no lograba hacerlo recular en su postura.

—Dice bien, Peña, si bien las mujeres son inocentes en esta guerra, no merecen que las tratemos sin piedad. Ahora, ¡suéltela!

Como respuesta, el cuchillo fue apretado más fuerte contra la garganta femenina, hasta el punto de marcar con una línea roja la tersa piel.

—Dispárame, entonces, porque no pienso dejar a esta perra con vida.

Diego apretó los labios porque sabía que estaba en clara desventaja.

Él solo no podría hacer frente a los guerrilleros, y tampoco podía permitir semejante atrocidad. Apuntó mejor, y cuando iba a disparar, otro de los guerrilleros lo sujetó por los brazos obligándolo a errar el tiro.

—¡Maldito cabrón señoritingo! —exclamó Peña al comprobar que, efectivamente, el muchacho le había disparado—. ¡Sujétalo, Curro! —Diego se debatía entre los fuertes brazos de Curro que lo agarraba desde atrás. Manuel, otro guerrillero, ayudó a Curro a inmovilizarlo y a mantenerlo en el sitio—. El desgraciado va a aprender una valiosa lección que no olvidará en la vida —dijo Peña soltando a la mujer que quedó hecha un guiñapo y aterrorizada en el suelo.

El guerrillero caminó directamente hacia Diego. Lo sujetó del cabello y le cruzó las mejillas con dos bofetadas. Diego le escupió en el rostro y recibió en represalia un fuerte golpe en el estómago que lo hizo doblarse en dos. Al estar sujeto por los otros dos guerrilleros, solo pudo mover las piernas para tratar de alcanzar el vientre de Julio y golpearlo, aunque sin resultado positivo.

—¡Juro que le mataré! —lo amenazó.

Julio se rio en su cara y miró al muchacho con pedantería.

—Ahora, vas a ver con tus propios ojos lo que hacemos los cordobeses con las putas traidoras.

Julio Peña regresó sobre sus pasos, y descargó el puño sobre el rostro femenino que lloraba de forma incesante. Todos pudieron oír de forma clara el crujido del hueso del mentón al quebrarse, pero la mujer no obtuvo el consuelo de la inconsciencia. Peña cogió su navaja, y sacando la lengua femenina con los dedos, se la cortó de un tajo.

—¡No! ¡No! —Diego se debatía como un poseso, y sin darse cuenta, comenzó a llorar porque no le permitían girar el rostro y cerrar los ojos para evitar contemplar la

salvaje escena.

La mujer ya no gritaba, emitía sonidos agónicos mientras la sangre corría por su cuello y escote como si fuese un río. Julio cortó uno de sus pechos, y lo metió en la boca femenina. Unos segundos después, la degolló.

El cuerpo femenino, salvajemente mutilado, quedó a los pies del guerrillero.

Curro y Manuel lo soltaron, pero las piernas no sostuvieron a Diego que cayó al suelo y vomitó con estertores. ¡Había fracasado estrepitosamente! No había podido ayudar a un ser inocente cuyo único pecado había sido seducir a un hombre para casarse con él y obtener privilegios.

Sin embargo, el muchacho ignoraba que ser testigo presencial de un acto tan brutal y macabro cometido contra una mujer indefensa iba marcar su destino, y moldear el carácter del futuro barón de Bidasoa.

La promesa

*No codiciarás la casa de tu prójimo, ni
codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su
siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno,
ni nada que sea de tu prójimo.*

Sagradas Escrituras.

Deuteronomio capítulo 5, versículo 21.

Séptimo pecado capital: Soberbia.

Año 1826.

El anciano siguió mirando de forma penetrante los castigados muros del castillo abandonado. El edificio fortificado, rodeado por un amplio y profundo foso, dominaba la bahía casi en su totalidad. El puerto en el pasado había sido un enclave estratégico muy importante para el comercio. La fortaleza estaba protegida por una alta muralla con torreones cuadrados que dotaban al conjunto de una apariencia inexpugnable. Las caballerizas y las cisternas que se habían utilizado como almacenes de grano estaban prácticamente destruidas, igual que el pozo, y aunque no podía ver el patio interior de armas era consciente de que las piedras se encontraban tan gastadas por el abandono que haría falta mucho dinero para devolverle la majestuosidad que habían tenido en el pasado, si bien él estaba dispuesto a gastar buena parte de su fortuna para devolver todo el esplendor al lugar de sus ancestros, porque no era simplemente un castillo, sino un bastión, un emblema de la familia, y que habían perdido en uno de los matrimonios pactados en el pasado.

Ahora, después de generaciones, le resultaba inconcebible que la propiedad que tanto significaba para él pudiese retornar a la herencia familiar. Clavó los ojos en su sobrina que tenía en los suyos una mirada ausente. La esbelta muchacha, cuando fue consciente del escrutinio de su tío, le sonrió de forma vacilante. Él pensó que era hermosa, si bien su mayor atractivo no residía en su apariencia física, sino en su inteligencia. En su forma de ser comedida, serena. Le gustaba acompañarla a cabalgar por las mañanas cuando el sol comenzaba a salir de forma tímida por el horizonte, pero llegar hasta los muros de la propiedad, no había sido algo premeditado, aunque se había convertido en una necesidad imperiosa: volver a acariciar con el brillo de sus ojos el poder simbólico que representaba.

—Lamento la mala nueva, tío —la voz femenina había sonado apenada.

Y con certeza que la noticia era calamitosa. La llegada días atrás del oficial cordobés, había derrumbado todas y cada una de las esperanzas que él albergaba sobre el matrimonio pactado entre su primogénito y la hija de uno de sus mejores amigos. Cuando parecía que su hijo daba algunos pasos para ganarse el afecto de la testaruda muchacha, todo se iba al traste. Suponía que el interés masculino era motivado por un capricho pasajero, porque un hombre del talante del barón de Bidasoa no podía estar realmente enamorado de una chiquilla inmadura. Necesitaba una auténtica mujer, y por ese motivo, el posible desenlace le producía una enorme inquietud.

—Mi primo lo está pasando francamente mal —le dijo su sobrina para tranquilizarlo, aunque no lo consiguió.

Él apretó los puños y entrecerró los ojos. La altiva muchacha manejaba la voluntad de su padre como si fuese arcilla, y se negaba a dar un paso de acercamiento hacia su primogénito mostrando una terquedad temeraria. Diego Vílchez de Soriano, el oficial que la pretendía, había llegado para arrasar todas y cada una de las esperanzas que él tenía depositadas en el enlace de la muchacha con su hijo mayor, y recuperar mediante el matrimonio, lo que por derecho le pertenecía.

—Si él no existiera, el compromiso seguiría adelante —musitó en voz baja, dando forma a sus pensamientos más íntimos.

—Si el señor Vílchez amara a otra, mi primo tendría una oportunidad —le dijo la muchacha con rostro pensativo.

Sabía cuán importante era para su tío recuperar la propiedad familiar.

Las palabras de su sobrina hicieron que parpadeara sorprendido por la revelación. ¡Existía una posibilidad! Él conocía el interés que el oficial había despertado en su sobrina. Se había percatado de las miradas ansiosas, aunque vacías de esperanza, que le dedicaba ella. El militar se había comportado siempre con corrección desde su llegada. Como buen caballero, había aceptado bailar con su sobrina como correspondía a las normas de etiqueta. La había acompañado en varias ocasiones a cabalgar, y en ese pensamiento se mostró ufano. Ninguna mujer podía igualar a su sobrina en el manejo de una montura y en la necesidad de galopar arropada por el viento de la mañana. El señor Vílchez, como buen soldado entrenado, había terminado por acompañarla en las madrugadas, fomentando sin querer el anhelo e interés que su sobrina sentía por él.

Clavó su mirada acuosa en el rostro de su sobrina. La muchacha se limpió la palma de las manos con un pañuelo. El escrutinio de su tío le producía una cierta inquietud.

—¡Sedúcelo! Y auguro que tu primo aprovechará la oportunidad que le brindas con tu esfuerzo. —La petición, no solamente era insólita, sino amoral.

La muchacha pensó que su tío le pedía poco menos que un imposible. Ella jamás lograría atraer la atención de un hombre como él, aunque era lo que más ansiaba en el mundo y la peor tortura posible: anhelar algo imposible.

Inspiró profundamente antes de responder:

—Si hubiese la más mínima posibilidad de que me tuviera en cuenta, que me viera como a una mujer, ¡juro que lo intentaría! —le dijo, no obstante, el duque decidió interrumpirla, aunque ella no se lo permitió, y siguió en su apología—. Pero al señor Vílchez no le interesa ninguna otra mujer, y eso un hecho incuestionable, tío.

El duque comparó mentalmente a ambas mujeres y sopesó las posibilidades que podía tener su sobrina. Era hermosa, con una belleza armoniosa que solía atraer a los hombres con un sentido de la belleza muy desarrollado. El único inconveniente que podría alegar era su forma de vestir, muy poco apropiada para resaltar sus curvas femeninas y acentuar su belleza etérea. Su rostro era puro, sin mácula, salvo un pequeño lunar en la sien izquierda, aunque pasaba desapercibido. Era alta y esbelta. De huesos largos y finos, de mirada dulce y sonrisa suave. Sí, su sobrina era una mujer preciosa.

El posible instrumento para atrapar a un hombre.

—Eres una belleza, podrías tener al hombre que quisieras rendido a tus pies si te lo propusieras.

Ella pensó que su tío se mostraba excesivamente generoso con sus cualidades.

—Solo me interesa uno, aunque no existo para él —le respondió con auténtica tristeza en sus ojos verdes—. Acéptelo, como lo acepto yo.

El noble mascullo ostensiblemente.

—El señor Vílchez tendrá que respetar el compromiso que hemos pactado.

—Mi primo lo tiene bastante complicado —admitió ella con cierto recelo—, pero si como dice y cree continuarán con el compromiso, lo lamento de veras por el señor Vílchez, porque no se lo merece —lo defendió ella—. ¡La ama de verdad!

El duque la contradijo.

—No la ama porque un hombre de su talante necesita una mujer y no una niña caprichosa.

La mujer inspiró profundamente y clavó sus pupilas brillantes en su tío.

—Que necesite una mujer más madura no significa que no ame a una chiquilla —le dijo con el tono algo seco.

El anciano vaciló en su siguiente respuesta, pero estaba decidido.

—Tenemos que ayudarlo. Es necesario quitar al oficial de su camino para que tu primo pueda tener alguna posibilidad —repitió cada vez más convencido de sus planes—. ¿Lo intentarás al menos? —le preguntó a su sobrina con rostro severo. Ella volvió su rostro hacia la bahía. El horizonte brumoso comenzaba a disiparse con la salida del sol—. Promételo, hija, dame tu palabra de que harás todo lo que esté en tu mano para que nuestra herencia regrese de nuevo a la familia.

Ella miró directamente a los ojos de su tío. Le debía todo cuanto era, la había criado como si fuera su propia hija. ¿Cómo podía negarse a su solicitud? Además, le había dado alas a su corazón con sus palabras.

—Lo prometo tío. Haré todo lo que esté en mi mano para ganarme el interés del barón de Bidasoa.

El noble soltó el aliento que había estado conteniendo. Si la muchacha lo prometía, cumpliría su promesa hasta las últimas consecuencias.

—Gracias querida, sabía que podía confiar en ti. Ahora más que nunca necesito el apoyo de la familia.

La ayudó a montar en la yegua roana con la sonrisa en los labios. Si la muchacha se lo proponía, podría seducir al hombre y despejar el camino para su primogénito. Sin embargo, lo que la muchacha ignoraba era que la promesa entregada a su tío, iba a cambiar su vida por completo, y la iba a sumergir en una infelicidad como jamás podría llegar a imaginar.

Había olvidado una regla fundamental: la soberbia era un pecado capital.

Primera parte

Resignación

La resignación es un suicidio cotidiano.

Honoré de BALZAC

Capítulo 1

Ciudad de Córdoba, 1830

Iba al encuentro del desastre y se sentía tremendamente nerviosa.

Se mordía sin piedad el labio inferior mientras lanzaba una plegaria sincera por el comienzo de su nueva vida. Era la primera vez que pisaba suelo cordobés y la agitación que sentía le impedía respirar con normalidad. Llevaba casada varios años, aunque apenas había visto a su marido en ese tiempo, solamente en un par de ocasiones y siempre rodeados de familiares, pero, gracias a Dios, el ejército lo había licenciado con honores unos meses atrás. Diego Vílchez había sido capitán en el Regimiento de Pavía 4.º de Dragones, si bien la mujer ignoraba que él había solicitado la licencia voluntaria por ella, y por el hijo de ambos, el pequeño Miguel, llamado así por el padre de Diego.

¡Habían pasado tantas cosas entre ambos!

Y por fin su esposo había decidido que era el tiempo apropiado para que ella ocupara el lugar que le correspondía en la mansión Bidasoa como su esposa. La palabra le producía un nerviosismo atroz además de una profunda incertidumbre, porque nunca había sido una auténtica esposa, ni el día que pronunció sus votos matrimoniales completamente enamorada. Él se había marchado a una misión militar, y ella se había quedado esperando su regreso llena de angustia. Poco después había descubierto que estaba encinta, y su vida dio un giro completo que la llenó de enorme pesar y de profundo arrepentimiento.

Miró los campos verdes y los olivos que se mecían al compás de la brisa matutina. El cielo azul brillaba y el color níveo de las casas de labor resplandecía en el paisaje cordobés a medida que dejaban atrás los campos fértiles.

El carruaje cruzaba en ese momento el puente romano desde el sur, y ella clavó sus ojos en el entorno, asombrada por su singularidad. Por la ribera del Guadalquivir anidaban varias especies de aves que dotaban al paisaje de manchas de color blanco y rompían la quietud del silencio con sus trinos. Observó el molino de la Albolafia y su ruido peculiar. Los romanos habían tenido una gran importancia en la ciudad sureña, y habían dejado un patrimonio muy importante, como el molino que se creó para producir harina, pero fue Abderramán II quien lo dotó de la rueda de madera para transportar el agua al Palacio de los Emires. Apoyó la cabeza en el marco de la ventana del carruaje para tener una mejor visión de las casas pintadas de albero y blanco, y de los palacios mudéjares. Inspiró profundamente ante la belleza que se

abría ante ella. Y para disfrutar mucho mejor del entorno, le pasó el niño, que seguía dormido en sus brazos, a su doncella particular.

Ana sujetó al pequeño Miguel con cariño y lo acomodó sobre su regazo de forma maternal.

La mente femenina seguía recordando cada palabra que había estudiado y aprendido sobre la cultura cordobesa. También había indagado sobre las costumbres de la ciudad y sus gentes en una visita que había hecho al carmen^[1] de su prima en Granada meses atrás. Se sentía tan sola que había decidido hacerles una visita por cuenta propia y sin el permiso de Diego. La muchacha, casada con su primo, la había recibido con cariño a pesar de lo mal que se había portado con ella en el pasado. Mas ella había cumplido la promesa ofrecida a su tío, y de ese modo, su primo había aprovechado la ventaja obtenida con su acción. Con Diego fuera del camino, el resto resultó muy fácil, aunque, se sentía tan arrepentida, que no sabía cómo sobrellevar su pesar.

¡Había comprometido a un hombre enamorado de otra mujer!

Volvió a centrar su atención en el paisaje cordobés mientras el carruaje atravesaba las callejuelas estrechas, y llenas de patios abiertos a la cálida mañana. Se detuvo en una zona arbolada que le quitó la respiración. Bidasoa parecía un palacio y lo primero que llamó su atención de forma poderosa fue el conjunto en sí que constaba de dos alturas y estaba rodeado por un hermoso jardín delantero, pero no pudo seguir admirando el hermoso edificio porque Diego ya descendía por las escalinatas de entrada. El nerviosismo aumentó dentro de ella, que comenzó a respirar con dificultad. Tras él lo seguía parte del servicio que comenzó a hacer la fila de honor para recibirla. Soltó la cortinilla que cubría la ventanilla y se secó las manos en el terciopelo azul de su vestido. Se lamió los labios reseco y tragó con dificultad.

Hacía tanto tiempo que no lo veía y sentía el corazón tan agitado que podría salir por su boca en uno de los latidos.

Diego acciono la pequeña manivela de la puerta y la abrió adelantándose al sirviente. No obstante, sus ojos apenas se detuvieron en ella, buscaron al pequeño y, al encontrarlo, sus labios se curvaron en una sonrisa que la desarmó. Le extendió la mano para ayudarla a bajar los tres peldaños hacia la calzada, y ella asió los fuertes dedos tan ansiosa como precavida, ignoraba qué se iba a encontrar dentro de los gruesos muros. Él seguía sin mirarla, y cuando ella estuvo fuera del carruaje, se adentró en el interior del faetón para tomar a su hijo en brazos. Ana se lo cedió solícita. Los brazos masculinos sostuvieron al pequeño con infinita ternura, los oscuros ojos miraban el rostro dormido de forma complacida.

El pequeño Miguel tenía el rostro de un ángel, y era plenamente consciente de que su esposo lo amaba con locura. Era la causa principal de que ambos hubiesen contraído

matrimonio, aunque se había prometido a sí misma que lograría el perdón de Diego por encima de todo, aunque le llevase toda la vida.

—Bienvenida a Bidasoa. Ven, te presentaré al servicio —le dijo.

Ella lo siguió en silencio con las manos entrelazadas en el regazo para ocultar el nerviosismo que sentía.

—Antonio López, el mayordomo —mencionó él. Ella hizo un gesto con la cabeza de reconocimiento al hombre que la miraba con sumo respeto—. Adela Heredia es la mejor cocinera de toda Córdoba. —La mujer le hizo una reverencia profunda y le mostró una sonrisa de bienvenida. Simpatizó con ella de inmediato por su cálida respuesta—. Y las doncellas: Carmen, Lola, Trinidad y Remedios. Harán todo lo posible para que tu estancia en Bidasoa resulte lo más cómoda posible.

Miró a las muchachas que le sonreían de forma llana y abierta, sin timidez.

—Les presento a mi esposa, Violet de Vílchez, baronesa de Bidasoa —ella se sorprendió de que utilizara su primer nombre para las presentaciones y no el segundo como acostumbraba su familia, pero se abstuvo de decirle nada.

—Es un placer conocerlos, y confío plenamente que mi estancia será muy grata en Bidasoa —dijo devolviéndoles la misma sonrisa que recibía—. Me siento muy feliz de estar aquí.

—Te mostrarán la casa —le dijo Diego de forma muy correcta—, y donde están situadas tus dependencias.

Violet sintió un escalofrío sin saber precisar qué lo había provocado.

—Muy bien —le respondió—, me ocuparé de Miguel. —Extendió los brazos para tomar al pequeño, sin embargo Diego le hizo un gesto negativo con la cabeza, la miró a la cara sin apartar la vista un instante.

Resultó obvio que el rostro masculino estaba marcado por la preocupación, y algo más que le produjo un vuelco en el pecho: honda resignación.

—No será necesario, yo lo llevaré hasta su alcoba. Nos veremos en unos momentos.

Ella contempló la subida rápida de Diego por las escaleras hacia el interior de la casa y expulsó el aire que había estado conteniendo. El recibimiento de su esposo había sido mucho mejor de lo que había imaginado, pero ¡maldito su corazón femenino porque deseaba mucho más!

—Permítame, señora —el atento mayordomo la guio en la entrada a su nuevo hogar mientras el resto del servicio los seguía en silencio.

Antonio hizo un gesto a dos mozos para que descargaran los pesados baúles del carruaje.

El interior de la casa la dejó gratamente sorprendida. Los diversos salones estaban adornados con preciosas obras de arte como pinturas y esculturas. Los muebles le parecieron de un gusto exquisito, todos eran de maderas nobles como nogal y castaño. Las distintas mesas tenían aplicaciones de nácar y carey. Los diversos sillones le parecieron de la época del renacimiento italiano, aunque no podía asegurarlo. Alzó la vista hacia los techos artesonados de madera y los fijó en las hermosas arañas suspendidas sobre ella. Las alfombras persas cubrían la mayor parte del suelo, y en las pinturas que colgaban del vestíbulo creyó ver el pincel del pintor español Murillo. Había reconocido alguno de Velázquez, aunque tendría que mirar mejor para cerciorarse. Las horas que había dedicado al estudio del arte español le parecieron en ese momento recompensadas. También había enormes tapices flamencos con dibujos de caza y siega en tonos dorados muy llamativos.

Según cruzaban los distintos salones, iba descubriendo hermosos y alegres patios. Siguió al mayordomo hacia la planta superior. Los mozos llevaban sus baúles y los dejaron al pie de la escalera antes de iniciar el ascenso.

Antonio la guio por el amplio y soleado corredor donde las diversas alcobas estaban enfrentadas en torno a un patio. Las estancias destinadas se encontraban situadas al final, y estaban comunicadas con la alcoba del pequeño Miguel. La alcoba de ella estaba separada de la de su esposo por la habitación del hijo de ambos. El mayordomo corrió las cortinas y el sol iluminó la estancia con un colorido que la sobrecogió. Los tonos tierras en la decoración le causaron una magnífica impresión. Los mozos colocaron los baúles muy cerca del ropero, y Ana se dispuso a sacar los diversos vestidos de su interior para extenderlos sobre el lecho antes de colgarlos. Ella se dispuso a ayudarla cuando la puerta que comunicaba el dormitorio del pequeño se abrió y Diego apareció por ella.

Nuevamente el corazón se le aceleró al verlo.

—La cena se servirá a las ocho. Carmen subirá a darte el aviso. —Diego se giró sobre sus pasos, aunque se paró un momento, como si se le hubiera olvidado decirle algo, pero no la miró al rostro, sino a un punto indeterminado del dormitorio—. Trinidad se encargará de ayudarte con Miguel. Fue mi ama de cría y lo atenderá con mucho cariño, no tienes de qué preocuparte, por cierto —continuó él—, en Córdoba es costumbre utilizar el primer nombre en detrimento del segundo, confío en que no lo olvides.

Diego desapareció tras la puerta, y ella siguió mirando hacia la madera cerrada con los latidos del corazón palpitándole en las sienes. Cuando los mozos terminaron de

colocar los diversos baúles y cajas, se marcharon en silencio, de la misma forma que había llegado.

Subió la mano derecha hasta la garganta y la dejó allí. Sentía un pequeño ahogo inexplicable. Una sensación de confusión que la aturdí, pero tras unos momentos largos, caminó hacia el lugar donde estaba Ana y se dispuso a ayudarla con su vestuario. De nada servían las lamentaciones, ella había pagado un precio por estar unida a Diego, y de nada servía urdir quejas que no conducían a ningún lugar.

—Siempre creí que los cordobeses eran gente más amable —la queja de Ana la devolvió al presente—, si bien vuestra cuñada debe ser la excepción que confirma la regla.

—Mi esposo es un hombre serio por naturaleza —le respondió mientras sacaba los sombreros de plumas y flores secas de las cajas y los depositaba encima del enorme lecho.

—Salvo con el pequeño Miguel —le dijo Ana pensativa sin dejar de alisar vestidos de terciopelo y satén—. Nunca he visto a un hombre tan entregado a su propio hijo como su esposo.

—Y eso dice mucho sobre su carácter, ¿verdad? —La sonrisa de Violet desarmó a Ana, que la miró con afecto genuino.

Violet lamentaba el frío recibimiento de Diego, le había causado una sensación de desasosiego, aunque borró la idea de su cabeza por considerarla desleal. El largo viaje debía ser el causante de su malestar. Violet se preguntó en qué momento de la historia las mujeres podrían elegir su destino, y encauzar su propia vida, pero al momento se avergonzó de sus pensamientos. Diego no había podido elegir por culpa de ella, y de sus ardides, y los remordimientos le pesaban en el alma de una forma demoledora.

Unos golpes en la puerta hicieron que ambas mujeres pararan en sus quehaceres.

Ana abrió la puerta para dejar paso a las doncellas que traían cubos de agua caliente. La bañera de latón estaba estratégicamente oculta por un panel de seda roja, muy cerca del hogar apagado. La primavera era espectacular en Córdoba. Y el clima soleado le resultó sumamente agradable.

¡Estaba encantada con la ciudad!

—La ayudaré con el baño. Después continuaré colocando la ropa.

Ella le ofreció una sonrisa en compensación.

Lola la guio por el patio cubierto con vidrieras emplomadas en el techo que dejaban pasar la luz del exterior. Las velas colocadas de forma estratégica en los rincones creaban un juego de luces y sombras que le resultó encantador. Las paredes y columnas estaban cubiertas de hiedra y de jazmines que trepaban desde el arriate hasta alcanzar la planta superior. El patio tenía forma cuadrada con arquerías en los cuatro lados. Más que un patio le pareció un jardín lleno de hermosas flores que invitaba al reposo. El murmullo del agua de la fuente principal llegó hasta ella, que cerró los ojos para percibir más intensamente la paz que se respiraba. Al tener los ojos cerrados, el aroma del galán de noche penetró por sus fosas nasales provocándole un placer inusitado.

—¿Señora?, —la voz de Lola la sacó de su ensoñación—. El señor la espera en el comedor para la cena.

Cruzaron el patio y se dirigieron al comedor de verano. Violet ignoraba que en Córdoba se podía tener el privilegio de disfrutar de una tranquila cena en un lugar o en otro de la casa según la estación del año.

Diego se encontraba de espaldas cuando entró en la agradable y espaciosa estancia. Los suaves tonos crema y amarillo resplandecían con la araña de cristal, y oscurecían todavía más el color azul de su chaqueta. Vestía como un auténtico caballero y se comportaba como el más atento de los hombres, no obstante, cuando la miraba, sus ojos estaban vacíos de interés, y ella no sabía muy bien cómo manejar esa apatía doliente. Como si presintiera que estaba siendo observado, se giró hacia ella y se quedó mirándola de forma tan profunda que el vello de la nuca se le erizó como escarpas punzantes. El estómago se le encogió dolorosamente porque la miraba con un brillo que mordía de despecho. Con una expresión tan salvajemente herida que le removió la fibra más sensible de la culpabilidad, y le provocó un ahogo físico.

Diego no parpadeó, ni apartó sus profundos ojos preñados de conformismo del rostro femenino. No se acercó hasta ella con la sonrisa que un hombre enamorado brindaría a la mujer por la que siente deseos de ganar un reino. Mover montañas. Por tanto, Violet recibía la misma mirada displicente que Judas recibió de Cristo, cuando el Salvador descubrió que lo había vendido por treinta monedas de plata.

Traidora se sentía ella desde hacía mucho tiempo, no obstante, ¡lo amaba! Y no tenía remedio.

Tragó saliva varias veces en un intento de digerir el nudo que se había gestado en su garganta, y cerró los ojos para ocultar el tormento que le producía masticar, la masculina aceptación de la adversidad provocada por una mujer: ella misma.

La copa de vino que sostenía Diego en su mano terminó en el aparador con su contenido intacto. Avanzó con pasos lentos hasta el lugar que debía ocupar ella en la mesa y separó la silla para que se sentara con comodidad. Sin importar la opinión que

tuviese de ella, siempre se mostraba como un perfecto caballero, pero sus labios no se abrieron para ofrecerle un saludo de bienvenida o una sonrisa amigable. La actitud masculina era noble y cortés, y a la vez, inaccesible y lejana.

Violet aceptó el gesto conciso, y cuando hubo tomado asiento, Diego caminó hasta el suyo que estaba situado justo en el otro extremo. Entre los dos, no solo había varios metros de distancia, sino un profundo abismo de silencio que rayaba la locura. Durante el tiempo que duró la cena, Violet mantuvo la cabeza inclinada sobre su plato y la mirada en su regazo. Su mano temblaba cada vez que sujetaba el cubierto para llevarlo hasta la boca, el rico asado se le volvía serrín al empujarlo garganta abajo, y por más intentos que hacía por tragarlo, no lo conseguía. Había perdido completamente el apetito, aunque se esforzó en no demostrarlo ni desairar a la cocinera dejando la comida intacta.

Esa noche de primavera era el principio de su nueva vida, una vida que había soñado durante años, aunque ahora se daba cuenta de lo negra y miserable que podría ser por culpa de sus acciones. Aunque lo amaba tanto, y de tal manera, que no le importaba estar condenada al mismo infierno con tal de estar a su lado. Violet apretó los labios con fuerza. ¡Diego nunca había sido suyo! Pero era la principal causa de cada uno de los pecados que había cometido, y de los que no podía arrepentirse porque hacerlo significaría perderlo.

Diego sentía el corazón vapuleado desde la llegada de ella a la casa.

Lo sentía insensible a todo lo que no fuese la inmensa amargura que aplastaba su voluntad y la molía como una pesada rueda de molino muele los granos de trigo hasta convertirlos en polvo. Naufragaba entre el disgusto y el sinsabor de su existencia. Frente a él estaba sentada la única mujer que no tenía derecho a la mitad de sí mismo, si bien, como una experta ladrona, había despojado su futuro de esperanzas, su vida de iniciativas y sus sueños de proyectos. Sin embargo, no podía odiarla era incapaz. Y se había hecho la firme promesa de no permitir que un ser indefenso pagara los errores de ella. El pequeño Miguel se merecía un padre que lo amara de forma completa, absoluta, y una mujer no iba a lograr que él quebrantara su promesa hecha a su hijo en un arranque de honor extremo.

Se había resignado a su suerte, todo lo demás carecía de importancia.

Capítulo 2

Violet se ahogaba.

El calor exterior ya se hacía notar dentro de la casa, y sus vestidos, confeccionados en pesados terciopelos para el fresco clima del norte eran completamente inadecuados en Córdoba. Sentía las gotas de sudor recorrerle la espalda y el valle entre sus pechos. El sofoco la mareaba hasta el punto de tener que sentarse a cada momento para recuperar la normalidad del pulso. Se desabrochó dos botones de la camisa en un intento de que el aire pasara por su garganta comprimida, pero solo sentía deseos de quedarse en enaguas o metida en un río helado.

El calor le resultaba insoportable, opresivo.

Se dirigió hacia el pasillo que recorría el hermoso patio central por los cuatro costados, y donde el chapoteo del agua de la fuente resultaba un reclamo que no podía obviar. Ahora más que nunca añoraba los riachuelos que discurrían por los valles verdes de su tierra. El frescor que se respiraba dentro de sus bosques frondosos. Se giró hacia el pequeño que jugaba en la alfombra.

—Miguel. —El niño dejó el juguete de madera sobre la alfombra y miró a su madre con atención—. ¿Te apetece mojarte los pies en la fuente del patio? —La sonrisa infantil le provocó una sacudida.

Su hijo era un regalo del cielo, el tesoro más importante que podía tener una mujer del hombre que amaba con toda su alma. El pequeño tenía el pelo negro como Diego, su misma tez morena, aunque los ojos verdes eran herencia de ella, y eran tan grandes que ocupaban la mayor parte de su rostro. Su sonrisa de aceptación conmovió su corazón maternal hasta un punto insospechado de amor. Era la luz de sus ojos, la razón de su existencia, por él daría su vida si Dios la reclamara en ese mismo momento.

—¿Aba? —preguntó con su lengua de trapo—. ¿Quere?

—Entonces vamos antes de que mamá se derrita con este calor.

Madre e hijo bajaron los escalones cantando una canción sobre señores que luchaban con espadas y cabalgaban sobre dragones que lanzaban fuego. Violet miró detenidamente las plantas que adornaban el patio. La profusión de colores era espectacular, y la mezcla de olores le producía un bienestar interior como no había conocido nunca. Podía escuchar el ruido del agua cuando era lanzada hacia el vacío para luego caer sobre la piedra pulida, con un ruido especial y continuo. Ayudó al pequeño a descalzarse y lo aupó hasta dejarlo sentado en el reborde de mármol. Ella hizo lo mismo, y durante unos momentos solo se oyó el chapoteo de los pies del

pequeño, y su risa que resultaba sumamente contagiosa. Los extremos del vuelo de su vestido de terciopelo marrón se mojaron en el agua, pero a ella no le importó, la sensación era tan agradable que cerró los ojos para disfrutarla al máximo.

—Una imagen muy bonita, sí señor.

La burlona voz masculina le hizo dar un brinco y abrir los ojos con sorpresa. Violet había creído que estaba sola en la casa. Diego se había marchado dos días atrás a Hornachuelos, y no lo esperaba hasta el día siguiente, aunque se había equivocado en su conclusión porque su esposo estaba plantado bajo el arco abierto que comunicaba el patio y la biblioteca, y no estaba solo. Su rostro era imperturbable, y sus labios estaban apretados en una línea de disgusto que la descorazonó.

Como se pasaba al resto de dependencias por el patio cubierto era normal que ambos hombres tropezaran con ella y con el niño.

—¡Papá! ¡Papá! —exclamó el pequeño Miguel con gozo.

Extendió sus bracitos cuando vio a su padre.

El rostro de Diego se dulcificó en el momento que sus ojos lo contemplaron.

—Los peces deben de estar desconcertados —respondió con humor sin dejar de mirar al pequeño—, pero inmensamente felices de poder jugar con tus pies.

Miguel miró hacia el agua intentando ver los peces que había mencionado su padre, sin embargo cuando volvió a mirarlo y vio su sonrisa, lo imitó. Violet ya había sacado los pies de la fuente y vuelto a calzarse, no obstante la humedad de la tela era claramente visible en el ruedo de su vestido.

El invitado sonrió ante el azoro que observó en ella.

Diego había dado varios pasos hasta llegar a la fuente y alzó al pequeño festejando con un beso el abrazo que recibió de él sin importarle que los pequeños pies mojados empaparan su chaqueta. Violet contempló el intercambio de afecto entre padre e hijo y parpadeó para apartar las lágrimas de sus ojos. Siempre le ocurría lo mismo, llevaba muy mal la indiferencia que le mostraba a ella, aunque la recibía sin una queja. Era el destino que había elegido, pero se sentía feliz de que su frialdad no alcanzara al hijo de ambos.

Diego rompió el silencio que se había instalado entre ellos.

—Te presento a Luis de Vílchez y Bravo, mi primo —el pequeño Miguel alzó el rostro hacia el desconocido que le guiñaba un ojo—. Luis, te presento a mi esposa, Violet de Vílchez.

—Es un placer, señora —le respondió Luis con tono galante.

Violet se sintió observada de una forma que le provocó un cierto malestar. Para ella era muy importante causar una buena impresión a la familia de Diego. Sin embargo, había tenido un descuido permitiendo que la viera dentro de la fuente, y lo lamentaba enormemente.

¡Deseaba tanto hacerse querer!

—Bienvenido a Bidasoa, señor Vílchez —le respondió con sencillez.

—Ve con tu madre, tesoro, papá tiene que resolver un asunto con el primo Luis. Después jugaremos un rato, ¿de acuerdo? —Miguel miró a su padre con sus enormes ojos y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Diego le pasó el niño a ella, y al hacerlo, rozó sin querer las manos femeninas, mas no la miró. Se dio la vuelta de forma rápida y sujetó el codo de su primo para inducirlo a que lo acompañara fuera del patio, aunque el hombre se resistía.

Luis siguió sonriéndole a la mujer desgreñada que se había convertido en la esposa del primo más leal que tenía, y el más irascible también.

—Le pediré a mi hermana Isabel que venga a visitarla. Imaginé que agradecerá un poco de compañía femenina.

Violet asintió, aunque sin pronunciar palabra, y entonces sí, ambos hombres abandonaron el patio para tratar asuntos de negocios en la biblioteca.

—¿Te apetece un vaso de leche con almendrados? —le preguntó Violet a su hijo que seguía mirando el hueco vacío por el que había desaparecido su padre. Miguel giró su rostro hacia su madre y afirmó con un gesto enérgico—. Vamos entonces con Adela para que nos dé un poco de esa leche tan rica que prepara. —Violet dejó a su hijo en el suelo para ponerle de nuevo los zapatos, finalmente lo tomó de la mano con delicadeza y juntos se dirigieron hacia la cocina que estaba situada en el otro extremo de la casa—. Le daremos una sorpresa a Adela, ya sabes que le gusta que la visitemos en su reino lleno de utensilios con los que prepara deliciosas comidas.

—*Dela* —repitió el niño.

Violet lo miró. Miguel era demasiado pequeño para pronunciar las palabras de forma correcta, pero ella adoraba su lengua de trapo y esa forma de mezclar palabras de su tierra con el acento cordobés. El resultado era bastante cómico, y seguía alentándolo porque le encantaba escucharlo.

—Pronto hablarás mucho mejor que mamá, y confío en que entonces me ayudes para que deje de cometer errores tontos.

—*Yudá, sí* —dijo el niño con una seriedad que hizo que su madre riera en contrapunto.

—Tendrás que aprender a ser un verdadero cordobés, si bien no te imaginas lo afortunado que serás. Esta tierra es maravillosa, y es un gran privilegio poder vivir en ella.

—¿*Codobéz*? —Violet volvió a reír al escuchar a su pequeño, casi había formulado la pregunta con auténtico acento del sur.

Y le insufló un poco de esperanza a su corazón.

Con el tiempo, Diego aceptaría que ella lo amaba y que estaba dispuesta a hacer lo imposible por ganarse un hueco en su corazón. El amor era demasiado poderoso para obviarlo cada día, cada momento, cada instante.

Lo amaba y él tendría que aceptarlo.

Luis aceptó la copa de *brandy* que Diego le sirvió, mientras seguía esperando unas palabras por su parte. La presentación fría e impersonal que había hecho de su esposa había suscitado una curiosidad alarmante sobre ella, en realidad sobre los dos. Su primo tenía una expresión en el rostro de indiferencia que sería aceptable para otra persona que no lo conociera tan bien, pero él sabía que bajo esa máscara impasible se escondía una ira que seguiría aumentando hasta estallar de forma peligrosa.

—No encaja aquí contigo —le dijo de pronto Luis. Diego supo que se refería a su esposa—, aunque es indudable que siente algo muy profundo por ti. Una mujer que mira como te mira ella es porque ama de forma única y completa. Eres un hombre muy afortunado.

Las palabras de su primo le chirriaron en los oídos. ¿Un hombre afortunado? Si Luis supiera...

—Soy consciente de ese hecho, aunque gracias por tu interés en hacérmelo notar si acaso creíste que lo ignoraba.

Luis percibió el tono amargado de su primo al responderle. Observó su actitud tensa al tomar asiento detrás de su escritorio de castaño y ordenar unos documentos con cierta brusquedad.

—No lo he dicho para molestarte —trató de rectificar sus palabras anteriores con un tono amable en las siguientes—, no obstante te ofrezco mis disculpas.

Diego se mesó las ondas de pelo oscuro con cierta impaciencia. No le apetecía en absoluto hablar sobre su esposa y los motivos que culminaron en la unión de ambos, pero entendía la curiosidad que despertaba en la familia.

—A cualquier hombre le gustaría presumir de que para su esposa él es el único hombre en el mundo. Que no existe nada más importante —siguió Luis.

Diego tomó aire de forma brusca.

—Mi matrimonio con Violet no es algo que me enorgullezca y por ese motivo no deseo hablar sobre ello.

—Entonces te prevengo que toda la familia está deseosa de conocerla y te harán preguntas mucho más personales que yo.

Diego comprendió que se había mostrado un poco agresivo con su primo que no tenía la culpa de la impotencia que lo embargaba. De todos los primos que tenía, Luis siempre le había mostrado una lealtad indiscutible.

—Me emborraché, Luis, perdí el control, y el resultado de aquel descalabro es ese precioso niño que has visto en el patio. El único motivo para que su madre y yo estemos unidos en matrimonio.

Diego omitió la parte amoral que implicaba a su esposa en aquella noche que no lograba olvidar, aunque lo intentaba con todas sus fuerzas. Ser manipulado por una mujer no era algo de lo que enorgullecerse. Él pretendía a otra, pero Violet se había metido en su lecho cuando la embriaguez había obnubilado sus sentidos y aletargado su capacidad de reacción. No, ser seducido de forma tan humillante era un lastre que no podía soportar.

—Entonces respondiste con el honor que te caracteriza.

Si de algo estaba convencido Luis era de la gran nobleza y honradez de su primo Diego. No había ningún hombre en el mundo con la decencia y rectitud de él.

—Honor... —repitió Diego como para sí mismo—. Violet no es culpable de no saber sujetar sus impulsos femeninos..., ninguna mujer lo es.

Diego rememoró un suceso del pasado y que le hizo subir un regusto amargo por la garganta hasta posarse en el cielo de su boca.

—Siempre he admirado esa cualidad en ti. No importa lo que hagan las mujeres, siempre las disculpas y las defiendes, por ese motivo todas te adoran.

Diego recordó la ocasión en la que contempló el precio que pagó una de ellas por tomar una decisión equivocada. Violet también se había equivocado por completo, aunque él no era tan infame como para hacérselo pagar con un castigo singular. ¿Qué ejemplo le daría a su propio hijo si lo hiciera? Aunque la mayor parte de culpa la tenía ella, él también asumía su grado de responsabilidad. Y por eso cosechó consciente los resultados de su descontrol: la infelicidad.

—¿De veras no sientes nada por ella? Violet es una muchacha preciosa y a los ojos salta que te adora. —Diego pensó que su primo estaba asombrado por su actitud, sin embargo Luis no conocía cada detalle sobre su vida matrimonial.

Sentía, sí, un enorme vacío en su alma que no podría llenar ni la misericordia divina.

—¡Deja de repetirlo, Luis! Deja de reiterar que me ama —exclamó Diego con humor negro. Luis abrió los ojos sorprendido por el tono elevado de su primo—. Estás aquí para hablar de tus problemas financieros, y no para elucubrar sobre sentimientos que no te incumben.

Luis soltó un suspiro abrupto que sorprendió a Diego.

—Si no te conociera lo suficiente, diría que estás despechado, pero realmente estás muy lejos de dejarte dominar por un sentimiento tan vergonzoso, ¿no es cierto?

Diego se dijo a sí mismo que su primo Luis ni se imaginaba los sentimientos que albergaba él en el fondo de su corazón. Culparse de las acciones de su esposa para defenderla frente a su familia había resultado muy difícil de sobrellevar.

—¿Cuándo tienes pensado instalarte en Madrid? —le preguntó Diego a Luis, para atajar de una vez por todas el tema espinoso de su matrimonio.

—Después de la siega. No me gustaría dejar a mi madre sola. —Diego entrecerró sus ojos castaños de forma pensativa.

Córdoba debería llamarse la ciudad de las viudas y los huérfanos, porque la guerra contra Napoleón se había llevado a la mayoría de los padres e hijos primogénitos. Afortunadamente, Luis tenía a todos sus hermanos vivos, Felipe, Enrique, y su única hermana, Isabel. El padre de sus primos había fallecido en la batalla de Somosierra. El dolor en la familia Vílchez seguía siendo intenso debido a las pérdidas sufridas por los estragos del imperialismo bonapartista. Luis era un excelente médico, aunque como hijo primogénito, había dejado de lado su profesión en Madrid para tomar las riendas de la maltrecha economía familiar y tratar de sacarla a flote.

—Me resulta incomprensible que regreses a Madrid, cuando aquí eres tan necesario.

—Hemos perdido el cortijo Romerales —le explicó Luis—. Las deudas me acosan, y necesito buscar inversores en la capital para poner en marcha la almazara.

—Podrías gestionar las acciones desde Córdoba —le dijo Diego, no obstante Luis negó con su cabeza.

—Debo asistir a varias reuniones que me van a llevar mucho tiempo, no podría estar viajando continuamente. —Diego lo miró con una ceja alzada—, mi marcha no es definitiva, pienso regresar en unos meses. Quizás la próxima primavera, si todo marcha como espero.

—Sabes que puedes contar con mi ayuda.

—Lo sé, y es mi deseo dejar a la familia al margen de mis problemas económicos.

—La familia está para ayudarse.

Luis decidió cambiar de conversación. Diego le había prestado demasiado dinero para tratar de salvar el cortijo, pero había resultado imposible, por ese motivo era reacio a pedirle más.

—¿Sigue en pie la cena del próximo viernes? —Diego le hizo un gesto apenas perceptible que entendió sin problemas.

—Llegué a Córdoba hace poco, y no he podido cumplir con mis obligaciones, por eso le he pedido a tu madre que organice una reunión familiar en Bidasoa.

—Será un placer asistir, máximo cuando piensas invitar a lo más alto de la nobleza cordobesa.

—Es una cena familiar, Luis, no esperes a ninguna heredera casadera. Vendrá tía Catalina y sus hijas: Ana María, Catalina, Inés y Blanca.

Luis soltó una carcajada. Su primo conocía demasiado bien su vena canallesca.

—¿Alguna viuda dispuesta? —Diego negó con cierto humor—. Entonces me resarciré en Madrid. Confío en darle caza a alguna heredera que ayude con su dinero a reflotar la maltrecha economía de los Vílchez.

—¿Te quedarás a cenar? —le preguntó Diego sabiendo que Luis iba a negarse.

—No puedo, he quedado con un banquero importante de Sevilla.

Ambos hombres se levantaron al unísono y se estrecharon las manos. Diego lamentaba en parte volver a quedarse a solas con Violet, aunque tenía que hacerlo.

—Cuídate. Nos vemos.

Diego lo acompañó al vestíbulo, y cuando el mayordomo cerró la puerta sintió una leve presión en el pecho. Cerrar la tapa de un ataúd con él dentro debía de ser algo muy parecido a lo que sentía en ese preciso momento. Lo intentaba, pero no podía desprenderse de la sensación asfixiante que le producía el futuro que se abría ante él.

La cena había resultado un suplicio para Violet, como todas desde su llegada a Bidasoa. El perpetuo silencio de Diego minaba su confianza, la sumergía en un pesar y una melancolía que le atenazaba el corazón. Por ese motivo, porque sentía desierta de metas su alma, decidió hablar con él.

Tenía que mantener una conversación que había pospuesto durante tres largos años.

Su voluntad zozobró cuando su mano se posó en el pomo de la puerta. Creía que había reunido el valor que necesitaba para enfrentarse a la mirada desdeñosa de él, ahora comprobaba que no. Temblaba por dentro y por fuera, aunque se armó de voluntad, y con nudillos fríos, tocó la cálida madera. El silencio que siguió a continuación casi la hizo desistir de continuar, pero se mantuvo firme y volvió a tocar, en esta ocasión con mucha más firmeza. Escuchó pasos que se dirigían hacia la puerta y contuvo el aliento ante el muro que los separaba. Diego se mostró sorprendido al verla parada delante de él, y mantuvo la hoja de madera casi cerrada a la presencia femenina. Violet empujó la puerta con suavidad, aunque con determinación.

—Necesito hablar contigo.

Los centímetros que los separaban eran abismos insalvables de reproches contenidos.

—Estoy cansado —le dijo Diego con los ojos reducidos a una línea.

—Seré breve —Violet empujó con más fuerza, y logró que Diego se apartara a un lado para permitirle el paso a sus dependencias.

La alcoba era tal y como la había imaginado. Austera, fría. Grande y ordenada. La única nota de color era el suave cubrecama de color azul pálido. Sobre un rincón había un gabinete y una silla tapizada en crema, a juego con el entelado de las paredes. Violet se volvió hacia su marido que la miraba con desgana y un brillo de hastío en las pupilas. Su estómago se encogió, no obstante debía llegar a un acuerdo con él para que la convivencia mutua fuera mucho más llevadera, por el bien del pequeño Miguel.

—¡Perdóname! —Le dijo de pronto con voz temblorosa.

Esas palabras las había escuchado Diego hasta la saciedad, aun así no dijo nada. Violet cruzó las manos en su regazo, y caminó hacia el centro del dormitorio.

—Me porté muy mal pero ya no puedo cambiar lo que hice, aunque de poder hacerlo, tampoco lo haría. —Diego se volvió hacia ella con los ojos entrecerrados—. No podría renunciar a Miguel. Es lo más maravilloso que me ha sucedido nunca, y, precisamente por él, mi arrepentimiento no puede ser completo. ¿Verdad que lo comprendes?

—Estoy cansado —le respondió él. Violet apretó los labios porque esa frase había sido repetida en incontables ocasiones, cada vez que ella trataba de entablar una conversación fuera del horario del almuerzo o de la cena.

—Ansío que mi nueva vida en Córdoba comience bien, y necesito tu perdón, Diego. Lo necesito tanto como respirar.

—Te perdoné hace mucho tiempo —la voz masculina había sido modulada en un tono neutro, sin embargo, ella no podía creer sus palabras—. ¿Acaso mis actos no te lo han demostrado?

Violet entrecerró los ojos para ocultar una mirada avergonzada.

—No es cierto. No puedes mirarme a la cara sin sentir que he desgraciado tu vida.

Diego inspiró antes de responderle, y lo hizo con otra pregunta.

—¿Tratas de insinuar que no ha sido así?

—Deseo hacerte feliz, aunque ignoro cómo. ¡Ayúdame a lograrlo!

El silencio, verdugo implacable para ella, pendía sobre los dos como el filo de una espada.

—Entonces, respeta mi deseo de no mantener esta conversación y ahórrame otras parecidas en el futuro.

Las palabras masculinas la dejaron llena de desconsuelo.

—¡Soy tu esposa! —exclamó con tormento mal disimulado.

Un leve movimiento del músculo del mentón masculino, fue el único indicativo que mostraba que él no era tan indiferente como pretendía, aunque Violet no se percató, estaba demasiado ocupada mirando sus manos, las retorció sin compasión en su regazo.

—Era lo que pretendías cuando me sedujiste —las palabras no habían sido pronunciadas con pasión, todo lo contrario, habían sido ofrecidas de forma impersonal, como si no le importasen.

—Lo hice porque te amo con toda mi alma —le respondió Violet con el corazón en vilo. Los labios masculinos se apretaron en una línea fina al escucharla, pero ella siguió con su apología de amor por él—. Me enamoré de ti desde el mismo instante que tus ojos me miraron. —Diego la iba a interrumpir, si bien ella no se lo permitió—. Cuando me hablabas sobre tu tierra, y de todo lo que querías mientras me enseñabas a controlar la montura. Te quise cuando me evitabas un desaire en las reuniones por mi ímpetu desmesurado de agradarte. Alimentaste mi cariño con tus miradas, tus sonrisas... ¡Cómo no voy a amarte!

—Nunca hice nada para alentar tus ilusiones —le replicó con el rostro mortalmente serio.

Ella soltó el aire poco a poco.

—El solo hecho de que existas alienta mi corazón y lo impulsa en latidos de amor que no puedo controlar.

—Te reitero, estoy cansado.

—¡Diego! —exclamó Violet de pronto lanzándose a sus brazos, él no estaba preparado para ese gesto impulsivo y tuvo que sujetarla a pesar de su reticencia—. ¡Te amo tanto! ¡No puedo soportar tu indiferencia!

Se colgó del cuello de su esposo como si la vida le fuera en ello.

A Diego le costó un verdadero esfuerzo separar el lazo que ella había prendido con sus manos en torno a él, y agraviado hasta un punto peligroso, giró el rostro para no mirarla. Sentía un profundo despecho por sus acciones, aunque le debía el respeto de unos votos pronunciados ante un hombre de Dios. Violet apoyó la frente en el fuerte mentón de él. Era tan alta que casi lo alcanzaba en estatura, por ese motivo, su abrazo contenía una fuerza inesperada que lo pilló desprevenido, pero no estaba dispuesto a tolerar más manipulaciones por su parte. Con un gesto brusco la soltó de su cuello y la empujó hacia atrás. Violet trastabilló con el ruedo de su falda, si bien logró mantener el equilibrio. Lo miró tan azorada que Diego se preguntó si acaso no era consciente del profundo disgusto que sentía al verla.

—En adelante tienes prohibida la entrada a esta alcoba. Cuando desees tratar algo conmigo será en la biblioteca o en el comedor.

El gemido de ella fue claramente audible, aunque no lo conmovió en absoluto.

—Dijiste que Bidasoa era mi casa —le recriminó aún más desolada.

Diego inspiró profundamente antes de responderle.

—Salvo estas dependencias, el resto puedes considerarlo de tu propiedad. Sin embargo, es mi deseo que respetes la privacidad que te solicito.

¡Diego había pedido siempre tan poco!, se dijo a sí misma.

Las lágrimas se agolparon en los bellos ojos femeninos, no obstante él no reuló en su postura intransigente. Durante unos minutos largos, espesos de decepción, la vio dudar y, finalmente, hacerle un gesto afirmativo con la cabeza.

—No volveré a molestarte, tienes mi palabra.

Violet abandonó la alcoba con la derrota pintada en el rostro, sin embargo, antes de salir por la puerta, se giró hacia su esposo con el rostro bañado en lágrimas que ya no se molestó en contener.

—Buenas noches, amor. Para ti siempre, buenas noches.

Las palabras afectuosas fueron para Diego un sorbo de veneno que le quemó las entrañas, pero la puerta se cerró al fin tras ella. Él comenzó a desabrocharse la camisa

que se había impregnado del perfume femenino, un aroma que detestaba, no podía tolerarlo desde aquella maldita noche.

Capítulo 3

Bidasoa resplandecía en esa noche de primavera.

Brillaba, con los jarrones llenos de variadas flores perfumadas que impregnaban el ambiente de las diversas estancias, y las enormes arañas que titilaban con la brisa calurosa. Violet se miró al espejo que le devolvía la imagen de una mujer completamente insegura de sí misma. Demasiado tarde había comprobado que las telas pesadas de sus vestidos eran armaduras que le impedían moverse y respirar con normalidad. Ella no era una experta en moda, aunque sabía que cada tela tenía unas características particulares. Los tejidos dotaban de personalidad a los vestidos y complementaban el corte, y sus vestidos estaban confeccionados en brocados pesados entretejidos con hilos de plata. De raso pero con un nivel de calidad más tosco para capear los aires gélidos de las montañas del norte. Además, el brillo de las telas resultaba excesivo porque en Andalucía el brillo lo ponía el sol.

Su vestido amarillo acentuaba una impresión sobrecargada y su recogido en lo alto de la cabeza era demasiado austero, si bien no sabía cómo dominar su largo y abundante cabello, salvo por ese recogido apretado y bien sujeto con horquillas.

—Creo que desentonaré durante la velada con el resto de damas —la confesión lastimosa de Violet era del todo justificada, Ana trató de ayudarla y aligerar la sensación de inseguridad que mostraba su señora.

—Es una mujer hermosa, señora, y la belleza no necesita de artificios para brillar por sí misma.

Violet no se sintió mejor con las palabras de su doncella, ya no había remedio, y si algo había aprendido de su esposo era a no lamentar situaciones que no podían cambiarse.

—Me encantaría tener la soltura de mi prima Aurora o de mi cuñada Marina, pero me siento fuera de lugar con estos vestidos y, sin embargo, hace tiempo me parecían hermosos.

Ana le pasó la mano por un mechón que se había soltado de la sujeción para devolverlo a su sitio.

—Su linaje es indiscutible. No se preocupe por nimiedades. Es una mujer hermosa e inteligente, nada más debería importarle.

Violet miró a Ana con agradecimiento; sus palabras no la habían animado en absoluto, no obstante le habían arrancado una sonrisa a su alma.

—Gracias.

—¿Vendrá su esposo para acompañarla? —Violet negó con un gesto apenas perceptible de su cabeza.

Desde hacía días, no había visto a Diego ni había mantenido conversación alguna con él. Había faltado a las comidas y cenas alegando que estaba muy ocupado. Ella sabía que no era cierto, pero mantenía el silencio que le había reclamado.

—Quedé en bajar antes de la llegada del primer invitado, aunque estimo que llego algo tarde —Ana mascullo un impropio que le arrancó un gemido a Violet. El insulto hacia Diego había sido claro—. Por favor, no permitiré esas salidas de tono, Ana, y menos sobre mi esposo.

La doncella le pidió disculpas con los labios, no con los ojos que seguían mirándola con cierta censura.

—Es una dama, y olvida que su tío es un duque, y vuestro padre fue un señor respetado y querido por su familia. No soy yo quien debe contener las salidas de tono.

Violet bajó los ojos ante la turbación que la cubrió. Todas y cada una de las palabras de Ana eran ciertas, pero cuando se amaba como ella amaba, nada importaba salvo procurar el bienestar y la felicidad de la persona querida.

—Trataré de no olvidarlo, aunque tengo tanto miedo que las rodillas me tiemblan como si fueran de gelatina. Nunca he sentido tanto miedo ante una velada.

Violet hizo un alzamiento con los hombros como si con ese gesto pudiera darse el valor que le faltaba. Dejó su alcoba y caminó con paso firme hacia las escaleras. Bajó cada peldaño murmurando una oración nacida de lo más profundo de su corazón y cuando llegó al umbral del salón de banquetes, el alma se le cayó a los pies. El número de invitados podrían superar perfectamente la centena. El pánico se apoderó de ella, que se quedó clavada al suelo sin poder dar un paso hacia el interior.

Las mujeres vestían de forma elegante y discreta, los vestidos eran livianos y frescos, y por primera vez, lamentó su escaso gusto a la hora de elegir telas y accesorios. Esa noche iba a ser desastrosa por completo.

Diego acudió a recibirla con una sonrisa que sacudió su ser interior de una forma peligrosa. Ansiaba ver esa sonrisa cada día de su vida, no solamente cuando estaban rodeados de personas y, además, dedicada exclusivamente a ella. ¿Cómo podía mostrarse tan ambiciosa? Cada sonrisa de Diego le suponía un sentimiento de felicidad abrumador.

—Te presentaré a la familia. —¿Podían unas palabras resultar más frías y distantes? Violet lo dudaba, pero se dejó guiar por su esposo hacia el interior del salón.

Su vestido crujía con cada paso y le producía una aparente incomodidad que fue visible a todos los invitados.

—Hace calor —dijo de pronto para justificar su azoro.

¡Maldita fuera! No hacía calor, la culpa la tenía la armadura que llevaba puesta y que le impedía tomar el aire necesario para pensar con coherencia.

Diego la guio hasta un grupo de mujeres que la observaban con atención, si bien se abstuvo de tocarla. Entre los dos se habían establecido acuerdos tácitos que cada uno cumplía a rajatabla.

Violet se sintió en clara desventaja frente a ese grupo de mujeres.

—Tía Catalina, le presento a mi esposa, Violet de Vílchez. —La pequeña y robusta mujer le mostró una sonrisa tan fría como las que le solía ofrecer Diego. Violet le hizo una perfecta reverencia y bajó los ojos en señal de respeto—. Y aquí están mis primas, Ana María, Catalina, Inés y Blanca. Muchachas, os presento a mi esposa.

—Es un placer, señora —las palabras las había pronunciado Ana María, y con un tono tan perentorio que la descorazonó.

Creyó que ya se había ganado una enemiga sin haber pronunciado una sola palabra.

Las presentaciones se sucedieron durante la siguiente hora.

—Menuda sorpresa nos ha dado Diego con su matrimonio. Siempre creímos que se desposaría con una muchacha cordobesa y con un linaje tan antiguo como el suyo. —El regalo del insulto había sido ofrecido por Ana María.

Las cuatro mujeres la miraban con ojos curiosos, y ella no dudó que se debía al vestido pomposo y poco apropiado que vestía. Violet miró a Diego con atención porque ignoraba qué palabras podía decir para no empeorar la situación incómoda, sin embargo él no la miraba a ella, sino a su tía.

Tenía el mentón tenso, como si tratara de controlar una réplica.

—El linaje de mi esposa es indiscutible. —Diego corrigió la impresión equivocada de su familia con suma seriedad, aunque con infinita amabilidad—. Es sobrina de un duque, y su padre fue señor muy importante. Para ser justos, sois vosotras quienes deberíais hacerle una reverencia, y no la inversa, pero mi esposa no lo tendrá en cuenta esta vez, porque así de generosa suele mostrarse cuando trata con la ignorancia.

Violet clavó el verde de sus ojos en el rostro de su esposo que seguía sin mirarla. La defensa que había hecho de ella la llenó de un orgullo desmedido.

¿Cómo podía pasar de la inseguridad más absoluta a la confianza más plena en cuestión de un instante? Diego era el responsable. A su lado se sentía protegida, respetada, y por ese motivo lo amaba tanto. Entre ellos podía existir un abismo de

incomprensión, de recelo, no obstante él jamás lo mostraría al mundo, ni permitiría que otros le faltasen el respeto con palabras o acciones.

Su honor inquebrantable era una droga para ella.

La mirada arrobada que le dedicó pasó completamente desapercibida para él, que seguía con su atención puesta en su primo Luis. Conversaba con un hacendado de Huelva y Diego no dudaba que trataba de buscar inversores. Sentía deseos de zarandearlo. Por orgullo había perdido una de las propiedades más antiguas y prósperas, y confiaba que no perdiese ninguna más.

—¡Dios mío! ¿Quién la odia tanto? —la pregunta formulada por una de las invitadas que venía directa hacia ellos hizo que las mejillas de Violet se tiñeran de un rojo intenso. Ignoraba si la pregunta iba dirigida hacia su persona, pero como la invitada se paró justo a su lado, imaginó que sí.

No supo cómo reaccionar ni qué decir.

Diego se giró hacia la voz de Isabel que llegaba hasta el grupo con una copa de vino blanco para ofrecérsela a la anfitriona. Gesto que agradeció Violet profundamente.

—Isabel, te presente a mi esposa, Violet.

La mencionada la escudriñó de arriba abajo sin ningún tipo de reparo. Violet la observó a su vez, y comprobó, llena de congoja, que era la mujer más hermosa que había visto nunca, y la mejor engalanada. Era exquisita. Menuda. De cabellos negros como los de Diego y de ojos que miraban como los cervatillos, aunque con una forma de mirar engañosa. Bajo la profundidad de sus ojos podía contemplar una férrea determinación. Ella hubiera dado casi todo lo que poseía con tal de parecer tan especial como ella.

—Violet, te presento a Isabel, hermana de Luis. Uno de mis primos que conociste la otra tarde en casa. —Ahora recordaba al apuesto hombre que la había mirado con franqueza y sin animosidad.

Violet le ofreció una sonrisa vacilante. Se sentía tan intimidada que no sabía cómo podría salir de allí indemne.

—Es un placer, señorita Vílchez —le dijo con amabilidad.

—Por favor, llámeme Isabel. —La mujer le ofreció la primera sonrisa genuina de la noche.

—Lo haré si usted me llama Violet —trató de corresponderla.

—¡Por supuesto! —exclamó con voz aguda, en un susurro—. Tiene un nombre muy hermoso. ¿Me permite que la tutee? —Violet asintió.

Estaba descentrada. La prima de Diego rompía todos los esquemas de etiquetas y normas, sin embargo le hizo sentir extrañamente bien. Su sonrisa era contagiosa y se encontró de pronto sonriendo de forma tan afable como ella.

—Primo, te callaste muy bien lo hermosa que es tu esposa. No tienes disculpa —le espetó Isabel a Diego con una media sonrisa en los labios.

Diego tenía los ojos entrecerrados. Isabel era junto a Marina, lo mejor de la familia. Ambas mujeres eran excepcionales y las quería de forma indiscutible y por igual.

—Es hora de pasar al comedor. Se hace tarde.

Diego le ofreció el brazo a Violet que lo tomó con cierta ansiedad. Cada contacto con su marido era un regalo que recibía muy de tanto en tanto, y por ese motivo se aferraba a él como si fuese una tabla de salvación en una tormenta feroz que la engullía.

La cena resultó espectacular. Adela había hecho gala de sus dotes culinarias de modo impecable. Todo estaba exquisito, bien preparado y servido con mimo. Aunque Violet apenas había probado bocado porque se sentía incómoda con el vestido, insegura con respecto a Diego y cansada por tratar de mostrarse como una auténtica dama ante los familiares de su esposo que la trataban, la mayoría, con altanería injustificada.

Isabel miraba a la extranjera con ojos brillantes, aunque le molestaba un poco el desaire constante que le hacía su primo al ignorarla. Lo veía disgustado, molesto y bebía más vino de lo habitual en él, que siempre había sido un hombre comedido. Evaluó a la mujer y pudo ver lo preciosamente delicada que era, aunque nadie había tenido el atino de mostrárselo. Si utilizara otros tonos en las telas y el recogido fuese menos severo, su rostro con forma de corazón sería un reclamo que ningún hombre podría dejar de admirar. ¿Por qué motivo nadie la había aconsejado en esos aspectos tan fundamentales? Isabel sintió una patada por debajo de la mesa y se percató que había sido propinada por su hermano Luis, que le ofrecía en ese momento una sonrisa burlona que acaparó su atención por completo.

—No te metas en camisas de once varas.

El consejo masculino fue ignorado por completo.

—Ya sabes que adoro la moda y soy incapaz de ver tal despropósito en una mujer y no hacer nada al respecto.

—A Diego le gusta así.

Las bellas cejas de Isabel se arquearon con incredulidad. Su hermano no podía hablar en serio.

—A menos que mi primo se haya quedado ciego, cosa que dudo seriamente, no puede gustarle algo así de vulgar.

Luis mostró sus blancos y parejos dientes en la sonrisa que le ofreció a su hermana.

—Admito que me muero de ganas de ver ese precioso pelo dorado ataviado con un catite. —Ahora la sonrisa fue ofrecida por Isabel. Su hermano Luis era el donjuán más famoso de Córdoba. Era un experto en mujeres y todo lo que tenía que ver con ellas, por ese motivo valoraba tanto su comentario.

—¿Negro? —preguntó Isabel con descaro.

Los comensales no seguían la conversación de ambos hermanos porque estaban enfrascados en un debate sobre política. Estar sentados en uno de los extremos de la mesa ofrecía ciertas ventajas, como intimidad para mantener una conversación.

—Rojo y sin pañuelo —le respondió Luis.

Pero Isabel no pudo decir nada más porque la cena había concluido. Era la hora de deleitar a los invitados con una actuación de música y cante. Entre la familia Vílchez había grandes artistas, incluso había un torero que trataba de hacerse un nombre, aunque no lo había logrado todavía, todos creían que su tiempo llegaría.

Isabel giró su rostro hacia su primo Diego que, en el otro extremo de la mesa, negaba de forma contundente la sugerencia de Inés de que tocara y cantara algo. Diego poseía una de esas voces privilegiadas para cantar. Su voz enamoraba porque era profunda, rasgada en su conclusión, con un timbre que matizaba las notas y tenía la cualidad de hechizar a los oyentes. Era soberbio y por ese motivo a Isabel le extrañó que negase la solicitud de varios invitados que lo animaban. A pesar de estar lejos, Isabel y Luis pudieron escuchar sus palabras ácidas de intención al responder a varios comensales pesados.

—Hace mucho tiempo que no toco ni canto, y no tengo ningún interés de hacerlo esta noche —su tono había sido excesivamente seco, y logró que los invitados dejaran de insistir aunque algunos se mostraron algo ofendidos.

Los ojos de Isabel volaron al rostro de su nueva prima, y se preocupó al verla bajar la cabeza hacia su regazo. Los hombros le temblaban como si tratara de contener las lágrimas. ¿Qué podía haber ocurrido para ese cambio de actitud? Diego se había levantado y conducía al grueso de invitados al salón donde estaba situado el piano; Inés iba a tocar una melodía, Blanca la acompañaría en una tonadilla que hacía furor en la corte de Madrid.

El comedor fue quedándose vacío de comensales salvo uno. La mujer de su primo que seguía cabizbaja. Isabel se levantó de su asiento para dirigirse hasta donde estaba Violet, sin embargo la mano de Luis detuvo su avance.

—Conozco tu faceta de samaritana, pero, créeme, nuestro primo no te lo agradecerá —le aconsejó Luis.

Isabel no supo qué responder. Todos en la familia sospechaban que los esponsales de Diego no habían sido del todo normales, y ella estaba dispuesta a conocer qué había pasado entre esos dos para que ella lo mirara muerta de amor en cada ocasión que se le presentaba, y para que él la ignorara hasta el punto del insulto.

—Allí hay una mujer infeliz, y a pesar de que amo a Diego muchísimo, creo que necesita mi ayuda, y pienso ofrecérsela.

—Te estás metiendo en camisa de once varas —le recriminó Luis con rostro serio, si bien Isabel obvió la advertencia.

—Soy una buena cristiana y pienso hacer uso de la cualidad que Dios me ha otorgado.

Luis ya no la detuvo. La dejó que avanzara hasta el lugar solitario donde estaba la mujer más compleja y peor vestida que había contemplado nunca. Él también se moría de ganas por saber qué diantres pasaba dentro de la alcoba con esos dos.

Violet se sentía morir y luchaba por contener las lágrimas. Soportó en silencio su desdicha y esperó hasta que el último de los invitados salió hacia la estancia de la música para retirarse. Necesitaba respirar de alivio y no se percató de que en el gran comedor quedaban dos primos más. Soltó su servilleta de hilo con fuerza y corrió hacia el patio para buscar un poco de serenidad. Tenía que tranquilizarse o la velada terminaría siendo un desastre con ella llorando como una loca.

Isabel contempló curiosa la salida impetuosa de la extraña mujer y decidió darle unos momentos de respiro antes de ir a buscarla.

Capítulo 4

Sentía enormes deseos de llorar.

Se sentó en el reborde de piedra de la fuente, y se abrazó el pecho consumida por una honda pena. No solo le había robado a Diego la libertad de elegir a la mujer de su vida, había cercenado tantas ilusiones y metas que se sentía morir por la desesperación. Y ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas. Sus hombros se tensaron durante un momento y después se convulsionaron por el llanto que la sacudía. Era consciente de lo infeliz que era Diego a su lado, aunque ignoraba cómo ayudarlo a superar la decepción que sentía por estar unido a ella. Se había jurado alcanzar su corazón, si bien estaba perdida en el camino. Andaba a ciegas y sin orientación, y cada vez que escuchaba de sus labios a todo lo que había renunciado, sentía una inmensa ira hacia sí misma, una furia malsana que le envenenaba la sangre.

—No puede ser tan malo.

Violet dio un respingo al escuchar la voz de Isabel Vílchez. Alzó su rostro y miró a la mujer completamente hundida en su pesar. Que la hubiese pillado en un momento tan vergonzoso de caos, le producía un malestar infinito.

—Añoro mi hogar —se aventuró a decir.

—Imagino que debe resultar muy duro dejar todo lo que uno conoce para vivir en un lugar completamente extraño. —Isabel se había acercado hasta ella y le ofreció un pañuelo bordado en hilos de plata que aceptó agradecida.

—Se me pasará... —le respondió Violet, aunque Isabel lo dudaba.

Una pena tan demoledora, no era causada por añoranza, sino por algo mucho más profundo y cortante.

—Me gustaría ayudarte —le dijo Isabel con sinceridad.

—Te lo agradezco, pero mi nostalgia remitirá con el tiempo.

—Entonces me gustaría ser tu amiga. Imagino que no tienes ninguna en Córdoba.

Violet hipó y tragó con fuerza. Se había limpiado el rostro enrojecido por el llanto, no obstante las huellas de la angustia que la había embargado unos momentos antes eran demasiado visibles todavía.

—Refréscate el rostro con el agua de la fuente.

La sugerencia de Isabel la dejó atónita. ¿Mojarse la cara en la fuente? Los ojos verdes se abrieron de par en par. ¿Lavarse la cara en un agua donde nadaban peces?

—No será necesario —le respondió con una mueca bastante significativa.

—Permíteme —Isabel le quitó el pañuelo que estrujaban entre sus dedos, lo mojó en el chorro frío e inmediatamente se lo pasó por el rostro acalorado.

El gesto amable de la prima de Diego la pilló con la guardia baja, aunque la tela mojada logró enfriar el escozor que le había producido el llanto.

—Así está mucho mejor.

Violet le mostró una sonrisa de agradecimiento que conmovió a Isabel.

—Eres muy amable —le dijo apenas en un susurro—. No lo merezco.

Violet se tocó la cabeza e hizo a continuación un gesto dolorido, Isabel comprendió enseguida qué le ocurría.

—Llevas el cabello demasiado tirante, permíteme —acto seguido sacó dos horquillas del apretado moño y la larga melena cayó sobre los hombros de la mujer como una cascada de oro.

—¡No puedo llevar el pelo suelto! —Exclamó Violet con horror mal disimulado.

Tenía que comportarse como una auténtica señora, y una de las reglas primordiales era llevar el pelo recogido.

—No estará suelto —un momento después, Isabel le trenzó la rebelde melena y se la ató con su propio cabello. Soltó unos mechones más cortos para que bailaran sobre sus hombros y adornaran su rostro—. Quítate la chaquetilla, y podrás respirar mucho mejor.

Violet dudó un instante; la chaquetilla complementaba el vestido, pero realmente se sentía asfixiada por el calor que le producía, apenas podía inhalar el aire que necesitaban sus pulmones.

—Eres la señora de Bidasoa. Puedes hacer lo que desees y nadie te juzgará por ello. Estás en tu casa, nadie osará criticarte si apareces vestida simplemente con el vestido, porque, si lo hacen, podrás negarles una próxima visita a la casa. Puedo asegurarte que nadie te dará un desplante.

A pesar de sus dudas y de la honda impresión que le había causado Isabel, Violet sonrió al escucharla.

Violet recibió la misma muestra de empatía, estaba convencida de que la sonrisa que le brindaba era de ánimo, y aunque dudó en quitarse la chaquetilla, sabía que tenía razón. Había estado tan centrada en agradar a los invitados que se había olvidado de

sí misma. Con manos temblorosas, se desató la estrecha y rígida chaquetilla, y cuando sus senos quedaron libres de la prisión donde los había mantenido, pudo respirar profundamente sin sentir el menor aplastamiento o incomodidad.

Isabel se fijó en la camisa transparente y el corpiño del vestido que solo cubrían hasta la mitad de los senos. Con ese simple gesto, había cambiado su imagen por completo.

—Ahora ya estás lista para regresar al salón y seguir divirtiéndote con lo que resta de velada.

Isabel intuyó que Violet ignoraba por completo que una parte de la cremosidad de sus pechos era claramente visible tras la tela de la camisa, si bien no resultaba vulgar, todo lo contrario, haría que los hombres no pudieran despegar sus ojos del incitador escote. Se moría de ganas de ver la cara de su primo Diego cuando la viera sin parte de la armadura que había abanderado durante la cena. Su recién adquirida prima necesitaba algo más que unos consejos, necesitaba un guardarropa completo, y pensaba llevarla de compras de inmediato.

—¿Vamos? —Isabel extendió su mano para ayudarla a levantarse.

Violet recogió la chaquetilla del borde de la fuente y siguió a la prima de Diego con una aparente seguridad que estaba muy lejos de sentir. Pero era cierto que tenía que cambiar su actitud si quería ganarse el afecto de la familia.

Diego era plenamente consciente de la ausencia de su mujer en el salón, y, por un instante, lamentó las palabras bruscas que había dicho a uno de los invitados momentos antes, sin embargo no deseaba cantar, hacía mucho tiempo que había dejado de hacerlo. El motivo estaba muy claro, la ilusión se había evaporado de su espíritu en el mismo momento que contrajo matrimonio con ella. Aunque era consciente de que su tajante negativa iba a ser tomada de la única forma que podía tomarse, como una acusación velada, aunque no le importó; había cruzado la línea de la desidia hacía mucho tiempo.

Cuando Violet entró en el salón seguida de Isabel, sus ojos oscuros la siguieron en cada paso que daba, en cada movimiento que hacía. Se había quitado la chaqueta y cambiado el peinado, pero algo más había cambiado en ella, lo veía en su expresión. Su mujer sorteó algunos invitados mientras caminaba hacia el lugar que le correspondía: a su lado. Iba pidiendo disculpas con una sonrisa encantadora. Cuando llegó hasta donde estaba él, Diego se levantó y su mirada se clavó en el escote que exhibía ella sin pudor alguno, se fijó en el valle satinado del comienzo de sus senos que la camisa no ocultaba por completo. Subió sus ojos hasta el rostro femenino que le sonreía con afecto, y se dio cuenta de que ella ignoraba el efecto que causaba con el pelo recogido en una trenza que caía con descuido sobre su hombro izquierdo.

—Lamento la tardanza —se disculpó al mismo tiempo que tomaba asiento al lado de él—, tenía demasiado calor. No estoy acostumbrada al clima cordobés, aunque intentaré superar la incomodidad que me produce lo más rápido posible.

Violet le hablaba en susurros, para no molestar a los invitados que escuchaban la melodía que desgranaba con hábiles dedos una de las primas de su esposo.

Diego continuó en silencio aunque miraba de tanto en tanto el escote de su mujer a la vez que contraía más y más el ceño.

—No puedo creer lo bien que le sientan a nuestra nueva prima los cambios que has efectuado en su atuendo y cabello —le dijo Luis a Isabel—, porque no tengo la más mínima duda de que ha sido obra tuya.

Isabel entrecerró sus ojos mientras disfrutaba la incipiente incomodidad que sentía su primo Diego a medida que transcurría el tiempo. Lo sabía por la forma en la que introducía uno de sus dedos por el cuello para aflojar un poco la sujeción del pañuelo. Lo intuía por el parpadeo de sus ojos y la forma de cruzar una pierna sobre la otra, si bien Isabel no estuvo preparada para contemplar la mirada de sufrimiento extremo que le dedicó su primo cuando sumó uno más uno, y descubrió que había sido ella la causante del cambio en la apariencia de su esposa. Lo había intuido y el resultado no se había hecho esperar, motivo por el que la miró con un profundo reproche que no se molestó en ocultar.

¿No estaba contento? ¿No se alegraba de ver lo que había ganado su esposa en atractivo?, se preguntó Isabel, extrañada. Ella solo había pretendido ayudar a una muchacha insegura, y estaba muy lejos de sospechar lo disgustado que estaba su primo por ello. ¿Qué diantres ocurría entre los dos? Para ella resultaba muy claro que Violet lo amaba con locura, pero, entonces, ¿por qué motivo se mostraba Diego tan infeliz en su presencia? La curiosidad la devoraba. Ansiaba saber para poder ayudarlos.

—Te dije que nuestro primo no iba a agradecerte que te entrometieras.

Isabel dejó de mirar a Diego para clavar sus ojos en su hermano.

—Estoy decidida a averiguar la causa de tanta infelicidad.

Luis le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Deja que resuelvan sus asuntos y mantente al margen.

¿Mantenerse al margen? Algo así era poco menos que imposible. Una persona a la que quería muchísimo sufría, y ella no podía quedarse sin hacer nada.

—Quizás me equivoque, sin embargo pienso que nuestro primo necesita ayuda. Parece un niño indefenso y perdido.

Luis masculló por lo bajo. Su hermana era la mula más terca apellidada Vílchez. Él podía prever los problemas que podían surgir si decidía entrometerse.

—Diego te quiere, eso es indiscutible, pero yo que tú andarías con pies de plomo cuando decidas entrometerte en sus asuntos.

—Te agradezco el consejo.

—Después no digas que no te lo advertí.

—Es indudable que Diego y Violet tienen problemas, y está en nuestra obligación ayudarlos.

—Hay cierta clase de ayuda que no sirve si no se la solicitan a uno.

—Al menos lo intentaré.

—Simplemente, lleva cuidado.

El resto de la velada transcurrió sin novedad. Y cuando todos los invitados se retiraron, las dos personas que vivían en Bidasoa seguían más alejadas que nunca.

Capítulo 5

Se sentía la única culpable de todo.

La ausencia prolongada de Diego le producía una ansiedad indescriptible. Se había marchado al cortijo Vílchez para atender unos asuntos relacionados con la siembra y a ella la había dejado en Bidasoa con el pequeño Miguel. Su marcha, justo un día después de la cena donde había conocido a casi la totalidad de su familia, la había dejado con una sensación de impotencia.

Lo extrañaba mucho: sus silencios hirientes, sus miradas cortantes. El vacío que dejaba su ausencia en su alma le resultaba insoportable. Un castigo eterno y merecido, pero en esa tormenta de soledad impuesta había acudido como un salvavidas a su monótona vida Isabel Vílchez. Y por primera vez en su vida, Violet se estaba divirtiendo. Desde la cena en Bidasoa, semanas atrás, la relación entre Isabel y ella había madurado y se había fortalecido. Ya no era la prima de su marido ni una amiga incondicional, Isabel se había convertido en la hermana que siempre había ansiado. Recorrer con ella las calles de Córdoba había sido algo memorable, algo que recordaría toda su vida. Le había enseñado cada rincón de la villa, sus patios escondidos a las miradas curiosas, y había descubierto un sinfín de lugares mágicos y que había atesorado en lo más profundo de su corazón.

También le había descubierto un mundo completamente desconocido. La había llevado a una modista sumamente peculiar, la señora Canales, que tenía un gusto exquisito a la hora de elegir colores, texturas, y unas manos mágicas para cortar las telas. Jamás copiaba modelos ni seguía modas, creaba un estilo propio y lo adaptaba a cada mujer que vestía. Muchas nobles venidas de la capital, y aún más lejos, le encargaban sus vestidos, algo completamente inusual porque la moda imperio había arraigado muy fuerte, décadas atrás, entre las partidarias de Josefina Bonaparte, que había llevado a la corte de Madrid la elegancia del gusto parisino por la moda y la decoración.

Isabel no se había quedado contenta solo con conseguirle vestuario nuevo, la había incitado a renovar incluso su ropa de cama, sus sombreros y zapatos, absolutamente todo. El gasto había sido tan excesivo que Violet no se había atrevido a que le pasaran las facturas a Diego, por lo que ella misma había sufragado todos sus gastos. Y estaba sorprendentemente feliz. Con los nuevos vestidos se sentía hermosa, atractiva de una forma que no había experimentado nunca.

En ese preciso momento recorrían la zona que a ella le pareció la más entrañable de Córdoba, la plaza Capuchinos, un lugar emblemático y tranquilo. Visitaron el convento y la iglesia de los Dolores, y lo que llamó poderosamente la atención de

Violet fue el Cristo de los Desagravios y Misericordia. Isabel le había explicado que la figura había sido creada por el escultor Juan Navarro de León a instancias de Fray Diego José de Cádiz, un capuchino franciscano. En la ciudad, la escultura tenía muchos seguidores que acudían a diario a su emplazamiento para ofrecerle oraciones y peticiones. Estaba convencida que se convertiría en un lugar de peregrinaje.

Violet miraba el Cristo desde una de las esquinas de la plaza, sin embargo como si una fuerza superior a ella la empujara, se acercó hasta la imagen esculpida. Y durante un largo rato se quedó mirando el Cristo en un completo silencio. La figura había sido tallada en piedra, aunque su tamaño era inferior al de una persona real, imponía. Violet podía ver los clavos y la corona de espinas de forma perfecta. El Cristo estaba clavado a una cruz cuadrangular con cantoneras escalonadas y, a su vez, estaba enclavada sobre un pedestal de piedra que la dotaba de una altura considerable.

Isabel se situó a su lado tratando de ver el motivo que le interesaba o le llamaba poderosamente la atención.

—Es precioso —dijo al fin Violet aunque sin apartar sus ojos de la escultura.

—¿No te parece algo solitario? —preguntó Isabel con voz serena.

—Es extraño, pero puedo percibir su dolor. La inmensa tristeza que guarda en su alma.

—Es una escultura muy querida y venerada por los cordobeses —le informó Isabel con ternura.

Violet afirmó con su rubia cabeza.

—Es algo más que eso —dijo de pronto ella—, es un símbolo donde puedes venir a llorar tus sufrimientos. La fuente para la cura del espíritu atormentado.

Isabel miró a Violet con ojos brillantes. Pocas personas lograban una conexión tan estrecha con el Cristo con solo un vistazo. Uno tenía que nacer en Córdoba y ser creyente para sentir todas esas emociones que describía ella. Violet había logrado sorprenderla.

—Entonces, podrás venir a rezarle todas las veces que desees. Nuestro Cristo se sentirá feliz de contar con tu devoción.

Violet parpadeó y giró su rostro hacia Isabel.

—Ignoraba que Bidasoa estuviese tan cerca de este lugar.

—Todo está muy cerca de este lugar —le respondió Isabel con una sonrisa.

—Vendré a rezarle —afirmó con determinación en sus ojos verdes.

—¿Al Cristo de los Desagravios y Misericordia?

Violet volvió su rostro para mirarla con detenimiento.

—Desagravios y Misericordia... —repitió con reverencia—. Qué apropiado.

—Llegamos tarde —le dijo Isabel de pronto.

Esa noche, Violet asistía a una cena en la casa de Isabel y Luis. De todos los primos de Diego, ellos eran los más especiales y le habían hecho sentir bienvenida en una ciudad que ya adoraba.

Indudablemente, Isabel había hecho un magnífico trabajo con la mujer de su primo.

Luis no podía apartar sus ojos del rostro que reía con júbilo por un comentario de su hermana. El vestido verde intensificaba el color de sus ojos, casi del mismo tono que la tela. A diferencia de los vestidos que había llevado del norte, los que había encargado en Córdoba eran tejidos mucho más ligeros y cortados de una forma que realizaban su esbelta figura. La modista había prescindido de los amarillos, naranjas y marrones, que la hacían parecer excesivamente pálida e incluso enfermiza, por el contrario, había seleccionado una gama de verdes, azules y rojos que le quedaban realmente bien, y sin un matiz de brillo.

Violet no vestía satenes ni tafetanes, vestía de seda fina, de muselina y batista. El cabello ya no lo llevaba apretado en un moño alto, lo llevaba sujeto en un recogido a media altura y con mechones sueltos descansando sobre sus hombros. El cambio era en verdad espectacular. De pronto, Violet giró su rostro hacia él y lo miró con semblante serio, la sonrisa había abandonado sus rosados labios. Vio que le hacía unas preguntas a su hermana, y esta las respondía aunque con un gesto evasivo que lo preocupó. En cambio su tía Catalina le estaba dando una explicación completa. ¿De qué diantres estarían hablando?, se preguntó, aunque interiormente lo sospechó: de las dificultades económicas que estaban pasando.

Luis alzó su copa de vino y bebió un largo trago al mismo tiempo que devolvía su atención al hombre que había sido capataz del cortijo de Los romerales antes de perderlo. Manuel le comentaba la necesidad imperiosa de comprar más tierras de olivos para que la almazara pudiese funcionar a pleno rendimiento y dar beneficios a corto plazo, aunque era muy difícil. A Luis le faltaban los reales necesarios para poder comprar tierras de cultivo con olivos maduros, aunque seguía intentándolo con todas sus fuerzas.

Había mantenido conversaciones con importantes hacendados sin éxito. Había pedido préstamos a banqueros, pero cada petición había sido denegada porque ya no le quedaba nada por hipotecar. Tenía una almazara que podría funcionar y rendir grandes beneficios si pudiera convencer a los terratenientes para que hicieran uso de ella. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta que Violet

caminaba directamente hacia él seguida de su hermana Isabel. Sostenía una copa de vino blanco en la mano que no había tocado.

Isabel tenía los labios apretados de disgusto.

—Estás encantadora. —Fue lo primero que dijo cuando ambas mujeres llegaron hasta donde estaban Manuel y él, en el rincón más apartado del salón.

El resto de invitados seguían con sus charlas animadas, ajenos a todo.

—Quiero ayudarlos —Violet se refería a él y a su hermana.

—No creas todo lo que oyes —le dijo Luis en un intento de restarle seriedad a la situación incómoda.

—Tía Catalina se fue de la lengua, como siempre —apuntó Isabel todavía con el disgusto reflejado en sus bonitos ojos castaños.

—La familia está para ayudarse —replicó a cambio Violet.

Cuando había escuchado el comentario sobre las dificultades por las que atravesaba la familia de Luis, no podía creérselo.

—Tu esposo ya nos ha ayudado demasiado. —Violet entrecerró sus ojos verdes sin comprender sus palabras—. Tanto, que no tengo modo de saber cómo podré devolverle el dinero, ni cuándo.

Violet se quedó durante unos instantes pensativa. No había contado con la posibilidad de que Diego ya los hubiese ayudado prestándoles dinero, pero si había oído bien, no era solo dinero lo que podía ayudarlos.

—No sé muy bien lo que es una almazara. Isabel me ha comentado que tenéis una, aunque no está en uso.

En ese punto Manuel decidió intervenir por primera vez en la conversación.

—Una almazara funciona con cosechas de olivas.

Violet parpadeó varias veces asimilando la información.

—Teníamos terrenos con olivos, aunque se perdieron con el cortijo Los romerales. Tuvimos que venderlo para poder hacer frente a unos pagos inmediatos —le informó Isabel.

Luis estaba realmente incómodo. Hablar de deudas con mujeres le resultaba desagradable. Era su deber no permitir que las mujeres de su familia se angustiaran por la falta de dinero, no obstante como cabeza de la familia había fracasado de forma estrepitosa.

—Os prestaré el dinero que necesitáis para comprar más olivos —el ofrecimiento de Violet fue tan altruista que el estómago de Luis se sobresaltó.

Isabel la miró con infinita dulzura.

—Es dinero de Diego, y no pienso aceptar nada más de mi primo —respondió Luis.

Violet se ofendió por el tono duro que había empleado él.

—Soy dueña de mi propia fortuna —alegó en cierta forma molesta—. Diego no ha reclamado la dote que me dio mi hermano, ni el regalo que me hizo mi tío por mis esponsales.

Ciertamente su tío había sido generoso con ella. Violet había sentido cuando se lo dio como si fuese un pago por quitar a Diego del camino.

—Entonces si no deseas mi dinero, se lo pediré prestado al banco.

Luis terminó por sonreír. Su recién adquirida prima se mostraba tenaz, aunque algo impertinente.

—Dejémoslo estar —dijo de pronto Luis, que había vuelto a ponerse serio—, y continuemos con la velada.

Violet no estaba de acuerdo en dejarlo estar, pero reculó en su postura. Encontraría el medio de ayudar a Isabel y a Luis. Eran dos personas maravillosas, y ella estaba en posición de hacer algo bueno con su dinero.

—¿Regresará pronto mi primo? —preguntó Luis cambiando el tema de conversación de forma drástica.

—Lo ignoro —le respondió Violet sin poder dejar de pensar en la forma de ayudarlos.

—Le he sugerido que se marche con el pequeño Miguel al cortijo Vílchez. No es bueno que Diego esté allí solo. Necesita a su familia —dijo Isabel con un brillo extraño en sus pupilas negras.

Violet inspiró profundamente al escuchar sus palabras. Era cierto que Isabel había sugerido que se marchara al cortijo, si bien ella no se atrevía porque si lo hacía, podría aumentar el enojo de su marido hacia ella todavía más, aunque era lo que más ansiaba en el mundo.

—Diego ha tenido desatendidos durante mucho tiempo sus asuntos en Córdoba.

Era cierto. Como oficial del ejército había tenido que ocuparse de misiones secretas que lo habían llevado a otros países, como Italia y Portugal, durante largos periodos de tiempo. Por ese motivo había tardado tres años en ir a Inglaterra a buscar a su

esposa para traerla a España. Ahora que estaba licenciado del ejército, tenía que ocuparse de todas sus posesiones, y el cortijo Vílchez era una de tantas.

—Me encantaría ir al cortijo —admitió al fin—, aunque ignoro qué podría hacer allí salvo molestar a Diego en su trabajo.

Isabel alzó sus cejas con sorpresa al escucharla.

—En el cortijo Vílchez siempre hay cosas que hacer —le dijo Isabel.

—¿Vendrías conmigo? —le preguntó Violet de forma directa—. Sería maravilloso tenerte allí.

Isabel le hizo un gesto afirmativo.

—Es posible que vaya en unos días a visitarte, cuando Diego se haya acostumbrado a tenerte allí. Ya sabes, los esposos desean cierta intimidad.

El rostro de Violet se puso tan rojo como la grana. Diego no quería ningún tipo de intimidad con ella.

—Entonces lo prepararé todo para emprender el viaje. Imagino que mi pequeño disfrutara mucho en el campo.

—Si le gustan los animales, estoy convencida de que disfrutará. Nada le gusta más a un niño, que correr detrás de las gallinas y acariciar gatitos pequeños.

Lo que decía Isabel sonaba maravilloso.

—Tú también apreciarás las tardes tranquilas y el silencio por las noches.

Con cada palabra de Isabel, las ganas de visitar el cortijo y estar junto a Diego aumentaban. En Córdoba lo había pasado realmente bien en compañía de los primos de su esposo, no obstante quería marcharse. A pesar de las dudas que sentía, y de la sorpresa que podría encontrarse allí si Diego pensaba lo contrario, pero tenía que intentarlo, podía ser una buena oportunidad de acercar posiciones y superar obstáculos.

Sí, la partida hacia el cortijo la veía con otros ojos.

Capítulo 6

Estaba terriblemente cansado.

Había estado todo el día marcando y conduciendo reses, supervisando los cultivos, y lo único que le apetecía en ese momento era llegar a la casa, darse un baño y ¡dormir doce horas seguidas! Aunque al día siguiente le esperaba una jornada todavía más dura que la que acababa de concluir. Espoleó su montura que ya había tomado el camino de regreso al cortijo. Podía ver las suaves luces amarillas y el humo que ascendía por el hueco de la chimenea. Aunque hacía calor durante el día, por las noches refrescaba bastante, y por ese motivo el hogar se mantenía encendido. Confiaba que Esperanza no le hubiese preparado una cena muy copiosa, pues apenas tenía apetito, y sí unas ganas tremendas de tumbarse boca abajo en la cama, y no hacer nada salvo recuperar las fuerzas.

Mantenerse activo hasta el punto del agotamiento físico era imprescindible para él, porque así mantenía la mente libre de pensamientos destructivos.

Cuando desmontó del semental, un mozo de cuadra se hizo cargo de las riendas. Diego se quitó los guantes y se lavó las manos y el rostro en un balde de agua fresca y limpia que siempre tenían en la puerta. Ginés, el marido de Esperanza y el capataz del cortijo, cerró el portón que habían mantenido abierto hasta su llegada.

—Tiene visita —le dijo Ginés con rostro serio. Diego se detuvo en el segundo escalón de subida a la casa—. Su esposa, patrón. Llegó a primera hora de la tarde.

Diego maldijo por lo bajo. «¿Qué demonios hace ella en el cortijo?», se preguntó, sorprendido. Había sido muy claro en Bidasoa, aunque a la vista estaba que no lo suficiente. Sin decir nada al respecto, entró en el vestíbulo cálido y tenuemente iluminado, dejó el sombrero y la chaqueta corta en la percha de pie que había situada en un rincón, se pasó las manos por el pelo revuelto y cruzó los pasos que lo separaban del salón.

Cuando cruzó la puerta, su hijo Miguel se lanzó a su encuentro con los brazos extendidos. Diego lo aupó con verdadero cariño.

—¡Papá! ¡Papá! —Diego besó la mejilla suave y tersa del pequeño, al mismo tiempo que inhalaba el aroma infantil.

Después de un agotador día de trabajo, sentirse abrazado por su hijo era la sensación más placentera del mundo.

—¡Qué sorpresa! —dijo sin apartar sus ojos del rostro del niño—. ¿Has disfrutado del paseo en carruaje hasta el cortijo? —le preguntó. Miguel le hizo un gesto

afirmativo.

—¡Diego! —La exclamación de Violet hizo que desviara sus ojos del rostro de su hijo al de su esposa—. Te añoramos mucho, y por ese motivo decidimos venir a visitarte.

El silencio prolongado era algo conocido para ella, aunque lo detestaba. Violet se fijó en el atuendo de Diego, tan diferente al que solía usar en la ciudad de Córdoba. Iba vestido con ropa de trabajo. Sobre el pantalón llevaba todavía el zahón de cuero. Se había quitado la chaquetilla corta y el sombrero cordobés. Llevaba desabrochado el chaleco, así como dos botones de la camisa. El nudo del pañuelo enrollado al cuello estaba flojo, y tenía las mangas de la camisa dobladas hasta el codo, y las botas con espuelas, hacían un ruido peculiar cada vez que daba un paso, si bien no había un hombre más atractivo en el mundo, y no importaba que fuese vestido de gala o de faena, era tremendamente varonil.

Diego le devolvió el mismo escrutinio de ella y la notó algo cambiada. El vestido de viaje estaba un poco arrugado, aunque le sentaba bien. También tenía el pelo diferente, los rizos ahora enmarcaban su rostro redondo, pero él no la quería en el cortijo, ni en su vida.

—Iré a cambiarme, bajaré en unos momentos.

Violet apretó los labios para contener un gemido. Diego no se había alegrado de verlos, bueno, eso no era del todo cierto, se había alegrado de ver a su hijo, no a ella.

—¿Me acompañas, campeador? Tengo muchas cosas que contarte —Miguel abrazó todavía más el cuello de su padre y recostó su cabecita en su fuerte mentón.

—Os esperaré aquí —dijo Violet con voz afectada.

Era indiscutible el profundo amor que sentía Diego por su hijo, y durante un instante largo y penoso, sintió envidia de ese afecto que la excluía, que la mantenía en una distancia segura para él, no obstante estaba dispuesta a cambiar esa circunstancia. Iba a dejar de ser un objeto incómodo. Diego tenía que aceptarla de una vez por todas con todas las consecuencias. Había ofrecido unos votos que no estaba cumpliendo, aunque ella no pensaba exigirlos. Se conformaba con estar junto a él, aunque el sentimiento de lejanía que sentía a su lado fuese tan intenso que la desmoralizaba, la hundía en un pozo profundo y negro del que no podía salir a menos que él la ayudara, pero estaba muy lejos de querer intentarlo.

La cena discurrió, como siempre, en un mutismo ofensivo.

El pequeño Miguel dormía en la alcoba que habían preparado para él, justo al lado de la de Violet en el otro extremo del corredor. Diego le había explicado de forma paciente que los habían colocado allí porque la vida en el cortijo comenzaba muy

pronto, y esa era la zona más tranquila de la casa, en ese rincón apartado no sentirían el ruido de la hora temprana.

Violet no apartaba sus ojos del rostro de su esposo que miraba su plato con mirada ausente. Su cuerpo estaba sentado a la mesa, sin embargo él no estaba allí con ella, y se arrepintió de haber tomado la decisión de visitarlo.

Esperanza, la cocinera, le había presentado al personal de la casa.

La mujer que limpiaba y servía las comidas se llamaba Juana, y en ese momento estaba retirando los platos de la mesa. El de Diego estaba casi lleno, no había probado apenas bocado, ella tampoco. Tremendamente turbada, bajó los ojos a su regazo e inspiró fuertemente para tragar el nudo de impotencia que sentía en la garganta, al menos en la compañía de Isabel y Luis no se sentía tan desafortunada, pero ya no había vuelta atrás, estaba en el cortijo y debía capear el temporal lo mejor que supiese. Al subir de nuevo la mirada, fue consciente de la mano femenina que tocaba el hombro de Diego y el breve gesto negativo de él con la cabeza. Los ojos de Violet se oscurecieron con el fogonazo de entendimiento. Intentó contenerlo, y no pudo, el gemido de sorpresa subió hasta su garganta y quedó allí aprisionado.

Cuando Juana dejó el comedor, sus ojos se clavaron en Diego buscando una confirmación a sus sospechas. ¡Era su amante! No podía ser cierto, aunque ¿por qué se sorprendía? Él no la había tocado desde aquella noche en la que ella lo sedujo. Lo obligó a tener relaciones sexuales para cumplir un objetivo: despejar el camino a su primo y cumplir una promesa ofrecida a su tío.

—¿Cuántas criadas hay? —inquirió con sequedad.

Diego parpadeó varias veces al escuchar la pregunta. Miró el rostro de su esposa y entrecerró sus ojos oscuros sin saber por qué motivo la veía tan alterada.

—Solamente está Juana. ¿No te ha informado Esperanza?

—¿Vive en la casa? —Los ojos femeninos llameaban.

—Como el resto de trabajadores, en el edificio anexo a este, creí que lo sabías.

Los celos clavaron sus dientes afilados en su corazón enamorado. Le dieron mordiscos fieros, voraces. Aunque quizás se estaba precipitando, pero no. Como mujer desesperada, reconocía las miradas de interés que otra mujer dirigía a su marido. ¡Quería a Juana lejos del cortijo Vílchez, lejos de Diego!

—Isabel y Luis te envían sus saludos —comenzó ella tratando de normalizar las pulsaciones dolorosas que sentía en las sienes—. Es posible que tu prima Isabel nos visite en breve. Imagino que no te importará.

Diego la miró de frente sin ambages.

—¿Qué haces aquí?

Violet inspiró profundamente tratando de sofocar un gemido de ira.

—Nuestro hijo te extrañaba —le dijo, si bien al momento se arrepintió de sus palabras porque era la primera vez que utilizaba a su hijo para justificar su acción impulsiva, y su propia necesidad.

—Pensaba regresar a Córdoba el próximo viernes.

—No tenía modo de saberlo.

—No importa. —Nuevamente Diego se ocultaba bajo una máscara de impasibilidad.

—¿Qué...? ¿Qué es lo que no importa? —le preguntó con mirada dolida—. Porque tus ojos me muestran el profundo disgusto que te ha causado mi llegada. —El tono de Violet seguía subiendo hasta casi parecer un grito.

—Por favor —comenzó Diego—, si estás buscando una riña, he de decirte que me encuentro demasiado cansado. —Violet cerró los párpados para que él no viera cuánto la herían sus palabras. Mejor dicho, la ausencia de ellas—. Por ese motivo te deseo buenas noches. Nos veremos mañana en la cena.

Diego desplazó la silla con cuidado y se levantó de la mesa. Soltó la servilleta de hilo sobre el mantel y se dirigió hacia el vestíbulo sin mirar una sola vez hacia atrás.

Violet comprendió que había sido un error ir al cortijo. Y la sensación aflictiva la engulló como si fuese un pesado nubarrón de tormenta.

No podía dormir. La imagen de la mano de Juana en el hombro de Diego se le había clavado en la retina con una furia despectiva que la ahogaba. Siguió paseando por la alcoba sin encontrar el consuelo que necesitaba. Sin poder apaciguar la ira que sentía dentro de su pecho por la indiferencia constante y perpetua de Diego.

Aunque de algo estaba segura. No iba a permitir que ninguna mujer codiciara lo que era de ella por derecho legal. Era su marido ante los ojos de Dios, ante el mundo entero. Y tenía que aceptarlo de una vez por todas.

Tenía que hablar con él. Llevaba horas deambulando por la estancia buscando el valor que necesitaba para un nuevo encuentro. Los anteriores la habían dejado completamente agotada emocionalmente, y no podría dormir hasta que él la tranquilizara.

Salió al corredor oscuro y dudó en seguir su impulso. Otras iniciativas le habían costado muy caras. Aseguró el nudo de su bata larga. La tela era tan fina y suave que ondeaba a cada paso que daba. Se paró justo en la puerta cerrada, apoyó la frente en

la templada madera e inspiró fuertemente antes de alzar la mano para llamar, pero lo pensó mejor. Accionó el picaporte y comprobó que cedía bajo la presión de su mano. Empujó con suavidad la hoja y clavó sus ojos en el hombre sentado en el sillón y en la mujer que le acariciaba el cuello.

Diego estaba desnudo de cintura para arriba.

Violet lo vio todo rojo. Tenía delante de sus ojos la prueba que no quería admitir: la realidad de su fracaso como mujer. Y todo el despecho que sentía acudió de golpe a sus labios para hacerle cometer la mayor imprudencia de su vida. Dio un paso firme al frente y empujó la puerta con tal fuerza que el portazo sonoro hizo que Diego diera un respingo sobre la silla.

Juana se volvió con los ojos como platos.

—Recoja sus cosas y váyase de la casa. Está despedida.

La mujer se tapó la boca con la mano para ahogar un gemido de espanto, aunque se mantuvo en el mismo sitio sin moverse.

Violet apretó de tal forma los dientes que Diego pensó que podría partírselos. Iba vestida con un camisón blanco de encaje, y tan transparente que la bata no lograba ocultar el color de su piel, ni el rosado de la aureola de sus pezones. Desvió la vista bastante incómodo.

—¿Además de estúpida es sorda? —atacó de nuevo—. Le he dicho que recoja sus cosas y se marche.

Juana miró el rostro de Diego ante la orden de su esposa, aunque sin decidirse a obedecer.

—No he hecho nada malo, patrona —le respondió de forma cauta aunque altanera.

Violet hizo un gesto de desagrado bastante elocuente.

—Mañana se le pagarán sus servicios, pero la quiero fuera de esta casa de inmediato.

Juana estaba atónita, porque ignoraba por qué la mujer se sentía tan ofendida con ella.

—Ya has oído a la señora. Recoge tus cosas, me encargaré de que mañana te paguen todo el salario del mes y te den una carta de recomendación.

Juana miró a Diego sorprendida, le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se marchó de la alcoba cabizbaja. Cuando cerró la puerta tras ella, lo hizo con mucho cuidado y en silencio.

Violet tragó saliva varias veces. Inspiró profundamente sin dejar de mirar al adúltero de su esposo que seguía sentado en el sillón como si nada hubiera ocurrido. Sentía ganas de gritar, de zarandearlo para romper esa capa de hielo con la que se cubría.

—¿Algo más? —le preguntó Diego.

Al no obtener respuesta por parte de ella, se levantó y se dirigió al ropero para dejar el lienzo que sostenía en las manos, Violet lo sujetó por el brazo justo cuando pasó a su lado. Él hizo un gesto para soltarse, pero ella no lo permitió. La miró a los ojos y vio dolor y sufrimiento en ellos.

No se sorprendió porque eran un espejo de los suyos propios.

—¿Por qué buscas consuelo en otros brazos teniendo los míos? —le preguntó con un hilo de voz—. Si necesitas una furcia, yo también puedo serlo, solo tienes que pedírmelo.

Diego sujetó la mano femenina que seguía aferrada a su brazo, y, uno a uno, fue soltando los dedos hasta que logró que lo soltara.

—No sabes lo que dices —le respondió sin emoción alguna.

Violet dio un paso para situarse frente a él. Esa noche iba a jugárselo todo, porque ya no podía más.

—Te amo, Diego, y sé que puedo hacerte feliz. Déjame demostrártelo.

Violet se desató el nudo del cinturón y se quitó la bata con manos torpes. Diego seguía parado frente a ella sin dejar de mirarla a los ojos. Cuando la bata quedó inerte a los pies de ambos, los dedos de ella comenzaron a deslizarse por sus hombros los tirantes del camisón, que cayó sobre sus caderas y quedó muerto encima de la bata, pero Diego no bajó los ojos, no la miraba como un hombre mira a una mujer desnuda delante de él. Violet vio desprecio en su mirada, que cada vez se volvía más fría.

La fuerza de ese descubrimiento la hizo enrojecer hasta la raíz del cabello. Sin embargo, no se rindió.

—Yo puedo darte todo lo que necesitas, solo tienes que aceptarme —suplicó con la voz enronquecida de contener el llanto—. Hazlo, Diego, acéptame y trataré de hacerte feliz.

Diego habló al fin, si bien sus palabras resultaron como finas mordeduras de serpiente.

—Aquella noche me mutilaste, me dejaste herido de muerte porque ni te quería ni te deseaba. —Violet seguía completamente desnuda delante de él—. Me robaste un hijo que no debía ser tuyo, sino de la mujer que amaba. No solo me traicionaste a mí, sino todo lo bueno y honrado que tu padre te enseñó. —Las lágrimas calientes de dolor comenzaron a deslizarse por las mejillas femeninas a voluntad—. Me diste una estocada tan profunda y mortal que no tolero tocarte, ni mirarte. Detesto tu olor porque me recuerda la traición de la que me hiciste objeto.

Los hombros de Violet temblaban por la angustia que ya no podía contener. Se había ofrecido a él como una furcia y la había despreciado sin pestañear una sola vez. ¿Podía sentirse más miserable? Lo dudaba.

Diego se inclinó y recogió el camisón del suelo para subirlo por el cuerpo femenino hasta cubrir de nuevo su desnudez. Violet sujetó los tirantes a su pecho sin dejar de mirarlo completamente afrentada.

Ni una sola vez, la yema de los dedos masculinos había rozado la piel caliente y enferma de amor.

—Algún día, Diego, amarás tanto y con tal intensidad que sentirás remordimientos por los momentos tan amargos que me haces vivir a tu lado.

La boca de Diego se curvó en una sonrisa cínica, cruel.

—Te equivocas de tiempo, señora Vílchez, ya amé tanto y con tal intensidad que no puedo sentir nada por ti salvo indiferencia. Piedad si me fuerzas.

La fuerte bofetada resonó en el silencio de la alcoba como un disparo.

El rostro de Diego se movió levemente por el golpe recibido, aunque no se llevó la mano a la mejilla lastimada. La miró con tal desprecio que Violet dio un paso hacia atrás por instinto. Respiraba con dificultad, sin embargo no se arrepentía de haberlo golpeado. Se sentía tan exaltada que ansiaba hacerle sentir un poco de su amargura.

—Recé durante días para que mi robo no tuviera resultados, pero Dios no escuchó mi plegaria y me obsequió con el regalo más maravilloso del mundo. —Violet calló durante un momento para tomar resuello—. Lamento haberte seducido, obligado a que me hicieras el amor, no obstante, no puedo cambiar lo que hice, ni me ofreces la oportunidad de poder resarcirte. Dime lo que quieres y te lo concederé. Mi vida es tuya, mi cuerpo es tuyo, puedes hacer de mi futuro un infierno porque no me quejaré, aunque ya no te ofreceré de nuevo la oportunidad de despreciarme. —Diego la iba a interrumpir, y Violet no se lo permitió—. Solicitaré el divorcio cuando regrese a Córdoba. —Violet se dio la vuelta para marcharse, sin embargo esta vez fue Diego quién le sujetó el brazo para detener sus pasos.

—Olvidas algo muy importante, señora Vílchez —el tono desabrido la molestó, pero siguió en silencio—. Miguel no tiene la culpa de tus errores, de tus pecados femeninos. Me casé contigo por él, y así seguiremos hasta que Dios decida lo contrario. —Estaba loco. Ella no podía seguir a su lado en esas condiciones, se dijo contrariada—. Y tus suposiciones sobre Juana son erróneas. Y ahora, buenas noches —la despidió con desidia.

Violet no se movió del sitio, ni creyó las palabras de Diego. Se sentía atrapada por sus ojos. No importaba cuan duro y seco fuera con ella, lo amaba y no tenía remedio.

Inspiró varias veces antes de pronunciarse como una sentencia condenatoria.

—Juro por nuestro hijo que lograré que me ames. Aunque me lleve toda la vida. ¡Lo juro! Y entonces beberás el mismo veneno que yo, y te mostraré la misma piedad que tú me muestras. ¡Lo juro! —reiteró con voz firme y decidida.

Todo había quedado dicho entre ellos.

Capítulo 7

Violet había regresado a Córdoba.

El abismo que la separaba de Diego había aumentado hasta un punto insospechado de locura. Él seguía en el cortijo ultimando detalles para la siega, la venta de ganado y la compra de más sementales. Tras la última discusión mantenida, ella había decidido volver a la ciudad para tratar de encauzar el martirio de vida que se abría ante ella. Su marido no la aceptaba, pero ella se negaba a enterrarse viva, se había cansado de sentir vergüenza por sus actos. Lo amaba. ¿Acaso todo en el amor no estaba justificado? Algún día Diego lo comprendería, y, hasta que ese momento llegase, iba a dedicar toda su energía en ayudar a Isabel y Luis.

Le había escrito a su tío y a su hermano para que le enviaran efectivo, tenía la intención de comprar unos terrenos de olivos en la zona norte de Córdoba. Había contratado los servicios de un corredor para que gestionara los asuntos legales de la compra.

Había adquirido también una hacienda de tamaño importante, aunque tenía que hacer una gran inversión para restaurar la casa. Violet había contratado a un arquitecto de renombre en Madrid que iba a desplazarse en breve a la ciudad para comenzar el trabajo. Con él irían carpinteros, albañiles, pintores y una considerable cuadrilla de obreros. Al ser una mujer casada, la compra había sido efectuada a nombre de su hermano, sin embargo a ella no le importaba porque quería ayudar a sus primos y pensaba hacerlo cuanto antes. Compró tantos terrenos de olivos como pudo. Sin importar que estuvieran en otras villas más lejos.

Don Enrique Pérez había resultado de una ayuda inestimable. Había buscado las mejores fincas, las que más olivas producían, y la estaba tentando para que construyera una almazara propia, si bien Violet no tenía esa intención porque pretendía usar la de Luis para ayudarlo en sus finanzas.

Luis le había dejado claro que no quería su dinero, aunque no despreciaría sus olivas.

Llegó a la casa faltándole el aliento. Cuando cruzó el vestíbulo, ya se había quitado la capa y el sombrero. Ana acudió solícita para ayudarla con los paquetes. Por la cantidad que iba depositando el cochero en el suelo, parecía que su niña había saqueado todas las tiendas de Córdoba.

—¿Más vestidos? —la pregunta había sido formulada con un tono sarcástico que no la molestó en absoluto.

Violet le mostró una sonrisa radiante a su doncella que resopló incrédula.

—Libros, pinturas y algunos artículos de arte para mi nueva casa.

Ana le dio indicaciones al cochero para que llevara los paquetes a una parte de la biblioteca, donde habían apilados otro montón de cajas adquiridas en días anteriores.

—¡Mami! ¡Mami! —El pequeño Miguel corrió al encuentro de ella—. ¡Jubetes! ¡Jubetes!

Violet lo alzó en brazos y dio varias vueltas sobre sí misma, haciendo que el pequeño soltara una sonora carcajada. Escuchar la risa de su hijo era un regalo del cielo.

—¿Y cómo sabe mi ángel que traigo juguetes?

Miguel siguió riendo mientras besaba la mejilla de su madre con un candor infantil que la derretió.

—¿Un *caallito*? —le preguntó con esperanzas.

—Un caballo —le respondió.

—¿Una *pada*? —preguntó de nuevo.

—Una espada —volvió a responder.

Miguel soltó una risa de júbilo muy contagiosa. Violet lo abrazó mucho más fuerte, y entre tantas muestras de felicidad, ninguno de los dos se percató del hombre que entraba en ese preciso momento por la puerta.

—¡Cuánta alegría! ¿Queda algo para mí?

Madre e hijo pararon de dar vueltas.

—¡Luis! —exclamó Violet complacida por su llegada—. ¿Cuándo has regresado?

—¡*Pimo!* ¡*Pimo!* —Luis abrió sus brazos invitando al pequeño para que fuera a su encuentro.

Violet depositó a su hijo en el suelo con cuidado y este salió corriendo al encuentro de Luis, que lo recibió con ternura.

—Pero qué alto estás. —La mano masculina alborotó el negro pelo infantil.

—Tú *pamién* —Luis soltó una carcajada que imitó el pequeño.

—¡Dios! Adoro ese acento.

—Por favor, pasa —lo invitó Violet—, pediré a Ana que traiga un refrigerio. Yo también acabo de llegar.

Luis miró el resto de paquetes que seguían en el vestíbulo esperando que los ordenaran.

—Confío que habrás dejado algo para el resto de cordobesas.

Ahora la que rio fue Violet.

—¡Tengo buenas noticias! —exclamó ella con secretismo—, si bien no pienso decirte nada aquí de pie en el vestíbulo.

Luis y el pequeño Miguel la siguieron al salón de té. Ana continuó llevando paquetes a la biblioteca. Antonio les trajo poco después una bandeja con sangría, zumo de naranja y mantecados recién hechos. Miguel devoró varios en cuestión de minutos.

—¿Cuándo se espera la llegada de mi primo?

La alegría se esfumó del rostro de Violet al escuchar la pregunta de Luis.

—Sinceramente, no lo sé —admitió culpable.

—Lleva demasiado tiempo en el cortijo —comentó Luis.

—Cuatro semanas, dos días y dieciocho horas. —Violet contaba el tiempo que iba transcurriendo sin ser consciente de ello.

Su respuesta resultó muy elocuente para Luis.

—Isabel te manda saludos. Cree que podrá venir a visitarte la próxima semana.

Violet añoraba demasiado a su amiga, aunque unos asuntos urgentes la habían reclamado en Villafranca.

—Estoy deseando verla.

—Me han contado que has estado muy ocupada.

—Lo necesitaba.

—Diego se enfadará cuando sepa a lo que te has dedicado estas semanas.

—¡Tengo los olivos! —exclamó ella en un tono conspirador.

—Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó llena de curiosidad.

—Córdoba no es una ciudad tan grande para tener secretos.

—¿Me estás tomando el pelo? —La sonrisa de Luis le indicó que ciertamente estaba bromeando—. Nadie me conoce en Córdoba.

—Te equivocas. La noticia de la rica heredera que está comprando todos los campos de olivos en venta corre como la pólvora. Ignoro cómo mi primo no se ha enterado todavía.

Violet ahora sí que se preocupó. Ella había pretendido mantener las transacciones en secreto, y algo tenía que haber hecho mal para que hubiesen salido a la luz y fuesen del dominio público.

—En teoría, es mi hermano el propietario de los terrenos.

—Te has precipitado —le recriminó Luis—. No tendrías que haber actuado a espaldas de Diego. —Ella lo sabía, sin embargo, la indiferencia de Diego a todo lo que ella quería la había terminado por decidir.

—Yo tenía el dinero, los hacendados cordobeses las tierras, y tú tendrás las olivas. Una ecuación perfecta.

—Si yo estuviese en el lugar de Diego, me enojaría muchísimo contigo.

Ella se encrespó por la respuesta masculina.

—Pero no lo estás —le respondió de forma ácida.

El pequeño Miguel decidió en ese momento de tensión entre los adultos, reclamar la atención de su madre.

—¡Mami! Jubetes. —Violet tardó unos momentos en responderle a su hijo.

Se había tomado las críticas de Luis de la peor manera. Ella pretendía ayudarlo a él y a su hermana. No esperaba agradecimiento, y sí un poco de empatía.

—¿Quieres ver los juguetes? —le preguntó aun conociendo la respuesta—. Entonces acompáñame para que te los muestre.

Violet se levantó de su asiento con una disculpa. Luis le hizo un gesto galante de aceptación con su cabeza. Madre e hijo abandonaron la salita con pasos rápidos, el pequeño estaba demasiado impaciente. Luego de un momento largo, ella regresó sola. Ana se había llevado al pequeño para que jugara en sus dependencias mientras lo bañaba y le preparaba la cena antes de acostarlo.

Violet tomó de nuevo asiento frente a Luis que se había incorporado para ayudarla.

—Lamento haberte ofendido con mis palabras —le dijo para tranquilizarla.

—No me has ofendido, pero sí molestado en cierta manera.

—Las ofrecí sin pensar, no estoy acostumbrado a que una mujer mueva montañas para tratar de ayudarme, aunque admito que no puedas entender mi postura.

Ella lo comprendía mucho más de lo que Luis se imaginaba. Los hombres orgullosos no concebían que una mujer pudiese manejar asuntos financieros tan bien o mejor que ellos.

—Mis actos son de buena fe.

—Y no sabes cómo me alegra esa circunstancia, porque de lo contrario, podría tener un grave problema con tu marido.

—Quiero algo a cambio.

Las cejas negras de Luis se alzaron por la sorpresa.

—Si está en mi mano...

El silencio se instaló entre ambos como una espesa cortina de humo. Violet se llenó una copa de sangría y se la bebió de un trago. Estaba a punto de confesar algo que le producía una vergüenza inmensa, aunque estaba decidida.

—Quiero que me ayudes a seducir a Diego.

Luis se atragantó con el trago de vino que había tomado. Tosió con aspavientos hasta que el dolor por el trago remitió. Su rostro se volvió duro como el granito, su mirada ofensiva.

—No voy a ser el instrumento para ponerlo celoso. Tendrás que buscarte a otro.

Ahora la estupefacta era Violet. ¡Ella no buscaba ese tipo de ayuda! Quizás se había expresado mal.

—Quiero consejos, Luis, solo consejos, no te estoy pidiendo que seas mi amante, ni nada remotamente parecido.

—¿Consejos?, se dijo confundido.

—Voy a contarte una historia —le dijo ella.

—Adelante, te escucho.

Durante las siguientes horas, Violet desgranó, uno a uno, cada error cometido. Cada sentimiento que albergaba por Diego, y cada esperanza que perdía en la meta que se había propuesto de alcanzar su corazón.

La sorpresa en el rostro de Luis fue en aumento a medida que la escuchaba. Violet no se dejó absolutamente nada. Necesitaba toda la ayuda posible para despertar el interés de Diego en ella, y pensaba utilizar todos los recursos a su alcance, si bien era una completa inexperta. Isabel le había confesado semanas atrás los problemas que había sorteado Luis con varias mujeres a las que había seducido, y supo que era el hombre indicado para instruirla. Estaba acostumbrado a mujeres de mundo, conocedoras de los placeres carnales que podían incitar a un hombre, justo lo que ella necesitaba. Cuando terminó de desnudar la historia atormentada que la perseguía, Luis siguió callado en un silencio que le resultó incómodo.

—Bien, ¿me ayudarás? —le preguntó con el alma en vilo.

El rostro de Luis era un mapa indescifrable. Violet no tenía modo de saber si estaba horrorizado o asqueado. ¡Sus pecados eran tan grandes!

—Mi primo no se merecía algo así —le dijo de pronto—. Tu actuación fue amoral, carente de sentido común y de una temeridad que me asombra.

La conclusión a la que había llegado Luis era lógica y coherente.

—Lo amo —confesó sencillamente—. Es mi mundo, el bastión que me protege y me da las fuerzas que necesito para seguir adelante.

Luis entrecerró sus ojos negros ante la confianza llana que le había hecho. En modo alguno se merecía la confianza que Violet había depositado en él, no obstante ahora comprendía mucho mejor la actitud de Diego, esa mirada vacía, y su actitud pasiva.

—No estoy seguro de querer ayudarte.

«Tan sincero y directo como un puñetazo dirigido al estómago», se dijo Violet, aunque no lo tomó en cuenta. Era plenamente consciente de la magnitud de su equivocación. Y descargó toda la artillería de la que disponía. Lo iba a llevar al mismo punto donde Diego la había llevado a ella: al callejón del purgatorio emocional donde no había salida.

—Le he ofrecido el divorcio —le dijo con cierto azoro.

Violet jamás había desnudado sus sentimientos a otro hombre que no fuese su marido.

—Mi primo es un católico practicante —le respondió Luis—. No aceptará.

—¿Y tendrá que vivir toda su vida amarrado a un bramante de despecho y venganza? Lo amo demasiado para seguir siendo la causa de su infelicidad —le espetó con pasión—. El divorcio es inviable, la separación también por nuestro pequeño Miguel, el único camino posible, es tratar de seducirlo, lograr que olvide mis errores pasados y que me perdone. Construir un puente de entendimiento que nos permita una cierta tolerancia y respeto para el futuro.

Luis meditó en las palabras de ella con atención. Entendía demasiado bien la encrucijada en la que se encontraba, pero se sentiría desleal hacia Diego si la ayudaba.

—No tienes que permitir que piense —le dijo al fin.

Violet inspiró tan profundamente que casi sufre un vahído. Luis había decidido ayudarla después de todo.

—¿Cómo puedo lograr algo así?

—Diego se regodea en su infortunio, y tienes que ofrecerle otros motivos que ocupen sus pensamientos por completo. —Violet bajó sus párpados meditando en la sugerencia de Luis—. Saquéalo emocionalmente. Métete en su sangre, no le permitas un respiro de sensaciones, olores.

La boca femenina se contrajo con una profunda pena.

—No tolera ni mi perfume, me lo ha dicho en varias ocasiones —confesó de forma tímida, y perdida en recuerdos.

—Normalmente hueles muy bien —le dijo Luis de forma galante—. Tu perfume me recuerda a algo extravagante, un poco dulce, aunque original e imagino que será muy difícil de conseguir.

—Es una esencia de aceite que me regaló... —Al momento Violet gimió de forma desconsolada. Se tapó la boca horrorizada por su falta de control delante de Luis.

«¿Cómo no me di cuenta? ¡Soy una estúpida rematada! Uso el perfume de la mujer que Diego ama, el mismo que utilicé aquella maldita noche», se dijo completamente soliviantada.

—Sin embargo, no queda contigo —le dijo Luis—, resulta demasiado llamativo y pesado. —Violet no podía dejar de pensar en el descubrimiento que había hecho—. Un aroma fresco como la lavanda o las lilas te quedaría mejor, incluso con un matiz de jazmín si acaso te gustan los aromas intensos.

Los ojos femeninos se clavaron en el rostro de Luis con atención.

—Quiero saber más —pidió con urgencia—. Todo lo que estimes que puede ayudarme.

Luis se mantuvo unos momentos en completo silencio.

—Deberás ser muy atrevida —continuó.

Ella había sido muy atrevida en el cortijo, y no había funcionado.

—Sutil, ingeniosa. Tócalo siempre que puedas. Acerca tu cuerpo al suyo, sin embargo, que no se dé cuenta que estás desplegando tus encantos en su honor. No saberlo con total seguridad, es algo que nos vuelve locos.

Violet lamentó no tener una hoja y una pluma para tomar anotaciones. Aunque trataba de memorizar cada consejo y sugerencia que recibía. Luis estaba siendo de una ayuda enorme y muy esperada.

—Mi primo me matará si llega a sospechar lo que estoy haciendo.

Violet le sonrió de una forma encantadora.

—¡Yo te defenderé! —La declaración vehemente le hizo soltar una carcajada.

—Quiero tus olivas para mi almazara —terminó diciendo Luis.

Violet volvió a llenarse la copa de sangría aunque se había calentado. Por primera vez en años, iba a tomar el control de su vida. Diego no tendría escapatoria. Iba a conseguir que la amara, aunque se le fuera la vida en el intento.

—¿Cómo debo actuar en el lecho para volverlo loco de deseo?

Los ojos de Luis se abrieron atónitos. Esa pregunta estaba vetada y no pensaba responderla, no obstante, ignoraba la tenacidad de Violet: su determinación para lograr un rendimiento completo de Diego.

Que el cielo asistiera a su primo, porque tenía delante de sí una guerra que no sabría qué la había comenzado.

—No pienso responderte a eso —le dijo Luis bastante incómodo.

—¿Quieres mis olivas?

Luis pensó que Violet aprendía demasiado rápido, pero tenía un problema de enorme magnitud. Ahora comprendía los sentimientos de su primo. La lucha interior por hacer lo correcto a pesar de lo que le dictaba su corazón.

Un hombre utilizado era una cosa muy seria.

Capítulo 8

Había regresado al hogar.

Diego, le dio los guantes, el sombrero y la capa de viaje al mayordomo. Antonio sostenía la bandeja de plata con una cantidad ingente de sobres para que los examinara.

—¿Dónde se encuentra la señora? —le preguntó al mayordomo.

Antonio carraspeó un tanto contrariado.

—La señora Vílchez se encuentra de visita en casa Villares.

Diego dejó las cartas en la bandeja; se le habían quitado las ganas de leer la correspondencia. ¿Qué hacía Violet en la casa de sus primos Luis e Isabel?

—¿Ha dicho cuándo tiene pensado regresar? —Antonio negó de forma solemne.

—En ocasiones no viene a dormir, aunque manda un mensajero avisándonos si piensa quedarse en Villares.

Diego clavó sus pupilas negras en Antonio.

—¿Deja solo al pequeño Miguel? —la voz había sonado peligrosamente afilada.

—No, señor, el pequeño siempre va con ella, y se queda a dormir en el mismo lugar donde duerme la madre.

El alivio de Diego fue inmediato. Violet podría ser una calculadora sin corazón, sin embargo era una madre excelente.

—Subiré a mi alcoba, ordene que me preparen un baño y si llega mi esposa, dígame que deseo hablar con ella.

Antonio asintió regiamente.

Diego subió las escaleras hacia la planta superior. Había esperado ver a su hijo y su ausencia lo desconcertó. Lo extrañaba muchísimo.

La separación había sido demasiado prolongada, pero en el cortijo habían surgido algunos problemas inesperados. Afortunadamente todo se había resuelto de forma satisfactoria. Diego valoró lo silenciosa que se veía la casa sin la presencia del pequeño, y muy dentro, en un rincón escondido, admitió con crítica que también extrañaba a Violet. Por doquier se podía escuchar su parloteo con la cocinera, el mayordomo y las bromas que a diario le gastaba al pequeño Miguel.

Sí, Diego los había extrañado a ambos.

—Permíteme. Yo abriré la puerta. —Violet le quitó la llave a Luis que llevaba al pequeño Miguel dormido sobre su hombro.

Era bastante tarde. La reunión se había alargado demasiado y, aunque el mayordomo nunca se acostaba hasta la llegada de ella a la casa, hacía uso de la llave porque no quería molestar.

—Este muchachito pesa cada vez más —le dijo Luis como si fuera una confidencia.

—Come demasiados mantecados de Adela, no es bueno para él, si bien no puedo convencerlo de lo contrario. —Violet hizo girar la llave en la cerradura.

Confiaba en no despertar al personal de servicio.

—Deberías tomar algunos tú. Estás demasiado delgada —le dijo Luis, aunque no la miraba, tapaba con su capa el pequeño cuerpecito.

—No es cierto —le replicó ella—, lo que sucede es que ya no llevo esas armaduras vaporosas y rígidas con las que me vestía cuando era una forastera salvaje.

Luis rio por la ocurrencia. ¿Forastera salvaje? Nada más lejos de la realidad. Violet era un primor en elegancia y buenos modales. Cada reunión o fiesta a la que acudía, se convertía en un éxito con sus ocurrencias y dichos sobre su hogar en las montañas del norte del país.

La mano femenina empujó la puerta y la mantuvo abierta para que entrara Luis con el niño. La tenue luz del vestíbulo le impidió ver la figura de Diego que estaba apoyado en la barandilla de la escalera, y miraba a la pareja que compartía una confidencia.

Luis fue el primero en darse cuenta de la presencia de su primo.

—¡Diego! ¡Qué sorpresa!

Los ojos de Violet volaron hasta su marido que tenía una mirada calculada en sus ojos oscuros. El corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Estaba plantado en el último escalón, como si los hubiera oído llegar y los esperase. Estaba vestido con su bata de seda color burdeos y tenía el pelo húmedo por el baño. Era tan guapo que le quitaba el aliento. Violet se dirigió directamente hacia él y se colgó literalmente de su cuello. Sabía que Diego no iba a hacerle un desplante delante de Luis.

—¡Estoy tan feliz de que hayas regresado! —exclamó llena de gozo.

Diego aceptó el abrazo de su esposa con naturalidad, y sin apartar la vista de su primo que sostenía en sus brazos lo que más amaba en el mundo.

—Es demasiado tarde —dijo como una crítica.

Luis caminó unos pasos para subir al pequeño a su alcoba, pero Diego se lo impidió.

—Yo lo llevaré. —Luis se quedó parado frente a él y le pasó el bulto que cargaba con sumo cuidado.

Diego tomó a su hijo en sus brazos y miró el rostro infantil. Su expresión cambió por completo. La dureza y la frialdad habían sido reemplazadas por una ternura infinita y un amor desmedido.

—Me marchó —dijo Luis—. Me alegro de verte, primo, y espero que podamos tener una conversación pronto. Cuídate, Violet. Le diré a mi hermana que la esperas el próximo viernes.

Ninguno de los dos hombres esperaba la reacción que tuvo Violet a continuación. Abrazó el cuello de Luis y lo besó en la mejilla.

—Muchas gracias por todo. Eres un primo estupendo.

Durante un momento, Luis no supo cómo reaccionar, pero la mirada de Diego era de completa indiferencia, y supo que no le había ofendido la muestra de cariño de su esposa.

—Buenas noches.

La puerta se cerró tras Luis, y Violet se quitó la capa y los guantes. Diego seguía en el primer escalón como si la esperara.

—Fue una sorpresa no verte en la casa a mi llegada.

Violet se estaba quitando las horquillas del pelo para soltar los mechones. El moño le pesaba demasiado en la cabeza.

—No tenía modo de saber que tenías previsto llegar esta tarde. —Subía los escalones despacio.

Diego la seguía de cerca cuidando de no despertar al pequeño. Violet le abrió la puerta cuando llegaron a la alcoba de Miguel. Echó la colcha hacia atrás y ahuecó la almohada. Diego quitó los zapatos y la chaqueta al pequeño. Lo puso de lado y lo cubrió con la colcha. Se inclinó sobre él y lo besó en la frente.

Violet miraba el gesto cariñoso con rostro arrobado. Diego era el mejor padre del mundo. Era una maravilla contemplarlo.

—Tengo que hablar contigo —le dijo él de pronto.

Violet parpadeó atónita. Era la primera vez que Diego quería mantener una conversación con ella fuera de la biblioteca o del comedor.

—¿Aquí? —le preguntó totalmente confundida.

—En tu alcoba —respondió él conciso.

Se giró sobre sí misma y caminó hasta su propio dormitorio, Diego la seguía en silencio. Cuando se encontraron en el interior, Violet comenzó a quitarse el vestido que estaba abotonado por la espalda. Diego le hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

—¿Puedes soltarme los lazos? No llego hasta ellos —la miró con ojos entrecerrados, y sin saber muy bien por qué le pedía algo así—. Me gustaría ponerme cómoda como tú mientras te escucho.

Diego, renuente, comenzó a soltar los diversos lazos que llevaba enlazados en la espalda. Violet se había sujetado la larga melena con una mano, y con la otra trataba de bajarse las ligas y las medias. Cuando tuvo el vestido desabrochado, se giró hacia Diego con una sonrisa amplia en los labios.

—Gracias. —Y acto seguido acarició con su mano el mentón masculino.

A Diego lo pilló por sorpresa el cariñoso gesto femenino, pero no hizo ningún movimiento para evitar el contacto, como lo había hecho tantas veces en el pasado.

—No juegues conmigo —le advirtió con voz seca. Violet apretó los labios al escucharlo.

—¿Por qué motivo ves en todo lo que hago un juego o una incitación? Estoy contenta de verte en Bidasoa, nada más.

Los ojos de Diego estaban reducidos a una línea. El corpiño del vestido había caído hasta su cintura, los senos femeninos estaba cubiertos únicamente por la camisola transparente.

—Veo que ha sido un error tratar de hablar contigo esta noche. Esperaré hasta mañana. Buenas noches.

Violet se quedó plantada en medio del dormitorio con una sensación de derrota en el cuerpo. Diego no había cambiado ni un ápice en esas semanas que llevaban separados, y su determinación se tambaleó precariamente. ¿Lograría alguna vez obtener su atención? No tenía modo de saberlo.

Diego espero a su mujer para desayunar, sin embargo habían dado algo más de las diez de la mañana, y todavía no se había presentado en el comedor. Decidió subir a buscarla. Era imperioso mantener una conversación con ella sobre los negocios que había emprendido estando él ausente.

Si los rumores resultaban ciertos, tendría que tomar cartas en el asunto de inmediato.

Subió los peldaños de dos en dos, y al llegar al corredor superior se percató que todo seguía en silencio, aunque estaba decidido a no esperar más tiempo. Enfiló el pasillo, y cuando llegó a la alcoba de Violet, tocó con los nudillos pero de forma suave la oscura madera, aunque no obtuvo respuesta alguna. Accionó el picaporte y empujó la puerta con decisión. El interior estaba completamente oscuro. Caminó hasta las grandes ventanas y apartó las gruesas cortinas de brocado rojo. La luz iluminó la estancia y el bulto inmóvil en el lecho. Caminó hasta la cama, y lo único que vio fue una maraña de pelo rubio. Violet dormía boca abajo en un completo abandono, tenía las manos metidas por debajo de la almohada y la totalidad del cuerpo destapado. El cubrecama había sido empujado durante la noche y había terminado en el suelo. Diego entrecerró los ojos porque su mujer dormía sin camisón, únicamente llevaba puesta una camisa que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Se inclinó sobre ella y rozó de forma muy suave el hombro femenino para despertarla, no obstante ella seguía profundamente dormida. La zarandeó con más fuerza, y entonces la cabeza de ella se alzó para mirar qué ocurría, quién la había despertado.

—¡Diego! ¿Qué...? ¿Qué pasa? —Violet le hizo la pregunta completamente confundida al verlo en su alcoba.

—Necesito hablar contigo. —Ella parpadeó varias veces para tratar de ahuyentar el sueño.

—¿Ahora? ¿Quieres hablar ahora? —le preguntó atónita. Se sentó sobre el colchón y bajó los pies al suelo.

Se pasó los nudillos por los párpados, un segundo después fijó los ojos en Diego que estaba plantado de pie ante ella, y la miraba con precaución en sus profundos ojos castaños.

Diego tragó la saliva espesa con dificultad.

Con la acción de sentarse, la camisa se le había subido hasta la mitad de las caderas, y entonces, fue plenamente consciente del triángulo dorado del pubis femenino que las bragas de encaje no ocultaban por completo, deslizó sus pupilas negras por las suaves y largas piernas desnudas.

Violet se puso de pie y la camisa descendió hasta cubrir la mitad de sus muslos. Clavó los ojos en el rostro de su mujer, pero el pelo revuelto le impedía verlo con nitidez. Los mechones dorados caían con descuido hasta alcanzar la suave curva de sus caderas. Él ignoraba que tuviese el cabello tan largo y tan espeso. La cabeza femenina giró de izquierda a derecha buscando algo.

—No sé dónde he puesto la bata.

Diego escudriñó la camisa que llevaba ella puesta y se dio cuenta que era una de las suyas, concretamente la que llevó cuando la presentó a la familia. La misma noche

que desató la agria discusión entre los dos y lo incitó a marcharse al cortijo durante semanas. ¿Por qué diantres dormía Violet con parte de su ropa? La camisa estaba parcialmente abierta y pudo ver la uve de piel cremosa que estaba enrojecida por la fricción que había sufrido con la ropa de cama durante la noche.

—Aquí está. —Violet había descubierto dónde estaba su bata de seda blanca.

Al caer la colcha al suelo, había quedado aprisionada debajo.

Diego vio que la cogía e introducía de forma lánguida sus brazos por las mangas. Observó la forma mecánica de apartarse el pelo y volver a soltarlo un segundo después sobre su espalda.

—Me muero por un chocolate bien caliente. —Violet pasó delante de Diego, y se dirigió hacia el rincón donde estaba el aguamanil. Cogió la jarra y vertió un poco de agua fresca, un momento después se lavó la cara y las manos. Diego le tendió el lienzo para que secara el rostro—. Ignoraba lo rica que puede ser una bebida y que además resulta tan estimulante.

Violet soltó la tela con la que se había secado el rostro y la dejó colgando de la barra de madera.

Diego carraspeó incómodo.

—¿Se ha despertado Miguel? —le preguntó a Diego completamente despejada. Su marido le hizo un gesto negativo con la cabeza, y entonces Violet se fijó en su atuendo.

En los pantalones de montar marrones que llevaba metidos de forma escrupulosa por el interior de las botas altas, se fijó en la camisa de color crema y la chaqueta negra. Llevaba el pañuelo rojo perfectamente anudado al cuello. Como siempre, estaba impecable salvo por un rizo rebelde que le caía por la parte derecha de la frente. Llevaba el mentón recién rasurado y olía deliciosamente bien. Afortunadamente, Diego no se había percatado de que ella le había sustraído de sus dependencias el jabón con esencia de romero, y la loción fresca que solía ponerse después del baño. Violet las había adquirido para su uso personal, ¡y le encantaban!

—¿Has salido a cabalgar? —le preguntó de forma interesada.

—Me levanté de madrugada, ya sabes que estoy acostumbrado al horario del campo, y no puedo estar en la cama después de las seis.

Los ojos de Violet brillaron de forma enigmática. Si Diego le permitiera compartir su lecho, lo dejaría tan rendido de amor por la noche, que no podría salir de la alcoba hasta bien entrado el medio día. La ocurrencia pecaminosa, y totalmente imposible, le provocó una sonrisa que no se molestó en ocultar.

¡Era tan bonito soñar!

Diego dio un paso hacia atrás como si algo lo hubiese golpeado, pero ella no pudo preguntarle el motivo porque, en ese momento, Ana hacía su entrada al dormitorio con el pequeño Miguel en brazos. El niño al ver a su padre pataleó para que lo dejara en el suelo. Corrió hacia los brazos de Diego que lo aupó por encima de su cabeza varias veces.

—Es un consuelo saber que no soy la única persona de esta casa que ha remoloneado demasiado en el lecho —le dijo Violet a su hijo—. ¿Tienes hambre? —le preguntó con cariño.

—*Quere manquecado* —respondió Miguel a la pregunta formulada por Violet.

—Comes demasiados mantecados —le dijo con humor y sin censura en su voz cristalina—. ¿Me acompañáis?

Le preguntó a su esposo y al hijo de ambos.

—Os prepararé el baño, señora —le dijo Ana—. Estará listo cuando haya terminado de desayunar.

Diego la siguió en silencio escaleras abajo. Imaginó que la conversación que pretendía mantener con ella, había quedado pospuesta hasta después del desayuno. ¿En qué momento había perdido el control de la situación? Lo ignoraba, aunque la actitud de su mujer lo descentraba. Estaba diferente, actuaba de modo anormal. Admitió para sí mismo que le gustaba y le atraía, aunque no pensaba admitirlo ante nadie más.

Capítulo 9

La risa de su hijo le hizo enarcar una ceja.

Violet reía porque Miguel se había llevado a la boca un trozo demasiado grande de mantecado y se le hizo muy difícil tragarlo porque se había convertido en una masa imposible de masticar, aunque el pequeño no se rindió. Tomó un gran sorbo de leche para ayudar a bajarlo y volvió a atacar el dulce con verdadera pasión. Adoraba los mantecados de Adela, el zumo de naranja y el chocolate caliente que le preparaban a diario.

—Mastica despacio o te atragantarás —le aconsejó Violet al pequeño.

Diego tomó un trago de su café sin dejar de mirar la escena que tenía delante de sus ojos. Su mujer le limpiaba la boca a Miguel con la servilleta de hilo mientras mojaba en el chocolate la mitad de un buñuelo de calabaza. Una gota del espeso líquido cayó sobre su barbilla, aunque ella no se percató, y él se encontró de repente con unos deseos enormes de pasar su lengua por la barbilla femenina y lamer la gota de chocolate. ¿Qué demonios le ocurría? Violet estaba desconocida, pero ignoraba qué había cambiado en ella. No le preocupaba llevar el pelo suelto, ni estar vestida únicamente con su camisa y una bata en el comedor familiar. No conocía a ninguna mujer a quien su aspecto físico le importase tan poco. Admitió para sí mismo que era una mujer hermosa, y eso que no llevaba más adorno que el agua limpia sobre su cara.

—¡Mami! ¿*Caallito*? —le preguntó el pequeño Miguel a su madre cuando se terminó el vaso de leche.

—¿Deseas montar a caballo? ¿Ahora? —le preguntó alzando las cejas.

El niño le hizo un gesto afirmativo con su pequeña cabecita.

—*Quere caallito* —volvió a repetir.

—¿Le preguntamos a papi si desea acompañarte? —Los ojos de Miguel se dirigieron hacia su padre, que lo miraba con una sonrisa en los labios aunque no la alcanzaba a ella.

—¿*Quere* papi? ¿*Quere*? —Miguel seguía mirando a su padre con ojos como platos.

—Papá tiene que hablar con mamá un momento, no obstante te llevaré a cabalgar dentro de un rato, cuando termine, ¿podrás esperar hasta entonces? —Miguel lo pensó un momento y después asintió con gesto solemne—. Eres un niño extraordinario. Ahora ve con Ana hasta que papi vaya a buscarte.

El pequeño se bajó de la silla y corrió hacia los brazos de Ana que lo esperaba justo en la puerta de acceso al comedor.

—Su baño está listo, señora —le informó, Violet la miró un momento—. Llevaré al pequeño Miguel a la biblioteca hasta que hayan terminado.

Diego y Violet miraron la partida de la criada con el niño, si bien ninguno de los dos rompió el silencio que se había instalado entre ambos. Ella lo miró con ojos llenos de anhelo. Diego estaba en Bidasoa, y se sentía muy feliz por ello, aunque veía en la profundidad de sus pupilas un deje de enfado que la preocupó.

—¿Todo bien en el cortijo? —se aventuró a preguntarle—. Miguel te ha extrañado mucho.

«Y yo muchísimo más», se dijo en silencio.

—El nacimiento de los potrillos se complicó, aunque finalmente todo ha resultado bien.

Violet bebió un sorbo de café e hizo un gesto de desagrado porque había olvidado añadirle azúcar. El café después del chocolate, no era un buen acompañamiento. Además, estaba tan pendiente de Diego que se olvidaba de todo.

—Me alegro de veras —le respondió al mismo tiempo que sacudía la cucharilla y la dejaba en el plato.

Diego seguía mirándola con intensidad. Violet pensó que era la primera vez que la escudriñaba con tanta atención, aunque ignoraba el motivo.

—¿Es cierto, Violet? —le preguntó de pronto.

Violet dejó la taza de café sobre la mesa y clavó el iris de sus ojos en los de su marido.

—Sí —le respondió de forma llana—. Te amo con toda mi alma, pero eso ya lo sabes.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Diego. Esa no era la respuesta que esperaba oír, aunque por primera vez no le resultó deleznable. ¿Se estaría acostumbrando a escucharla? Ella lo miraba con atención. Y de forma sorpresiva, el corazón masculino comenzó una danza dentro de su pecho que lo alarmó.

Debía retomar el control.

—¿Es cierto que tu hermano ha comprado grandes terrenos de olivos? —la pregunta formulada por Diego quemaba.

Luis le había advertido sobre su posible enfado, aunque ella había hecho oídos sordos a sus consejos.

—Sí —le dijo de forma escueta.

Diego inspiró profundamente y se quedó callado durante unos momentos.

—¿Por qué?

—¿Por qué motivo se compran tierras?

—No me respondas con otra pregunta.

—Mi hermano desea invertir y además quiere ayudar a tu primo Luis. Le conté que necesitaba olivas para su almazara.

Diego se llevó la taza a los labios y bebió un largo trago de café. Después se limpió la boca con la servilleta.

Violet seguía todos sus gestos con sumo interés.

—¿Por qué no se me informó?

—No estabas aquí y había cierta urgencia.

—No soy estúpido —le recriminó con dureza.

Violet se sintió avergonzada. Estaba llevando el asunto mal, y por ese motivo decidió sincerarse.

—Discúlpame, Diego, nunca he pretendido insinuar algo así, pero mi hermano tiene las tierras y Luis tendrá las olivas. Me parece un trato justo.

—¿Tu hermano ha pagado las tierras con sus reales?

Violet lo miró realmente preocupada.

—Mi hermano ha utilizado el dinero que me regaló mi tío por nuestra boda.

Las cejas de Diego se alzaron sin que sus ojos mostraran sorpresa. Actuaba como si hubiese esperado esas palabras.

—Si el dinero es tuyo, las propiedades deben de estar a tu nombre, o en caso contrario, a nombre de nuestro hijo. Debe cambiar la titularidad de forma inmediata.

—Violet no lo comprendía.

—Me devolverá el dinero, Diego, puedes confiar en él.

Los ojos de Diego se entrecerraron con escepticismo, como si ella hubiese dicho una sandez.

—Las tierras debe ponerlas a tu nombre y al de nuestro hijo Miguel. Si no lo hace, me veré obligado a tomar las medidas necesarias. —Violet ignoraba que Diego quería a su hermano lejos de Córdoba, y algo así sería imposible si llegaba a poseer tierras.

Además, había comprado unas que él pretendía y que colindaban con el cortijo Vílchez, por ese motivo había descubierto el negocio de la compra que ella había tratado de ocultar—. No volverás a actuar a mis espaldas o te embarcaré en el primer navío con rumbo al norte.

Violet respiró profundamente. Las palabras de Diego la habían molestado mucho. Ella no era un fardo al que se pudiera mover de sitio a otro como si fuera una piedra en el camino.

—La culpa no es de mi hermano, sino mía. Quería ayudar a Isabel y a Luis, pretendía evitar precisamente esto —reconoció con humildad—, y por ese motivo actué sin tu aprobación, aunque sé que era mi deber consultarlo.

Diego se levantó de la silla sin decir nada más. Violet supo que se retiraba otra vez para mantenerse lejos de ella y de todo lo que le importaba, por ese motivo obedeció el impulso de levantarse e ir hasta él para sujetarlo del brazo. Diego posó su mano morena sobre la de ella para deshacer el contacto, pero Violet se lo impidió.

Apretó sus dedos largos sobre el antebrazo masculino.

—Mi familia nunca te hará daño, ni te perjudicará conscientemente.

Diego se había tomado la acción femenina como una ofensa.

—Ya lo hizo una vez, ¿o lo has olvidado?

—Te cuidas muy bien de que no lo haga —le respondió con una falta de prudencia que resultó temeraria.

—¡Suéltame! —le pidió con voz fría aunque controlada.

—No te enfades conmigo, ¿no te das cuenta que no puedo soportarlo? —le rogó en un susurro.

—Mi enojo es una consecuencia lógica, ¿no crees? Además, soy yo quien tiene la obligación de ayudar a mis primos y no una extraña.

Violet bajó los párpados para que él no viera de qué manera la habían herido sus palabras. Diego se ocupaba de que no olvidase que jamás sería parte de su familia, de su mundo.

—Lo que te ofende realmente es que Luis acepte mi ayuda y decline la tuya.

Diego clavó sus pupilas negras en el iris verde de su mujer con furia mal disimulada.

—Tú eres una ofensa completa para mí, y ahora, ¡suéltame!

—¿Por qué huyes siempre? ¿Por qué me castigas con tus silencios y ausencias?

—No lo hago.

—Sí, sí lo haces, y me vuelves loca.

—¿Has terminado?

—No, no he terminado, ni lo haré hasta que me veas como la esposa que deseo ser para ti.

—Una esposa no actúa a espaldas de su marido por cuenta propia.

—Dame la oportunidad de ganarme de nuevo tu confianza.

—Algo así solo está en manos de Dios. Codiciabas a un hombre que estaba enamorado de otra mujer y ahora debes soportar las consecuencias de tu avaricia.

Violet se colgó del cuello de Diego y aplastó sus labios contra los suyos, indagó con su lengua en el interior de la boca masculina que se cerró a su invasión aunque sin brusquedad. Diego sujetó los brazos de Violet y los soltó de su nuca.

—¡No vuelvas a hacerlo! —le recriminó con aspereza, sin embargo ella lo desafió otra vez.

Volvió a reclamar la boca masculina con insolencia, con avidez. Adoraba su sabor, el calor húmedo de su interior, no obstante Diego cerró sus labios y giró el rostro para separar el contacto. Finalmente, Violet se quedó plantada de pie delante de él y con los brazos laxos a sus costados. Diego dio un paso hacia atrás para poner la suficiente distancia entre los dos.

—Nunca he pegado a una mujer, Violet, pero no me provoques, porque todo hombre tiene un límite.

A ella no le importó la amenaza, casi prefería que la golpeará, que la zarandeara hasta separarle la cabeza del cuello, porque así tendría un mínimo de contacto con él de forma voluntaria.

—Aunque sea lo último que haga en esta vida —lo amenazó con más firmeza de la que sentía—, me amarás Diego, aunque lograrlo signifique arder después en el infierno por toda la eternidad.

Los ojos masculinos se entrecerraron.

—No tientes al diablo, porque puede que acepte tu reto.

Diego se dio la vuelta y la dejó sola.

Violet relajó la tensión de sus hombros e inspiró varias veces para normalizar de nuevo el pulso. Una sonrisa decidida se perfiló en sus labios rosados. Cada encuentro con su esposo le insuflaba nuevas esperanzas. Había dicho textualmente que había amado a otra mujer ¡en pasado! ¿Cómo podía su corazón contener tal dicha

desbordante? La esperanza le daba unos bocados fieros que la sumergían en una felicidad tan esperada, que apenas podía respirar.

Esa noche tenían que asistir a una velada importante con un rico hacendado. Diego tenía pensado asistir a pesar de que no le apetecía en absoluto, no iba a negarse, porque ante todo era un hombre de honor. Y ella sentía ganas de saltar y cantar porque se le presentaba la oportunidad de asediarlo con abrazos, con miradas. Violet veía en cada reunión una oportunidad de ganarse a Diego porque delante de extraños actuaba de forma casi normal. Estaba tan feliz que sentía deseos de llorar. El camino para llegar a su corazón era demasiado empinado, no obstante ella tenía mucha fuerza de voluntad, y mucho amor para entregarle.

No, no pensaba darse nunca por vencida.

La velada no había resultado como esperaba.

Los señores Castro eran unos anfitriones extraordinarios, pero, acostumbrada como estaba al cálido recibimiento de Luis e Isabel, la rigidez y etiqueta le habían producido una opresión asfixiante. Roberto Castro era un coronel retirado y había forjado la amistad con Diego años atrás cuando este estuvo a su servicio.

Violet observó que la mayoría de invitados eran militares retirados, algunos de origen inglés que habían decidido vivir en España después de luchar junto a españoles en la guerra contra Napoleón. Miró a varios hacendados cordobeses, incluso había entre los invitados un torero que comenzaba a tener un cierto renombre: Quintana, que no le quitaba la mirada de encima. La estaba poniendo sumamente nerviosa. Se había pasado la cena observándola con descaro. Los ojos de Violet buscaron los de Diego que estaba de espaldas a ella escuchando al anfitrión con suma atención, y dudó en acercarse hasta él para que remitiera la sensación desagradable que le producían los ojos negros y la mirada ávida. El torero vestía un pantalón demasiado ceñido para su gusto, y una chaqueta corta muy parecida a las que solían usar los matadores en el coso. Llevaba el pelo casi oculto por una redecilla, y un collar de oro con un gran crucifijo que le resultó de lo más extravagante. Cuando vio que tenía intención de dirigirse hasta el lugar donde se encontraba ella conversando con dos damas, decidió batirse en retirada. Se disculpó con la señora Cano y la señora Sánchez, alegando que iba a buscar una limonada porque se encontraba sedienta. Ambas mujeres le mostraron una sonrisa y continuaron la charla. Violet se percató que uno de los invitados asía el brazo del torero y lo retenía.

Cruzó el amplio salón para dirigirse hacia los balcones y el jardín trasero. Hacía demasiado calor en el interior de la vivienda y le apetecía pasear un poco por los rosales.

En el camino cogió un vaso de sangría y tomó un sorbo largo para aliviar la sequedad de su garganta. Una vez en el jardín, cerró los ojos para escuchar la naturaleza. Le encantaba oír el ruido de las fuentes. En Córdoba había cientos, en todas las casas, plazas y esquinas. El murmullo del agua le resultaba tranquilizante, y ayudaba a aliviar la sensación calurosa en las noches cálidas. Era capaz de distinguir en la oscuridad las diferentes flores que cultivaba el señor Castro: rosas blancas, jazmines y geranios, y en algún rincón debía tener una planta de hierbabuena porque su aroma resultaba inconfundible.

—Aquí se esconde mi diosa dorada.

La voz masculina que había pretendido evitar le habló junto al oído. Violet dio un respingo porque la había pillado por sorpresa.

—Estaba respirando un poco de aire. Hace bastante calor esta noche.

Quintana tomó la mano que tenía libre y se la llevó a los labios con impertinencia. Violet hizo ademán de apartar la mano, aunque no quería desairar a un invitado de lord Hill.

—Yo estoy ardiendo desde que la he visto. Su sol me quema por dentro.

Violet dio un paso hacia atrás con precaución. No le gustaba el tono ni las palabras que le decía el diestro, pero no podía soltarse.

—¡Suélteme! —Quintana seguía sosteniéndole la mano con una avidez que la desagradó por completo.

—He comprendido sus miradas. Descifrado los mensajes que me ha enviado.

¡Tenía que estar loco! Ella no le había enviado ningún mensaje con los ojos.

Dio un paso hacia un lado para regresar de nuevo al salón de baile, y Quintana la sujetó por la cintura inmovilizándola. Violet puso la palma de sus manos en el pecho masculino para apartarlo, aunque lo empujó él no se movió ni un milímetro.

—No volveré a repetírselo. ¡Suélteme o gritaré!

—Por supuesto que gritará, pero será por el placer que recibirá. Estoy dispuesto a complacerla. ¿Acaso no ve que es una mujer afortunada? Quintana ha llegado a su vida.

Violet no quiso perder más tiempo. Empujó mucho más fuerte, aunque no podía soltarse de la sujeción masculina porque las manos de Quintana la aprisionaban por la cintura.

—Por favor —le dijo en un intento de conmoverlo—, déjeme marchar.

La risa masculina hizo que su estómago se tensara con aprensión. Cuando fue consciente de que la cabeza iba al encuentro de sus labios, tiró toda prudencia por la borda y se dispuso a gritar, sin embargo no fue necesario. Las manos de Quintana ya no apretaban su cintura. Diego lo había sujetado por los hombros y le propinó un puñetazo que lo derribó al suelo.

¿Cuándo había llegado a rescatarla que ella no se había percatado?, se preguntó asustada.

—Vuelva a sobrepasarse con mi esposa y le meteré una bala de plomo entre los ojos.

Quintana ya se había levantado del suelo y miraba a Diego con ponzoña en sus ojos oscuros, aunque con sumo respeto.

—Creía que era una mujer no reclamada —se justificó.

Diego lo miró con una clara advertencia en sus ojos negros, aunque le concedió el beneficio de la duda. Había llegado a la casa mucho después de las presentaciones oficiales. Quintana se disculpó y se marchó por el mismo lugar por el que había llegado Diego.

Violet tenía los ojos abiertos de par en par y el rostro inusualmente serio.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él con preocupación en la voz.

Pero ella no podía responderle. Estaba conmocionada. Y pensó, en un arranque de irracionalidad, que podría dejarse intimidar por cien toreros atrevidos si con ello conseguía la atención de Diego. Sentirse rescatada por él era una sensación tan maravillosa que la había dejado incapaz de reaccionar. Sin iniciativa.

—No debiste abandonar el salón. El hombre cordobés es demasiado atrevido con una mujer bonita, aunque esté casada. Recuérdalo la próxima vez —le aconsejó.

¿Bonita? ¿Diego la había llamado bonita? Iba a estallar de felicidad. Violet se sentía completamente desbordada por tantas emociones contradictorias.

Los penetrantes ojos masculinos miraban el rostro femenino que estaba demasiado pálido. Por instinto, y sin pensar, las yemas de los dedos de Diego acariciaron la mejilla de su esposa y apartaron un mechón de cabello rubio. Lo colocó detrás de la oreja en un gesto suave, tierno. Las piernas le fallaron ante el contacto glorioso y totalmente inesperado. Iba a sufrir un desmayo porque no podía respirar con normalidad, no obstante Diego la sujetó antes de que cayese de rodillas al suelo de la terraza.

—No pensé que te hubiese afectado tanto su impertinencia. —Los brazos de Violet se enlazaron al cuello de él que la sujetaba con fuerza, mientras, la llevaba en brazos hacia uno de los bancos del jardín.

—Me cuesta respirar —le dijo Violet una vez que estuvo sentada, y era cierto.

Todos sus sentidos se habían disparado por completo.

—Aquí podrás reponerte del sofoco.

«No es sofoco, sino un inmenso amor lo que siento y que me ahoga», le dijo con el pensamiento, aunque no con los labios. Violet sentía un zumbido en los oídos, la garganta cerrada. Diego estaba sentado a su lado y la miraba con un brillo de preocupación en sus ojos, y deseó estar realmente enferma para recibir su atención durante más tiempo.

Diego rodeó los hombros femeninos con su brazo y la recostó sobre su torso en una postura muy cómoda, tanto, que podría quedarse así eternamente.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó después de unos momentos. Ella seguía en silencio rezando para que ese momento de dicha no terminase nunca—. Debemos regresar al salón.

Iban a regresar, pero ella iba a disfrutar del momento íntimo con Diego sin haberlo coaccionado. Era un regalo inesperado y bienvenido.

Capítulo 10

Sentía ganas de escapar.

Las reuniones familiares se estaban volviendo incómodas y difíciles de sobrellevar. Diego era un hombre unido su familia, sin embargo no le gustaba ser el centro de atención en cada evento al que asistía, ni estar en boca de todos. Sus primas, Ana María, Inés y Blanca, seguían mostrándose frías con ella, no así Isabel y Luis que se comportaban como unos verdaderos amigos.

Violet había seguido las órdenes de Diego, y su hermano había cambiado la titularidad de las propiedades a su nombre. El poder que había enviado a su hermano para poder comprarlas había hecho posible que pudiese cambiarlo todo de forma fácil, y esperaba no hacer enfadar a Diego nunca más por tomar una decisión apresurada o impulsiva.

Desde el rincón de la salita donde observaba a todos los asistentes, se percató de que Isabel la miraba de tanto en tanto. Seguía hablando con su tía Catalina sobre la producción anual de aceitunas. Hizo un recorrido por la sala hasta detenerse en su esposo que, en ese momento, se llevaba una copa de *brandy* a los labios.

Violet admiró su postura firme. Sus hombros anchos y su cintura estrecha que magnificaba el fajín negro. Esa noche no vestía como un elegante caballero, sino como un distinguido y refinado cordobés. Aunque llevaba traje, había optado por ponerse unos de sus fajines y estaba espectacular, incluso pensó que podría crear una nueva moda. El pelo negro brillaba y caía en ondas desordenadas que no se molestaba en sujetar. Tenía la piel del rostro atezada debido a la gran cantidad de horas que pasaba al sol, y lo dotaba de un atractivo arrollador.

Era el hombre más atractivo del mundo, el más especial, e iba a ser suyo para siempre.

—Pareces una golosa mirando unos dulces.

Violet giró su rostro hacia su amiga Isabel y le sonrió.

No era una golosa mirando un dulce, era una muerta de hambre que mira el mejor asado del mundo. Se moría de hambre por Diego y no sabía muy bien cómo ocultarlo.

—Te brillan los ojos y te mojas el labio inferior constantemente. —Era cierto, pero no sentía vergüenza por desear al hombre más atractivo de todos.

—¿Verdad que mi marido es el hombre más varonil de esta sala? —Isabel clavó sus ojos negros en su primo y lo escudriñó a conciencia.

Los años en el ejército y el constante ejercicio lo habían dotado de una musculatura firme, bien definida. Sí, era un hombre sumamente atractivo, aunque lo que más atraía de él era la atormentada melancolía que vestía el iris de sus ojos, y lo hacía mucho más deseable.

—Es imposible que pueda verlo con tus ojos enamorados, si bien admito que es el hombre más guapo de la familia.

Los ojos de Violet se desviaron hacia Luis que reía por alguna ocurrencia de Blanca.

—Luis también es un hombre atractivo, aunque mucho menos que Diego.

Isabel sonrió a su prima. En ocasiones mostraba una ingenuidad conmovedora.

—Estoy haciendo arreglos para asistir a la feria de ganado en Sevilla, y me preguntaba si te gustaría asistir. Nos llevaríamos al pequeño Miguel, quizás un cambio de aires le siente bien y le ayude a olvidarse de los mantecados.

Violet meditó en la invitación que le había extendido Isabel y le sonrió. Le apetecía mucho. Podría conocer la bonita ciudad de Sevilla.

—Le preguntaré a Diego si le parece bien. Si no encuentra inconveniente, me encantaría acompañarte.

Los ojos verdes de Violet buscaron a Diego que conversaba en ese momento con su tía Catalina. Sería maravilloso que él las acompañara, pero no podía hacerse ilusiones.

Como si presintiera que estaba siendo observado, Diego giró su rostro hacia las dos mujeres que lo observaban desde el otro extremo del salón, y les ofreció una sonrisa.

Violet suspiró tan profundamente que Isabel la miró con sorpresa.

—No es normal que Diego beba tanto *brandy*. —La conclusión de Isabel había sido formulada en voz alta, e indudable que no había sido esa su intención.

Violet frunció el cejo. Era cierto, su esposo estaba bebiendo algo más de lo acostumbrado, sin embargo dejó de darle importancia. Lo veía relajado, tranquilo, y cuando la miraba, sus ojos ya no apuñalaban de tristeza, ni rezumaban el despecho amargo que la ahogaba y la hundía en un foso negro y profundo. Soñaba con la posibilidad de una reconciliación. ¡Lo necesitaba!

Pero debía seguir teniendo paciencia si quería obtener de él una completa respuesta emotiva.

Y la reunión transcurrió lenta, caliente, llena de miradas que volvían a ella cargadas de optimismo, y que le hacían seguir en una nube de dicha y esperanza.

Esa noche podía ser el principio o el final de un todo.

La casa estaba en silencio. Todos dormían bajo el amparo y la protección de sus muros.

Violet se ajustó el cinturón de su vaporosa bata de seda blanca como si con ello pudiese desprenderse de la vacilación que sentía. El pelo lo llevaba suelto como una cortina de oro sobre sus hombros y sobre la espalda, flotaba alrededor de ella con cada paso que daba en dirección al paraíso, o en descenso al purgatorio.

Cruzó el amplio corredor hasta llegar a la puerta de la alcoba de Diego. Esa noche se había armado de intrepidez para tratar de abordarlo. Durante la cena había estado cercano, afable, y ella quería aprovechar la ocasión para acercar posiciones, dar un paso más en su lucha por conseguir su amor. Pegó su oído a la madera, aunque no se escuchaba nada al otro lado. Accionó el picaporte con suavidad y empujó la hoja. El interior estaba oscuro aunque cálido, Diego no había abierto la ventana, y a ella le extrañó, porque lidiar con el calor de la ciudad era una batalla que no había ganado todavía.

Miró el bulto que se mantenía quieto en el centro del lecho, y avanzó con pasos inseguros hasta allí. Se detuvo a escasos centímetros y se quedó quieta. Diego dormía sin camisa, pudo verlo aunque estaba oscuro porque sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra de la alcoba. Se deleitaron con el suave vello ensortijado del pecho, la piel de sus hombros que destacaban sobre los lienzos claros. Su cabeza reposaba sobre el mullido almohadón con abandono, y a pesar de la duda que sentía, se sentó en el blando colchón de plumas que cedió bajo su peso. Diego siguió inmóvil y vencido por el sueño de los justos.

Como si tuviera voluntad propia, la mano de Violet fue al encuentro de la mejilla masculina, y se detuvo a escasos milímetros de la piel caliente.

Temió tocarlo, porque si lo hacía, podría despertarlo, pero el impulso resultó acuciante. Pasó una yema por el contorno de la ceja oscura y bien delineada, las pestañas eran tan largas que se rizaban en las puntas. Siguió deslizando el índice sobre la sien y el lateral del grueso y firme cuello, y lo dejó descansando en la vena que latía de forma acompasada. El impulso que lo mantenía vivo para ella. De pronto, Violet se sintió mal por estar en un lugar que no le correspondía, porque no había sido invitada, e inspiró de forma irregular. El solo hecho de contemplarlo le aceleraba el corazón, aunque debía irse, y se dispuso a ello de inmediato.

Diego percibió la caricia y creyó que estaba soñando. La culpa la tenía el exceso de *brandy* que había ingerido, sin embargo desde hacía un tiempo era lo único que le ayudaba a conciliar el sueño por las noches. Abrió los ojos y sujetó la mano femenina que ya se retiraba deshaciendo el contacto. Se fijó en los brillantes ojos verdes que lo

miraban con una incandescente mirada de deseo insatisfecho. Movi6 su cabeza para despejar el sopor que lo embargaba. Sentía los miembros aletargados, pesados, y sin la voluntad férrea de cada día.

La noche era el único momento de vulnerabilidad en él.

—No quería despertarte —se disculpó ella completamente azorada—, si bien quería comprobar si te encontrabas bien. Observé que bebiste algo más de la cuenta, y estaba preocupada.

Era cierto, se dijo Diego, apenas distinguía si estaba despierto o soñando. Violet se asemejaba a una aparición vestida de blanco, y con el hermoso pelo acariciando la piel blanca de su cuello y escote. Pegó un leve tirón de su mano que seguía sujeta por la suya, y ella quedó tendida encima de su pecho. Olió el perfume femenino que le recordaba a algo conocido, pero que no sabía concretar.

—Me has despertado, ahora, satisfáceme.

El corazón de Violet comenzó un galope temerario dentro del pecho.

No estaba segura de haber oído bien, pero la necesidad que sentía por él le hizo ser osada en demasía. Acercó sus labios turgentes a los de él, y depositó un beso efímero porque temía la reacción de él. Dejó la palma de sus manos descansando directamente en la piel del torso duro. El contacto del vello era tan suave como había imaginado. Notó la tensión de sus músculos que se contraían bajo sus palmas calientes y, animada, volvió a depositar un beso en los labios masculinos que se abrieron para recibirlo.

El gemido de Violet fue instantáneo cuando la lengua de Diego acarició la suya en una danza que no había conocido nunca. Una tempestad salvaje, violenta, se agitó dentro de ella, como si cientos de truenos y de relámpagos convergiesen en una lucha descontrolada dentro y fuera de su cuerpo.

La respuesta masculina al gemido fue instantánea y electrizante.

Con un gruñido surgido desde lo más profundo de su garganta, Diego cerró sus manos sobre los mechones de pelo para acercarla todavía más a su boca. Violet cayó de costado al lado de Diego que, en cuestión de segundos, estuvo encima de ella aplastándola con su peso. Tomó el mentón femenino con su mano para obligarla a abrir la boca todavía más y penetró con la lengua mucho más profundamente en la cavidad femenina.

A Violet le faltaba la respiración porque el beso que estaba recibiendo de Diego no la seducía, la devoraba. Era ansioso, exigente. Se adentraba y se retiraba como emulando el acto sexual, y mientras, una de sus manos comenzó un lento recorrido por la uve de piel que la bata no ocultaba. Cuando ella gimoteó en respuesta a su

caricia, Diego se retiró apenas unos centímetros para mirarla con un nuevo ardor en sus ojos. Violet tenía los ojos brillantes, los labios húmedos y una mirada apasionada que le hizo sentir un espasmo en el vientre.

—¿Es esto lo que buscas? —Aunque ella no pronunció palabra, su gesto afirmativo, lo decidió—. Entonces, es lo que vas a obtener.

Diego desató el nudo de la bata e introdujo la mano hasta abarcar uno de los pechos firmes. El pezón se tensó, y el dedo masculino lo acarició de forma lánguida, con círculos, hasta volverlo tan sensible que la simple respiración de él casi la hizo llegar al clímax.

Violet cerró los ojos para tratar de controlar las sensaciones que la recorrían de pies a cabeza. Solamente llevaba la bata, estaba desnuda bajo ella, había soñado con ese momento y se alegraba de verlo cumplido. Sin ningún impedimento entre su piel y la mano de Diego.

—Abre los ojos, quiero ver cómo me miras cuando tu cuerpo se estremezca por el placer.

La mano de Diego descendió hasta alcanzar el vértice entre sus piernas. Violet contuvo un grito ante el exquisito placer que sentía, anhelaba un contacto más profundo, más directo, sin embargo Diego remoloneaba con caricias sobre la base interna de sus muslos, hasta alcanzar las ingles, aunque sin tocar la cresta rosada que le dolía por la expectación.

La respiración femenina entrecortada le indicó a Diego que estaba muy próxima a alcanzar el orgasmo. Se posicionó mejor sobre ella soportando su peso sobre sus manos por encima de su cabeza. Le aplastaba el largo cabello, pero a Violet no le importó, estaba sumergida en un deseo que lo consumía todo; voluntad, vergüenza, honor...

La penetración resultó lenta, medida, no obstante, ella no estaba dispuesta a esperar mucho más, se contorsionó a medida que él avanzaba, rodeó los glúteos masculinos con sus manos y lo apretó hacia su interior para sentirse llena por completo. Diego se dejó llevar mientras comenzaba una acometida pausada que iba tomando fuerza y rapidez a medida que el deseo prendía en él y en su decisión.

El ronco gruñido masculino arrastró a Violet en una vorágine que culminó en oleadas de placer que la recorrieron por completo.

Diego sintió las pulsaciones del vientre femenino que abrazaban su miembro sin pudor, y las contracciones de placer lo masajearon sin piedad hasta que su misma esencia se derramó en el interior de ella.

Ambos quedaron abrazados y rendidos en la cama.

Capítulo 11

Diego despertó con el brazo dormido y con la garganta llena de alfileres.

Aún faltaba mucho para que amaneciera. La cabeza le dolía terriblemente, y de pronto, recordó por qué motivo se sentía así. Había tomado demasiado *brandy*. Abrió los párpados y sus ojos tropezaron con el rostro de Violet que dormía a su lado en completo abandono.

Se reincorporó de golpe sobre el lecho y comprobó lleno de estupor que ambos estaban desnudos. El recuerdo de lo que había pasado la noche anterior se le clavó en el corazón como si le hubieran apuñalado por la espalda.

¡Lo había vuelto a hacer!

Había copulado con él mientras carecía de voluntad, cuando no podía defenderse de sus tretas y malas argucias. ¿Por qué demonios lo había buscado por la noche? Diego hizo un gesto brusco para sacar su brazo que estaba aprisionado por el cuerpo de ella.

Violet abrió los ojos asustada.

—¡Sal de mi cama ahora mismo! —El tono airado la pilló completamente por sorpresa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás enojado?

Violet recibió como un puñetazo en el estómago la mirada de desdén que le dedicó él.

—¡Eres una furcia! —Le espetó amargamente mientras buscaba los pantalones para ponérselos—. Te has metido en mi lecho para provocar mi deseo cuando no soy consciente de mis actos. ¿Qué demonios buscabas?

Cada palabra que pronunciaba Diego le quemaban en el corazón como dardos al rojo vivo, pero todas eran ciertas. Si Diego hubiese sido consciente de sus actos, no le habría hecho el amor, ni ella bebería ahora la hiel amarga de su ira.

—Quería comprobar si te encontrabas bien —le respondió.

Violet se reincorporó, se puso la bata arrugada y ajustó el cinturón cubriendo su desnudez.

—¡Mientes! —le espetó Diego con voz llena de desprecio. Violet tensó los hombros con ofensa. ¿Acaso él no había disfrutado tanto o más que ella?—. Viniste a buscar un revolcón para satisfacer tus instintos de furcia. ¿No es cierto?

El gemido de ella y los ojos llenos de lágrimas fueron para Diego como un bálsamo caliente en sus heridas abiertas de nuevo.

—Eres mi esposo y un revolcón contigo no me convierte en una furcia.

Diego resopló hastiado.

Cuando terminó de abotonarse el pantalón, la sujetó por el codo y la empujó hacia la puerta. La quería lo más lejos de su vida, de su persona que fuera posible. Había hecho exactamente la misma inmoralidad que había cometido en el pasado para comprometerlo.

Diego abrió la puerta de la alcoba con demasiada brusquedad. De un empujón la sacó afuera, al corredor. Estaba tan lleno de cólera que no medía las palabras, ni las acciones.

—¿Acaso buscas que te preñe otra vez? ¿No es suficiente una condena que tratas de sumar otra a mi vida?

Violet se sintió terriblemente martirizada y le costó un esfuerzo sobrehumano contener las lágrimas que le quemaban en los ojos.

—¡No vuelvas a decir que nuestro hijo es una condena porque me haces sentir deseos de matarte!

Diego en esta ocasión no se mantuvo quieto ante la amenaza. Salió al corredor y la sujetó por los brazos para zarandearla con fuerza. Estaba tan dolido que poco le importaba despertar al mismo diablo con sus gritos.

—¡Debí matarte aquella maldita noche! Eres una constante pesadilla en mi vida, un lastre que no se merece ni el más vil de los pecadores, aunque no volverás a actuar así nunca más. ¡Recoge tus cosas de inmediato porque regresas con tu familia!

Diego la zarandeo varias veces mientras le increpaba. Violet soportó el estallido masculino con toda la dignidad que pudo.

—No me iré de mi propia casa —le espetó contrita.

—¡No quiero una furcia a mi lado!

Violet sentía que se moría por dentro al escucharlo.

—Hace unas horas no me veías como a una furcia, ¿no es cierto? Bien que te mecías dentro de mí... —Diego la corto en seco.

Los gritos de ambos se escuchaban en toda la casa.

—¡Calla! Me haces sentir tan sucio que apenas puedo respirar. Te miro y me ahogo con el sentimiento de aversión que me provocas.

—¡Diego! —exclamó herida hasta la médula.

—¡Vete o muérete poco me importa! ¡Pero sal de mi vida de una maldita vez!

Violet lo abofeteó con inusitada fuerza. Diego alzó la mano en respuesta, sin embargo la dejó en alto sin descargar el golpe sobre ella, que le sostenía la mirada con insolencia.

El llanto de un niño les hizo girar la cabeza al unísono.

El pequeño Miguel estaba parado en la parte del rellano donde estaba situada la escalera de bajada. Lloraba con el rostro completamente asustado. Diego maldijo por lo bajo y Violet se secó las lágrimas del rostro y fue al encuentro de su hijo.

—Cariño, no pasa nada. No te asustes, por favor. —El pequeño Miguel hizo algo completamente inesperado para ambos padres, se giró hacia las escaleras y comenzó a bajar corriendo, huyendo de ellos.

Un instante después, los dos escucharon el tropezón y el pequeño cuerpecito que caía rodando por los escalones. El alarido de Violet retumbó en el silencio de la madrugada despertando a los criados, pero antes de poder alcanzar el primer escalón, Diego ya los bajaba de tres en tres en una carrera tan temeraria como la que había tomado el hijo de ambos instantes antes.

Cuando Violet llegó al rellano del piso inferior, su esposo sostenía el pequeño cuerpecito entre sus brazos y tocaba sus extremidades con sumo cuidado. El miedo la tenía tan paralizada que no podía pronunciar palabra.

El pequeño no se movía.

Diego comenzó a gritar pidiendo auxilio mientras alzaba al niño en brazos y lo llevaba hasta la alcoba. Violet lo seguía de cerca con el corazón en vilo, y cuando hizo ademán de tocarlo, Diego se giró hacia ella como un animal herido.

Sus ojos contenían una furia que le hizo dar un paso hacia atrás.

—¡Ni te atrevas a tocarlo!

Mientras esperaban al médico, Diego no le permitió que se acercara al lecho. Había acostado al pequeño y lo mantenía inmovilizado. Violet trató de hacerlo razonar, aunque sin éxito. Las sirvientas obedecieron las órdenes de Diego de dejarla fuera de la alcoba. Y ella, que se consumía de angustia, decidió esperar la llegada del médico en el vestíbulo.

El mayordomo había enviado a uno de los mozos en busca del primo con suma urgencia. Luis llegó tan rápido como le permitieron las circunstancias, mas el silencio que encontró en Bidasoa parecía premonitorio.

Violet abrazó a Luis completamente superada por las emociones devastadoras cuando lo vio cruzar la puerta de entrada a la casa. No le dio opción a quitarse los guantes ni el sombrero y dárselos al mayordomo.

Él le correspondió al abrazo con sumo respeto.

—¿Dónde está? —le preguntó en voz baja. El mozo le había informado del accidente del pequeño Miguel.

—En la alcoba de Diego, no me permite entrar, no me deja estar con mi pequeño.

Luis pudo percibir angustia no solo en la voz, también en sus ojos.

—Es mejor que esperes aquí. Subiré y me haré cargo.

El corazón de Violet amenazaba con salirse del pecho.

—¡Tengo que estar allí! ¡Soy su madre! —exclamó impaciente.

Luis pensó en darle algo de láudano para tranquilizarla porque la veía demasiado alterada.

—Prometo bajar enseguida para informarte. Ahora subiré con el pequeño. Me necesita. —Violet, finalmente aceptó.

Contempló la subida de Luis hacia la planta alta. Ella no podía quedarse esperando sin hacer nada y, de pronto, supo lo que tenía que hacer mientras Luis se ocupaba de su pequeño. Seguía parada al pie de la escalera completamente mortificada, en el mismo lugar donde había caído su niño y, entonces, se giró velozmente hacia la puerta de la calle para salir por ella como alma que lleva el diablo.

Luis inspiró varias veces a medida que avanzaba hacia el dormitorio. Un par de doncellas hacían guardia junto a la puerta cerrada. Imaginó que era para disuadir a Violet. Toco la puerta de forma suave.

—Soy Luis —le dijo a su primo.

La puerta se abrió con un siseo.

Cuando cruzó el umbral, vio a Diego que no apartaba los ojos del pequeño que estaba inconsciente en el lecho.

—Temo que se haya roto un tobillo —le dijo Diego cuando lo vio cruzar la alcoba en dirección a la cama—. Sigue inconsciente y es tan pequeño...

—¿Por qué no lo has llevado al hospital?

—Me angustiaba que el movimiento del carruaje empeorara alguna posible fractura.

—¿Cómo se ha caído? —le preguntó para distraerlo mientras examinaba al niño.

Al tocarlo, sufrió un sobresalto de angustia y pesar.

Era demasiado tarde.

Violet corrió como nunca en su vida.

Salió de la casa descalza, y vestida únicamente con la bata de seda. Las estrechas calles de Córdoba parecían interminables, pero ella tenía una meta: la plaza de Capuchinos. Tenía que llegar al Cristo de los Desagravios y Misericordia.

¡Había presentido la muerte en la casa!

Las piedras de las calles le lastimaban los pies, le provocaban heridas sangrantes, sin embargo ella seguía corriendo sabiendo que la vida le iba en ello. Llegó a la plaza y contempló la figura inmóvil. Llegó hasta la base de piedra y la abrazó con adoración.

Entre jadeos y suspiros, comenzó el principio de su purgatorio:

—Mi Cristo de la misericordia. Recibid a esta pecadora y escuchad mi ruego más sincero, no ignoréis mi súplica doliente, y arropadme en esta incertidumbre que me ahoga. Soy una transgresora impenitente, porque codicié algo que no era mío ni me pertenecía, y hoy vengo a vuestros pies con un ruego de indulgencia para que salvéis a mi pequeño. Prometo rectificar mi avaricia de amor liberando a Diego. Lo dejaré libre, ¡lo juro! Aun a pesar de que lo amo con toda mi alma, seré una mujer abnegada y resignada con la suerte y destino que designéis para mí; pero protegéd a mi pequeño, libradlo de todo mal, y permitidme que pueda rectificar mis errores en este momento tardío de lucidez. Bendecid a Diego, ayudadle a encontrar el camino que perdió conmigo, pero salvad a mi niño y prometo que no seré un impedimento para su felicidad. Iluminad vuestro corazón con respecto a Miguel, por favor, no permitáis que conozca la oscuridad. Y si hoy es necesario sacrificar una vida porque mis pecados son demasiados, aceptad la mía que os la entrego confiada. Sostened a mi pequeño con una caricia de vida, aceptad el sacrificio que os ofrezco a cambio de su vida, y juro que decidáis lo que decidáis, la decisión que tomo bajo esta cruz será irrevocable, ¡salvadlo Cristo! ¡Salvadlo! ¡Salvadlo!

Durante horas, Violet le rezó al Cristo de los Desagravios y Misericordia. Besó sus pies con profundo respeto, enloquecida por el dolor y los remordimientos. Tenía que lograr que el Cristo aceptara el sacrificio de su vida, de su amor, y que protegiera a su pequeño de todo mal.

Cuando mucho más tarde regresó a Bidasoa y cruzó el umbral de la puerta de la casa, el silencio la abrumó como un lazo de muerte.

Luis estaba parado al pie de las escaleras, esperándola, ella le ofreció una sonrisa afectuosa, sabía que su pequeño estaría bien si él lo había atendido. Era un médico extraordinario. Luis clavó las pupilas en la figura de la mujer que en nada se parecía a la que él conocía. Llevaba una bata que se había roto por el dobladillo, y el pelo era una maraña de enredos y nudos. Las manos las tenía heridas así como los pies, e ignoraba de dónde venía o qué había hecho para estar en un estado tan lamentable.

—¡Estás herida! —Le dijo al mismo tiempo que se acercaba a ella que se mantenía completamente quieta.

La puerta de la calle seguía abierta tras ella.

—Mi pequeño está bien, ¿verdad? —la pregunta había sido formulada con un timbre de voz que rayaba la agonía.

Luis no sabía cómo darle la noticia de la muerte de Miguel. Iba a causarle un dolor insoportable, no obstante, tenía la obligación de hacerlo.

La vacilación de Luis fue para ella como si le hubiesen dado un golpe de espada directamente en el corazón, y se lo hubieran dividido en dos.

Iba a morir. ¡Quería morir!

—Lo siento, Violet. Se desnucó cuando cayó por la escalera. No he podido hacer nada.

Las palabras de Luis le silbaron en los oídos con un pitido infernal. Su precioso pequeño no podía estar muerto, pero entonces, ¿por qué brillaban los ojos de Luis de pesar, de lástima? ¿Por qué su rostro estaba pálido y preocupado?

Violet subió la mano hasta su cuello para ahogar el grito que finalmente salió por su garganta. Se dobló en dos por el espasmo monstruoso que le perforó las entrañas.

Luis llegó hasta ella para sujetarla y la llevó hasta la biblioteca, aunque no pudo calmarla ni impedir que comenzara a lanzar alaridos de muerte. Finalmente, se desmayó antes de que su cuerpo hubiera tocado el sillón. Él sabía que las próximas horas iban a ser de una angustia y desesperación como no habían conocido nunca.

Capítulo 12

Despertó con un vacío en el corazón y el alma aniquilada.

Estaba vestida con un camisón limpio y tenía los pies vendados. Isabel corrió hasta la cama y la abrazó. Ese gesto desbordó su angustia, si bien no soltó ni una lágrima, no podía. Tenía la sangre paralizada dentro de las venas.

Se sentía más muerta que viva y, de pronto, recordó las palabras de Luis.

—¡No! ¡No! ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué? ¡Tengo que verlo! —exclamó con voz ronca. Isabel le tendió otra bata para que se la pusiera sobre el camisón de color rosa claro.

—Diego no permite que entremos a la alcoba. Está encerrado con llave desde hace varias horas —le explicó Isabel con voz entrecortada.

El dolor, el insoportable dolor la mordía de nuevo. Había hecho una promesa, pero el Cristo de la misericordia la había ignorado. Respiraba por inercia, porque estaba completamente vacía por dentro.

—Tienes que convencerlo para que nos permita amortajar al pequeño.

Violet sacudió los hombros sollozando, aunque a sus ojos no acudía el llanto que necesitaba. Sentía los espasmos que le hacía el estómago por la pena. La angustia que la zarandeaba hasta provocarle una angustia venenosa. Si no temiese el castigo divino para Diego, buscaría el valor para quitarse la vida y acompañar a Miguel en su viaje.

¡No podía estar muerto! El hijo de sus entrañas no podía abandonarla.

Bajó los pies de lecho y caminó descalza hasta la puerta. Le dolían las plantas de los pies por las heridas que se había causado a sí misma caminando descalza por las estrechas callejuelas. Cuando abrió la pesada hoja, se encontró cara a cara con Inés y Blanca. El resto de la familia llenaba el salón principal así como la biblioteca, organizaban los preparativos para el sepelio. Ignoraba las horas que había estado inconsciente, pero Luis se había hecho cargo de todo.

Cada paso que daba hacia las dependencias de Diego era como caminar sobre puñales al rojo vivo. Veía los rostros llorosos, recibía las diferentes condolencias sin poder emitir una sola palabra de agradecimiento. El muro infranqueable en el que se había convertido la puerta que dividía el corredor y la alcoba de Diego, estaba cerrada. Y el silencio era como un pesado lazo atado a su cuello que apretaban, y apretaban, hasta impedirle respirar.

Isabel les pidió al resto de mujeres que la dejaran a solas para que pudiese hablar con Diego en la intimidad. El corredor se quedó vacío en un momento. Isabel esperaba

sentada en el primer escalón de bajada al piso inferior, rezando y llorando al mismo tiempo.

Violet respiraba con enorme dificultad, alzó la mano para tocar la madera, si bien desistió porque le fallaban las fuerzas. Finalmente se armó de valor, y tocó con los nudillos en la gruesa puerta. Después de unos segundos lo intentó de nuevo.

—Diego, por favor, abre la puerta. —Las palabras habían sido ofrecidas apenas en un susurro. En un martirio de voz que no parecía humano.

El silencio siguió acompañándola durante unos momentos, volvió a insistir.

—Por favor, Diego, permíteme que entre y pueda darle un beso a Miguel, por favor. No me dejes fuera, ¡os necesito!... —bramó rota y vencida.

Isabel lloraba más profusamente a medida que escuchaba la súplica de Violet. Debía de ser ella quien la consolara, sin embargo no podía. La mujer de su primo se comportaba con una entereza que aumentaba su admiración y respeto hacia ella.

Violet pegó su oído a la madera, no se oía nada en el interior de la alcoba. Volvió a llamar pero en esta ocasión mucho más suave. Sabía que Diego la escuchaba y que necesitaba su tiempo para poder enfrentarla.

—Diego, por favor. Quiero estar contigo, con él. Déjame que lo abrace, que lo bese. Por favor, te lo suplico. ¡Diego! —La exclamación herida, resultó un tormento para la persona que escuchaba desde el otro lado.

La puerta, finalmente se abrió, no obstante, a ella le faltó el valor para entrar, y durante unos momentos, se quedó parada en el umbral sin decidirse. El interior de la habitación parecía una sepultura. Todo estaba oscuro y caliente. Cuando los ojos de Violet se acostumbraron a la penumbra, se dirigieron hacia la cama que estaba vacía. Recorrió la estancia hasta que se detuvieron en el sillón de cuero que estaba al lado del hogar apagado. Podía vislumbrar la camisa blanca de Diego, y el bulto que sostenía entre sus brazos. Su pequeño, el hijo de su carne, ya estaba frío.

Caminó con pies de plomo hasta allí y se detuvo apenas a unos centímetros de él. Se puso en cuclillas, y dejó descansar sus manos en las rodillas de su marido. Sintió el temblor masculino bajo ellas.

—Necesito que me lo des —le pidió en un susurro. Diego hizo un solo gesto con la cabeza negando—. No le haré daño, lo prometo.

El silencio le pesaba en la razón, martirizándola. Comprendía cada uno de los sentimientos que él padecía: miedo atroz, dolor agónico, malsano remordimiento. Lo entendía porque era lo mismo que sentía ella.

—Yo lo sostendré —se ofreció, pero Diego lo apretó todavía más fuerte contra su pecho. Como si tratara de proteger al pequeño de su propia madre.

Violet sentía impotencia, y un dolor agudo en el pecho que le impedía tragar con normalidad. Posó su mano izquierda en el brazo de Diego, y con la derecha acarició el pelo infantil, y peinó algunos rizos con inmensa ternura.

—Por favor, Diego, necesito que me lo des.

La mano de Violet alcanzó el rostro de Diego, y pasó los nudillos por el mentón áspero. Escuchó la profunda respiración masculina, la leve vacilación y, finalmente, la aceptación de su solicitud.

Diego le entregó el cuerpo de Miguel con absoluta reverencia.

Violet lo tomó entre sus brazos y se sentó con él en el suelo. Lo sujetó en su regazo y lo acunó junto a su corazón que latía a un ritmo mucho más lento. Besó la mejilla fría. Olió el suave cabello y lo apretó fuertemente, como si pudiera con ese gesto, traerlo de nuevo a la vida. Siguió meciendo al pequeño como tantas otras veces y le susurró la misma nana que le cantaba antes de darle el último beso de buenas noches. Era un ritual que seguía desde su nacimiento.

Tras unos momentos de silencio, donde solo se escuchaban los suspiros de Diego en la alcoba, Violet se alzó con el pequeño en brazos, y caminó hacia la puerta. Isabel y Luis la esperaban fuera. No se percató, pero las lágrimas habían acudido a sus ojos y descendían profusamente por sus mejillas.

Luis extendió los brazos para recibir el pequeño cuerpo inerte de Miguel.

—Preparadlo —le dijo a Isabel—, ahora me ocuparé de Diego. Después, iré con él.

Isabel le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y caminó detrás de Luis que llevaba al pequeño a las dependencias infantiles para vestirlo. Violet regresó a la alcoba donde seguía Diego encerrado en su dolor, perdido en sus pensamientos. Llegó hasta el brazo del sillón y se detuvo. Ignoraba qué palabras podría ofrecerle para consolarlo, pues ella misma estaba inconsolable, sin embargo tenía que intentarlo.

—Deja que me acerque a ti —le dijo con un hilo de voz—. ¡Te necesito!

Violet se sentó en el brazo del sillón muy cerca de él que seguía en un completo mutismo. Acarició el pelo de su marido como momentos antes había acariciado el de su hijo. Diego no rechazó la caricia.

—Yo lo he matado —confesó él de pronto.

Violet inspiró al escucharlo. La voz masculina quemaba de sufrimiento. Hervía con un tormento que superaba lo terrenal.

—Por favor, no hables así porque me haces daño.

—No más del que me hago a mí mismo. Si hubiese contenido mi enojo, Miguel seguiría vivo. ¡Lo he matado!

Violet no pudo contenerse y abrazó el cuello de Diego mientras volvía a llorar de forma desconsolada. Sufría un calvario de angustia. Una tortura emocional devastadora. Diego se abrazó a ella sin ser consciente que le clavaba los dedos como garras en la tierna carne de los brazos, si bien ella necesitaba sentir el dolor para controlar la angustia.

—¿Por qué me lo envió Dios para quitármelo ahora? —preguntó Diego con voz rota por la emoción.

Violet ignoraba qué palabras podría ofrecerle. Ella misma se había ofrecido al Cristo, pero en ese momento de pena y aflicción extrema, se mostraba con ella inmisericorde. Su ofrecimiento había sido rechazado. Deseaba enfadarse, gritar su frustración, y sacar la congoja que le envenenaba el alma.

—¡Para castigarme! —exclamó él.

Diego estaba destrozado. Sumido en el más caótico sentimiento de culpa. De error agravado con falta consciente y permisiva.

—Llora conmigo, Diego. Llora conmigo, porque mañana tendremos tiempo de perjurar y de maldecir. —Instantes después, ambos sollozaban abrazados en la oscuridad.

Nunca dos personas habían estado tan unidos en la desgracia y tan separados en el afecto.

La casa se había quedado sola. Los familiares decidieron marcharse uno a uno, y lo hicieron en silencio, con los rostros sumidos en la pena más solidaria. Ella agradecía la quietud y el silencio que había en ese momento.

Era lo único que ansiaba más que otra cosa: la circunspección del espíritu. La medida en los sentimientos.

Deambuló por los pasillos y los patios, aunque sin disfrutar del sonido del agua de las fuentes. Del aroma del galán que le llenaba las fosas nasales con su penetrante olor. Violet se dirigió con pasos firmes a la biblioteca. Todas las puertas de las estancias seguían abiertas por orden expresa de tía Catalina. Los diferentes espejos que adornaban algunas paredes, habían sido cubiertos con paños blancos. Se había colgado el crespón negro en la puerta de entrada a la casa en señal de luto.

Violet pensó que Bidasoa parecía un desierto yermo, estéril.

Miró los diferentes cuadros, y se dio cuenta que no había ninguna pintura del pequeño Miguel, no habían tenido tiempo de encargarse que le hicieran un retrato, y ahora lo lamentaba muchísimo, porque solo tendría el recuerdo en su memoria para evocar su imagen perfecta. Dejó de mirar los cuadros y desvió sus ojos hacia la bonita mesa que usaba Diego como escritorio. Era de madera oscura, con tablero liso. Los cajones estaban tallados con motivos geométricos, dos de ellos frontales, y los tiradores eran de hierro forjado y formaban una estrella de ocho puntas con un péndulo. Sobre el tablero había un tintero de cristal, un metrónomo y varios libros de filosofía.

Caminó hasta la mesa, y acarició el borde de la madera con la yema de los dedos. Miró el sillón sobre el que se sentaba Diego cuando trabajaba. Desde allí abría la diferente correspondencia que recibía. Fijó sus ojos en el libro donde anotaba los ingresos y gastos. Abrió la tapa y vio las cifras perfectamente escritas en el interior de las hojas.

Su esposo era un hombre metódico y ordenado.

Después del funeral, Diego había regresado con ella a la casa, pero solo en cuerpo, porque su mente se mantenía separada de todo. En un lugar tan remoto y escondido en el que ella no podía alcanzarlo. Y no podría desahogar toda su pena. El inmenso tormento que la sacudía y la hería sin piedad.

Hasta que lo hubiese ayudado a él, ella contendría su dolor. Cuando hubiese alcanzado su objetivo, cumpliría la promesa ofrecida al Cristo aunque el favor de su ruego no hubiese sido escuchado.

Su hijo había muerto, pero ella había ofrecido un juramento sagrado y pensaba cumplirlo.

Segunda parte

Expiación

El amor conquista todas las cosas; démosle paso al amor.

Publio Virgilio Marón

Capítulo 13

El tiempo moría con una lentitud agonizante.

El silencio, aunado a la pasividad, tornaba su vida en lodo negro que todo lo engullía, pensó Diego. Se pasó la mano por la frente para mitigar el dolor de cabeza, aunque sin conseguirlo. Habían pasado días desde el entierro, y él seguía sintiendo en el pecho una opresión que se iba a convertir en perpetua: un recordatorio encarnizado de su culpabilidad, pero saberse responsable no mitigaba el despecho que sentía hacia Dios, y alimentaba su animadversión de forma consciente.

Todo lo que había adorado de niño ahora le parecía una burla cruel.

Los infantes eran seres inocentes, sin mácula, y la pérdida de Miguel resultaba insuperable. No obstante, la compañía de Violet lo hacía más llevadero. Sus continuas sonrisas y caricias fugaces calmaban su espíritu quebrantado. Solía tocarlo cuando el dolor lo fustigaba sin compasión, como si tocara al hijo que habían perdido, y él lo agradecía aunque mantuviera sus labios sellados. Diego no dudaba que su mujer veía al hijo de ambos en su propio rostro, en el color de su pelo, de su piel. Miguel había sido la viva imagen de sí mismo, y él odiaba la entereza femenina, su forma de controlar los sentimientos. Reprimirlos en su presencia. Otra mujer estaría deshecha, rota por la pérdida, sin embargo ella mantenía el rostro sereno, los ojos resignados, y él necesitaba verla sangrar, que masticara la parte de responsabilidad que le correspondía. Por ese motivo, desdeñaba cada gesto amable que recibía de su mano, cada mirada ofrecida llena de compasión.

Era igual de culpable, y eso era algo que no pensaba olvidar porque si no se hubiese metido en su lecho, Miguel seguiría vivo.

Por primera vez en días, corrió la pesada cortina que había impedido que la luz exterior penetrara en la alcoba, y miró el caos en el que se había convertido su vida.

Quitó el paño blanco que cubría el espejo de pie, y clavó sus pupilas en el reflejo que le devolvía. No parecía el mismo, aunque tampoco pretendía serlo porque era imposible. Todo había cambiado a su alrededor, salvo los sentimientos destructivos que lo consumían. Necesitaba hacer algo con la ira que sentía o se iba a volver loco, si acaso no lo estaba ya.

Se pasó las manos por el alborotado pelo tratando de alisarlo sin conseguirlo. Pero sus manos quedaron laxas a sus costados, cuando la puerta de la alcoba se abrió de repente, y Violet cruzó por el hueco abierto.

Tenía profundas ojeras que se habían vuelto cerúleas. La piel había perdido parte del tono dorado por el encierro en el que estaba enclaustrada. La vio vacilar un momento

y, finalmente, ofrecerle la sonrisa que él tanto detestaba, porque era la misma que ofrecería a un niño indefenso, y él deseaba una sonrisa auténtica, de las que conmovían el corazón. Diego se amonestó. Ya no tenía corazón, era un hombre sin alma que había perdido la orientación y el rumbo. Caminaba completamente a la deriva, y ella era la principal causa de su desgracia.

Violet trató de tragar el nudo que sentía en la garganta, y que aumentaba de tamaño, a medida que Diego la escudriñaba con atención desmedida. Llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca sin abrochar del todo, se había puesto las botas altas de montar, y se preguntó si pretendía cabalgar en ese momento aunque era una hora bastante inusual. Tenía el pelo húmedo y el mentón rasurado. Estaba más delgado, los dos habían perdido el apetito, y las ganas de hacer nada salvo consumirse hasta agotarse.

—La cena estará servida en unos momentos —le dijo en voz muy baja.

Diego se fijó en el vestido blanco sin adornos que llevaba. Era de corte imperio como los que había puesto de moda la emperatriz francesa, Josefina Bonaparte. El éxito entre las mujeres había sido casi inmediato porque todas la imitaban, a pesar de que había caído en desgracia.

—No tengo apetito —le respondió con voz áspera—, pensaba salir a cabalgar.

Violet le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y ya se daba la vuelta hacia la puerta cuando Diego la detuvo con una pregunta formulada en un tono que podía interpretarse como despectivo.

—¿Por qué vistes de blanco? —El timbre tenía un matiz de furia que la desconcertó por un momento—. El luto es negro, señora Vélchez —le recriminó.

Violet le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El negro es para recordar a los pecadores, pero ni niño era un ángel puro, y por ese motivo, deseo honrarlo con el color que no tiene mácula.

Diego entrecerró sus ojos por la respuesta. Vestida así y con la piel tan pálida, parecía un fantasma y no una mujer de carne y hueso, aunque no insistió más en el tema, se dijo que cada cual podía sobrellevar su dolor como mejor le pareciera.

Violet giró sobre sí misma para salir de la alcoba, sin embargo nuevamente la voz de Diego la detuvo.

—Tienes que alimentarte o caerás enferma.

Violet se volvió hacia él, pero esta vez caminó sobre sus pasos hasta colocarse a poca distancia de él. Su preocupación la había enternecido y tocado su fibra sensible de mujer enamorada. Juntos habían hecho algo tan hermoso como Miguel. Dios no

podía estar enfadado con ellos y si había decidido llevárselo era porque tenía un propósito definido que ellos no podían entender todavía. Quizás con el tiempo, cuando el corazón volviese a latir otra vez dentro del pecho, pudiera comprender.

—Tú también has perdido peso —le respondió con afecto.

Hizo el gesto de acercar su mano hacia su rostro para acariciarlo, no obstante, Diego le detuvo la mano antes de que alcanzara su mentón.

—Si me tocas, perderé el poco control que tengo. —Los ojos de ella se dulcificaron al escucharlo, aunque no había comprendido el significado de sus palabras.

—Nunca más te haré daño, Diego. Lo he prometido.

La respuesta de ella resultó inesperada e incomprensible para él.

—No soy Miguel, no me toques como si lo tocaras a él —le dijo con espesa amargura.

Violet lo miró con dolor al escuchar su tono frío e impregnado de un desdén que creyó, inocentemente, que no volvería a escuchar en los labios de su marido, pero no pudo mantenerse callada.

—Cada vez que te miro, imagino cómo sería nuestro hijo de adulto, y no sabes cuánto me alegro de que te parezcas a él, porque así jamás olvidaré ninguno de sus rasgos. Ninguno de sus gestos y sonrisas. ¡Vive en ti! Y ser consciente de ese hecho hace que mi corazón sienta un cierto alivio.

Diego lamentó las palabras bruscas que le había ofrecido en un primer momento, pero cada vez que lo rozaba de esa forma tan comedida, lo enervaba. Fijó sus ojos oscuros en el rostro femenino y se preocupó porque parecía realmente enferma.

—Diego, tengo que decirte algo importante —le dijo Violet con vacilación en la voz.

La veía inusualmente nerviosa, vacilante, y se preguntó el motivo.

—Te escucho.

Violet respiró con cierta dificultad. Diego seguía demasiado enfadado con ella y temía su reacción cuando le revelara que se marchaba de Bidasoa de su lado, como había jurado, y sopesó retrasar la noticia.

—No importa, lo que tengo que decirte puede esperar un poco más.

De nuevo el silencio pendió entre los dos como un baldón imposible de evitar.

—¡Habla de una vez! —la incitó él con voz seca.

Violet pensó que quizás era mejor decirle que se iba y terminar con ello de una vez. Inspiró profundamente, y dio un paso hacia atrás con precaución.

—Me marchó, Diego, me voy de Bidasoa.

Los ojos de Diego brillaron peligrosamente.

—¿Piensas pasar una temporada fuera de Córdoba? ¿En Granada quizás?

Ella no lo había expresado bien. ¿Cómo se le dice a un esposo que se le abandona? Lo ignoraba.

—Te libero de la promesa que ofreciste —le espetó de golpe—. La palabra que nunca debiste comprometer.

Diego dio un paso hacia ella de una forma que le pareció amenazadora.

—Solo Dios puede decidir algo así —sentenció con voz firme.

Violet hizo un intento de tragar la saliva espesa.

—Es nuestro Señor quién lo ha decidido —le dijo con un hilo de voz—. Ha roto el vínculo entre los dos al llevarse lo único que nos mantenía unidos.

Diego puso sus manos en las caderas tratando de contener una ira creciente. Una mujer no abandonaba a su esposo después de perder a un hijo.

—Estás demasiado afectada y no sabes lo que dices.

Violet podría reírse por lo absurdo que le parecía todo. Días atrás estaba dispuesto a echarla de su vida porque lo había incitado a mantener relaciones físicas con ella y ahora que lo único que los mantenía unidos se había ido pensaba que desvariaba.

—¿Quién es? —le preguntó con voz afilada—. ¡Porque lo mataré! —La amenaza la dejó estupefacta.

Violet parpadeó varias veces al escuchar la pregunta inquisidora.

¿Cómo podía pensar que había otra persona en su vida aparte de su desgracia? La había ofendido profundamente al sospechar de su fidelidad y decidió atacarlo con su misma sospecha.

—¿Acaso sería tan sorprendente? —El mentón de Diego se tensó—. ¿Sería tan difícil que otro hombre me considerara hermosa y digna de amar?

Diego se preguntó por qué la voz femenina había sonado tan frágil y emotiva.

—Eres una mujer hermosa, eso es indiscutible, aunque tu maldad supera con creces cualquier cualidad cristiana que puedas poseer —le respondió con cólera mal disimulada.

Diego no medía las palabras, pensó ella. Sabía cómo clavar el cuchillo hasta la empuñadura para causarle una herida mortal.

—¿Y cuál fue esa maldad para no merecer el perdón divino? Te utilicé sexualmente, no obstante ¿no hacen los hombres precisamente eso desde que el mundo es mundo? Mi primo usó el derecho que tenía sobre su prometida, tu amor, y sin embargo no lo tildas de malvado, ¿no es cierto?

Diego avanzó el único paso que lo separaba de Violet y le sujetó el mentón con fuerza hasta el punto que le dejó la boca abierta.

—¡Tú no tenías ningún derecho! —le espetó dolido.

—Pero eso no me convierte en maligna o en perversa. Actué por amor y por amor se cometen las mayores locuras de la vida, incluso seducirte. Forzarte a que me hicieras el amor.

El aire siseó entre los dientes de Diego a medida que respiraba. Sostenía la barbilla femenina mientras la miraba con rabia. Ella seguía manteniendo los ojos serenos, las manos laxas a sus costados, como si estuviese vencida.

—Te amo tanto y tan profundamente que he decidido abandonarte, y si necesitas una prueba de mis sentimientos cristianos, acabo de dártela.

Diego no podía pensar. Violet lo confundía. ¿Decía que lo amaba y se iba? Nada tenía sentido.

—No vas a abandonarme —aseveró.

Violet movió la cabeza para soltar la mano que la sujetaba, si bien no lo consiguió porque Diego la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo caliente, tenso.

—¿Y con qué fin, Diego? ¿Para hacernos más daño? —Las cabezas de ambos estaban tan unidas que los alientos se entremezclaban—. No me quieres a tu lado y yo ya no quiero estarlo.

—¿Es porque no te permito entrar en mi lecho?

«Es porque no me permites entrar en tu corazón», se dijo atribulada, aunque mantuvo el silencio de su boca no el de sus manos que actuaron con voluntad propia. Los dedos femeninos mesaron un rizo rebelde que le caía por la frente y lo colocaron detrás de la oreja.

A Diego le quemó el contacto y sus entrañas se encogieron de forma dolorosa.

—Ya no quiero entrar en tu lecho —le dijo ella como si fuese una confesión, sin embargo calló un momento antes de continuar—. La última vez que estuve en él le costó la vida a mi pequeño y no puedo perdonármelo.

—¡Calla! —exclamó Diego con afrenta.

Que ella admitiera que se sentía culpable aumentaba su dolor.

—Deseo la paz para ti y por eso debo alejarme de tu vida —concluyó Violet.

Diego pensaba a toda velocidad. Estaba conmocionado. Paralizado. Ella no podía abandonarlo, no ahora que la necesitaba.

La revelación lo dejó mareado.

¡La necesitaba! Pero quería irse, dejarlo solo en una casa llena de fantasmas y de dolor. Si lo hacía, no podría soportarlo. Junto a ella, la pérdida no lo volvía loco...

—Conozco un medio que evitará que te marches.

La boca masculina cayó sobre la femenina con fuerza. Con ira y desesperación.

Violet no había planeado ese resultado. Diego ciñó todavía más la estrecha cintura hasta sentir la presión de los senos sobre su torso duro. El solo hecho de pensar en perderla le impedía razonar o actuar con sensatez. Ella quería estar en su cama y él estaba decidido a concederle su deseo.

El gemido femenino aumentó la insania que lo poseía.

Rasgó con un solo gesto el corpiño del vestido mientras sitiaba la boca con desdén y respeto al mismo tiempo. La tomó en brazos y caminó hacia el lecho con la clara intención de poseerla. Depositó el liviano cuerpo sobre la cama y se quedó mirando la desnudez que él había provocado al romperle la ropa. Se sacó los faldones de la camisa y desabrochó los botones del pantalón. A continuación, se tumbó sobre ella mientras con una de sus manos apretaba el cuello blanco y largo.

Violet ansiaba el contacto íntimo con Diego, sentirse consumida por su pasión y su fuerza, no obstante el precio podía ser demasiado alto, y ya había pagado una vez con todo lo que poseía. No le quedaba nada salvo una inmensa amargura que la ahogaba, y por eso la razón la zarandeó con una furia devastadora. Diego iba a hacerle el amor no porque la amara o deseara, sino por conveniencia, incluso por venganza, y, aunque lo que más ansiaba era volver a perderse entre sus brazos, hizo lo único sensato que le dictaba su corazón, colocar su mano sobre el pecho masculino y empujarlo para tratar de separarlo de ella.

—No, no deseo que me hagas el amor. —Diego sostenía su peso sobre sus propios brazos. Los tenía apoyados a ambos lados del cuerpo femenino—. Así no.

—Es lo que siempre has buscado.

Violet cerró los párpados para que él no viese lo profundamente que la había herido de nuevo.

Diego creía que ella buscaba solamente el contacto íntimo con él, y estaba equivocado. Buscaba su amor, pero se había dado cuenta, aunque demasiado tarde, de

que eso era imposible. No podía alcanzar una gota de agua del cielo, mientras se consumía de sed en el infierno.

—Confundes amor con pasión —le respondió con voz contrita.

Diego le subió el vuelo de la falda para llegar a su ropa interior. Violet no lo detuvo con las manos, aunque confiaba que lo hiciera su mirada, sin embargo no tuvo éxito porque la mano atrevida le arrancó las finas bragas de un tirón. Era consciente de que no podría parar la embestida masculina si estaba decidido a poseerla, y lo amaba demasiado para hacerlo, aunque tenía que intentarlo.

Él ya se posicionaba para penetrarla.

—Me iré de todos modos —le advirtió.

—No, no lo harás —sentenció la voz masculina.

Y de una embestida se enterró en ella.

Violet gimió porque la penetración había resultado tremendamente dolorosa, como aquella primera vez cuando lo sedujo. Diego no mantenía contacto con el cuerpo femenino salvo por la unión de las caderas. Comenzó a moverse lentamente, saliendo y entrando de forma alternativa del interior satinado.

Violet se sentía dividida. En ese preciso momento, lo amaba y lo odiaba al mismo tiempo.

Diego aumentó el ritmo y ella comenzó a suspirar de forma acelerada, porque con él no tenía voluntad. Podría abrirse las venas si Diego se lo pidiera. Si decidía matarla en ese preciso momento, no le importaría lo más mínimo ni se lo reprocharía. Alzó sus manos para aferrar el cuello masculino, necesitaba imperiosamente acercarlo a ella para besarlo.

Diego no se resistió y tomó la boca femenina con urgencia y voracidad. No la besaba con ternura, ni se movía en su interior con delicadeza, todo lo contrario. Se mostraba brusco, rudo, pero ella lo amaba, aunque fuera un amor maldito.

—No, no te irás —repitió Diego antes de que su cuerpo se tensara con espasmos sobre el de Violet que se sumó al orgasmo con una rapidez que lo asombró.

Las lágrimas descendían por las mejillas de Violet. Había hecho una promesa, y ser amada por Diego, no impediría que la llevara a cabo, todo lo contrario. Aunque agradecía el último recuerdo que Diego le había dado: ser amada por primera vez sin haberlo coaccionado.

Diego rodó sobre sí mismo y quedó tendido de espaldas. Se pasó las yemas de los dedos por los párpados para aliviar el dolor de cabeza que sentía desde hacía demasiado tiempo.

Violet se reincorporó sobre el codo izquierdo y le acarició la frente con infinita ternura.

—Gracias, nunca olvidaré este momento.

—Vete, Violet, déjame un momento a solas.

Y ella lo complació. Recogió su prenda interior y el corpiño roto, y salió de la alcoba completamente en silencio.

Capítulo 14

Estaba muerta. Vencida.

Era un espectro ambulante, sin nada que ofrecer porque su interior no contenía nada. Ahora sí podía dar salida a todo el dolor que había retenido en Bidasoa por Diego, para ayudarlo a superar la pérdida de Miguel, sin embargo ella no podía sobreponerse a la ausencia de su pequeño.

Vivía sumergida en una pena demoledora, lejos de todo y escondida del mundo.

Abandonó a Diego aprovechando una salida suya de la casa. Había alquilado un carruaje y se había marchado a la hermosa ciudad de Granada. Su primo tenía un carmen frente a la Alhambra, y los sirvientes la conocían porque había estado allí en una ocasión. Se quedó en la vivienda hasta que decidió qué hacer con su vida, si bien supo, a los dos días de estar allí, que no podía irse de forma definitiva de Córdoba. Por ese motivo contrató a un abogado para que le gestionara la restauración de la casa que había adquirido meses atrás. Había entrado como lote en uno de los terrenos comprados. Y la casa bien valía los reales que había costado, aunque había que restaurarla casi por completo. Le había puesto el nombre de El ángel Miguel como recordatorio y homenaje a su pequeño.

Solamente una cosa la incomodaba, Bidasoa estaba demasiado cerca, aunque afortunadamente, su dueño estaba tan lejos que parecía que ambas viviendas estaban separadas por un inmenso océano.

Desde hacía semanas, no salía del interior de la casa, se sentía incapaz de ver a nadie. No quería oír ni dar conversación a ninguno de los familiares de Diego, quería romper todo lazo de unión con ellos, y por eso ignoraba las tarjetas de visita que le dejaban Isabel y Luis a diario. Eran muy persistentes, pero ella había tomado una decisión, y confiaba en salir del infierno en el que estaba metida para poder comenzar la primera de sus expiaciones.

Volvía a sentirlo, el filo venenoso que sesgaba centímetro a centímetro su corazón con una burla cruel. El dolor resultaba tan insoportable que por las noches gritaba sin ser consciente de ello. Se despertaba empapada en sudor, enloquecida, y tocada de muerte en sus mutilados sentimientos de madre. De mujer insatisfecha. Suplicaba sin descanso una muerte rápida, porque era lo único que podría aliviar su enorme tormento.

Violet se dejó caer sobre el colchón vencida.

Había dejado de alimentarse, de saciar su sed. Nada le importaba, ni los gritos que escuchaba en ese momento abajo en el vestíbulo. Por el tono de voz supo que era

Isabel que trataba de lidiar con el ama de llaves para entrar a la casa. Escuchó el taconeo por las escaleras y percibió la brisa fresca que bañó su rostro cuando Isabel abrió la puerta de la alcoba con ímpetu.

—¡Dios mío, Violet! ¡Esto es una tumba! —Isabel corrió las cortinas con un gesto rápido, y cuando vio la figura recostada en el lecho se tapó la boca para contener un grito. En la cama no había un cuerpo, sino un cadáver—. ¡Virgen santa! ¿Qué te has hecho?

Violet pensó que ella no se había hecho nada que no mereciera. Buscaba la muerte, aunque el Cristo de los Desagravios y Misericordia no escuchaba su ruego. Su humilde solicitud. Le ofrecía el pago o reparación de la culpa que sentía con su propia vida, no obstante no servía de nada, seguía sumida en un tormento eterno.

Isabel, desde el corredor, ordenó que prepararan un baño caliente y un caldo, caminó hasta la cama para descubrir el cuerpo casi sin vida de su amiga.

—Si te matas, no conseguirás estar con tu hijo en el más allá —le espetó Isabel con dureza—. Te condenarás por toda la eternidad. ¿No eres capaz de verlo?

Ella era consciente de ese detalle, por ese motivo no se había suicidado todavía, aunque sentía la imperiosa necesidad de hacerlo. Y le asustaba enormemente la posibilidad de llevarlo a cabo en cualquier momento.

—Deseo morir, no voy a negarlo —dijo en un susurro entrecortado.

Isabel colocó un almohadón tras la espalda de Violet para reincorporarla y cepillarle el cabello enmarañado. El rostro de su prima estaba muy pálido.

—Despediré a esa inútil ama de llaves —le dijo molesta—. Me parece inaudito que se mantenga impasible viendo cómo te consumes en vida.

—Es una buena sirvienta —replicó casi sin fuerzas—. Los primeros días no conseguía que me dejara en paz, pero, finalmente, logré que no entrara a la alcoba.

—¿Dónde está Ana? —le preguntó con enojo en la voz. Le parecía increíble que la doncella privada de Violet no estuviese en la casa cuidándola.

—Se marchó a recoger a su sobrina a Madrid. Se ha fugado de casa y Ana está muy preocupada. Creo que pensaba acompañarla de regreso a su hogar.

La partida de Ana no había podido ocurrir en peor momento, pensó Isabel.

—¿Qué ha cambiado, Violet? —le preguntó de forma directa—. Luis y yo creíamos que habías comenzado a superar la muerte de Miguel.

Escuchar el nombre de su pequeño hizo que rompiera a llorar de nuevo, si bien sin derramar una lágrima. Estaba seca. Sus hombros se convulsionaron, apretó los puños

junto a su vientre y apretó los dientes hasta el punto de crujiros, pero sus ojos seguían sin brillo, sin vida.

—Lo lamento —se disculpó Isabel a la vez que la abrazaba—. He sido brusca e impertinente.

—No puedo superarlo, Isabel. Deseo morir, y no sé cómo hacer para que el Cristo acepte mi sacrificio.

Isabel la meció suavemente como si consolara a una niña pequeña.

—Diego te necesita —le dijo de pronto en un intento de recuperarla.

—¡Le quiero tanto! ¡Aunque ahora podría matarlo! —Gimió con impotencia.

Isabel estaba perpleja. Si lo amaba ¿por qué diantres lo había abandonado?

—Se marchó hace semanas de Bidasoa. Se encuentra en el cortijo Vílchez.

Violet se mantuvo en silencio. En el cortijo, Diego podría superar la muerte del hijo de ambos. Allí obtendría consuelo.

—Juana lo consolará. En sus brazos olvidará este incidente.

Isabel parpadeó perpleja, Violet no podría referirse a Juana, la sirvienta que estaba felizmente casada y era madre de tres niños pequeños. No, Violet desvariaba.

—Diego nunca te sería infiel, es un hombre de honor, y es tan desgraciado como tú

—Isabel tomó resuello para seguir increpándola—, y no entiendo este empeño de manteneros separados. Ahora más que nunca debéis estar juntos. Apoyaros para soportar la pérdida —la amonestó Isabel con tono severo.

—Hice una promesa —le confesó Violet.

—¿Qué promesa? —le preguntó cauta.

—Le prometí al Cristo de los Desagravios y Misericordia que dejaría libre a Diego y que me apartaría de su camino para que rehiciera su vida como siempre ha deseado. Con una persona que realmente ame y no con una pecadora que codició el bien ajeno y causó su desgracia. —Isabel, por más que lo intentaba, no lograba comprenderla. Esa clase de promesas no servían porque el Cristo no las aceptaba. Eran sacrificios inútiles—. Lo juré aquella noche sin importar cuales fueran los resultados. Y debo cumplir lo que prometí.

—Cristo no aceptará tu sacrificio porque te ama.

—Es mi condena, soy una cobarde y me cuesta aceptarlo. —Isabel siguió mirándola intensamente—. Le prometí a mi tío que le ayudaría a conseguir la herencia familiar que había perdido, y por eso le tendí una trampa a Diego para comprometerlo. Estaba

ebrio, confiado, y aproveché para meterme en su cama y lo incite con caricias impías, con besos irreverentes a que me correspondiera. Cumplí mi promesa a mi familia, pero a cambio hice muy infeliz a un hombre que no me había hecho ningún mal. ¡Fui tan inicua! —exclamó mortificada—. Amaba a otra, y yo me interpose en ese amor.

—Diego te ama a ti —le dijo Isabel en respuesta, y los hombros de Violet volvieron a agitarse por el llanto.

—Gracias por decirme algo así. Aunque sé que no es cierto, me consuela que lo pienses. —Violet calló un momento evocando un recuerdo—. Le hice tanto daño...

Isabel la abrazó mucho más fuerte. Tenía que lograr que despertara de esa malsana melancolía y dolor que la agotaba. Cuando se recuperase, lo vería todo de forma diferente.

—Primero tomarás un baño bien caliente y después te alimentarás.

—No puedo —alegó—, no tengo fuerzas para nada.

Isabel maldijo por lo bajo porque rescatarla de esa actitud destructiva iba a ser muy difícil, si bien se entregó a la tarea con todas sus fuerzas. La mujer de su primo volvería a ser la misma mujer de antes.

Violet despertó al fin. Gracias a la insistencia de Isabel, a sus cuidados y atención constante, había logrado que el sufrimiento que hostigaba su corazón fuese más tolerable, y la animó de todas las formas que conocía, incluso la llevó a varios orfanatos de la ciudad para hacerle ver cuánto la necesitaban. Allí, entre infantes necesitados de amor, había encontrado el inicio para encauzar de nuevo el rumbo. Y se volcó en ayudarlos de todas las formas posibles, y una de ellas fue hacer un donativo importante de dinero para crear una nueva escuela que llevaría el nombre de Miguel Vílchez.

Aunque Violet no sonreía, sus ojos habían recuperado parte del brillo que la caracterizaba. Estaba mucho más delgada, sin embargo era una consecuencia lógica ante el sufrimiento extremo que había soportado. Luis solía acompañarlas en las diversas visitas al convento, y la ayudó en todos los temas legales necesarios que tenían que ver con las ayudas para atender a los pequeños. El color había retornado a su rostro, así como la esperanza de poder hacer algo importante con su vida.

Isabel giró su rostro del escenario al rostro de su amiga que veía el espectáculo con mucha atención. Curro Jiménez, el bailaor, había logrado entusiasmarla con los taconeos alegres que arrancaba al suelo de madera.

—Es soberbio —le dijo Violet.

Isabel le sonrió con empatía.

—¿Oyes cómo canta la guitarra? —le preguntó.

Violet asintió. En ese momento podía entender perfectamente por qué la gente del sur mostraba tanto respeto por un instrumento musical como la guitarra. Ella había escuchado a músicos de renombre interpretar piezas famosas, y la habían emocionado mucho, pero el bailarín absorbía su atención por completo. Derrochaba fuerza y determinación.

—El sábado estás invitada al palacio Gaena. —Violet se apresuró a negar con la cabeza de forma reiterada—. Luis y yo te acompañaremos. Será bueno para ti.

—No me apetece estar en un lugar atestado de gente —le confesó sin dejar de mirar el escenario.

Isabel meditó las palabras que podía utilizar para tratar de convencerla.

—Asistirá la marquesa de Santos. —Violet sabía que su amiga trataba de tentarla, pero a ella le daba exactamente igual, aunque fuese el mismo rey de España, Fernando, quien acudiera a la cena, ella no tenía intención de ir—. Y la condesa de Azuel. —Isabel se estaba empleando a fondo, pensó Violet con un brillo de humor en sus pupilas.

—De veras, no insistas.

Isabel decidió quemar un cartucho más.

—Luis se decepcionará muchísimo, porque tu ausencia significará que tendrá que llevar de acompañante a Blanca, y sabes bien que no soporta su cháchara agotadora.

Violet desvió un instante los ojos del bailarín para fijarlos en Isabel.

—Es injusto que hables así de tu prima —la reprendió con un tono desenfadado.

—Luis tiene muchas ganas de hablar con un banquero que asistirá. Si te lleva a ti de acompañante, podrá mantener una conversación de negocios que no se verá interrumpida por niñerías.

Violet entrecerró sus ojos verdes analizando los argumentos de Isabel para que asistiera a la cena. Bien era cierto que podría recaudar algunos fondos para la escuela infantil, y Luis podría mantener una conversación sin tener que hacer de niñera de la pequeña Blanca. A sus diecisiete años era un auténtico torbellino. En las diferentes reuniones a las que había asistido, había martirizado al pobre Luis obligándolo a bailar prácticamente durante toda la velada, y a mantener juegos verbales comunes entre las muchachas de corta edad.

—Lo pensaré. —Fue la única concesión que hizo, pero Isabel le apretó el brazo con afecto—. Y ahora, permíteme que siga disfrutando de Curro.

Isabel respiró aliviada. Era la primera velada importante a la que acudiría, y quién sabía las sorpresas que se podría encontrar allí. La veía tan recuperada que sentía deseos de rezar y de dar gracias al Cristo.

Violet volvía a ser, poco a poco, la misma mujer que llegó a Córdoba.

Capítulo 15

Tomó de nuevo la botella y se la llevó hasta los labios, bebió de ella hasta que varias gotas resbalaron por su barbilla. Las limpió con el dorso de la mano, pero el alcohol no lograba mitigar los sentimientos contradictorios que albergaba su pecho. Miguel ya no estaba, y Violet, tampoco. Lo había abandonado, como había prometido, y ahora que por fin mordía la soledad que tanto había ansiado, la despreciaba. Bidasoa estaba sin vida, como él. Diego era un hombre sin alma, un cascarón vacío que no servía para nada, y por ese motivo, había decidido apartarse del mundo y encerrarse en la sierra, sin embargo había traído el dolor y la amargura con él. No lograba desprenderse de la rancia sensación de impotencia que lo acompañaba día y noche desde aquella maldita hora. No podía concentrarse en el trabajo, y por eso había descuidado sus quehaceres. Afortunadamente, el capataz era un hombre muy competente.

Había pospuesto de forma indefinida incluso cabalgar porque no soportaba salir de las cuatro paredes que consideraba su sepultura en vida.

Diego daría todo por oír de nuevo la risa infantil de Miguel: sus palabras incompletas, así como su mirada cristalina y sin mácula. Daría todo cuanto era por contemplar una vez más el verde de sus ojos, tan parecidos a los de la madre... ¿Por qué diantres pensaba en la mujer que le había dado la espalda cuando más la necesitaba?

Extrañaba la suave y candente voz de Violet cuando jugaba con el pequeño de ambos. Cuando lo incitaba a meter los pies en la fuente del patio creyendo que nadie descubriría la travesura. ¿Cuándo se había dado cuenta de lo importante que se había convertido en su vida? Había estado tan absorto en compadecerse de sí mismo, que había estado ciego a todo lo demás.

Siempre la había culpado de atarlo a un matrimonio lleno de sufrimiento, pero en algún momento, y por una extraña razón, había comenzado a amarla a pesar de denostarla en cada ocasión en la que estaban juntos.

Diego se hizo una autocrítica sincera a su actitud. A su forma de tratar los asuntos, y supo admitir que él tenía mucha de la culpa de los sentimientos románticos que había despertado en Violet cuando la conoció en las tierras del norte.

¿Cómo no se había dado cuenta de que su actitud galante alimentaba un cariño ajeno en el que no estaba interesado? Ahora, tomaban un mayor significado las miradas dolientes que le había dedicado ella en su tierra. Las sonrisas trémulas que le había obsequiado, y él, ignorante como pocos, había contribuido con sus actos a ilusionar el corazón de una muchacha inocente.

Diego no podía dejar de pensar en los acontecimientos que lo habían empujado a desposar a una completa extraña, y asumió la parte de culpa necesaria para un desenlace así. Recordó los paseos a caballo que habían compartido algunas madrugadas, y que habían contribuido a incrementar el interés femenino.

Y ahora, ¿dónde quedaba el amor de su vida? ¿La muchacha que había sido todo su mundo durante años? Admitía, con honesta sinceridad, que había sido una ilusión de la juventud y la inexperiencia.

Había sido necesaria la muerte de Miguel para que se la cayera la venda de los ojos.

El amor que él creía auténtico era del todo incierto. La muchacha que había significado todo para él detestaba cabalgar desde que supo para qué servía una montura y por ese motivo él había disfrutado, sin meditar en las consecuencias posteriores, de la compañía de una mujer hermosa y que era una amazona excepcional. Había reído con Violet por sus frases ingeniosas, y era la primera mujer que se comportaba sin frivolidades. Habían compartido carreras de las que él había perdido unas cuantas. Ahora se daba cuenta de que la mujer de la que él se había creído enamorado, se había convertido en un espejismo borroso.

Y durante meses, alimentó la ilusión perdida. El futuro quebrado.

Había amado con intensidad a una chiquilla, cierto, pero no desde la madurez, sino desde la ilusión de ver convertirse a una niña en una mujer que vivía y respiraba por él. Ahora podía admitir que era su ego y no su corazón lo que había estado comprometido con una ilusión.

Como militar, sus contactos con el sexo femenino habían sido bastantes limitados, y quizás por ese motivo había proyectado una imagen desmesurada de la muchacha que siempre le hacía reír con sus actos impulsivos. Ahora ya no podía hacer nada salvo consumirse en la autocompasión por el resultado de sus actos.

Había culpado a Violet de interponerse entre él y el amor de su vida. Pero el amor de su vida era precisamente la persona que lo sedujo una noche de luna llena.

Volvió a empinar la botella y a beber un trago demasiado largo, tanto, que casi se asfixia por la falta de aire.

Durante años se había obsesionado con un espejismo juvenil e intrépido, y ahora que amaba a una mujer con la racionalidad que permitía la experiencia, no quería nada con él. ¿Algo tenía sentido? Con ojos vidriosos miró los cuadros que colgaban de una de las paredes del salón y se dio cuenta de que no había ninguno de Miguel ni de Violet. Un error imperdonable que ya no podía subsanar.

—Me parece inaudito tu falta de control.

La voz de Luis le hizo girar la cabeza con brusquedad hacia él. ¿¡Qué demonios hacía en Hornachuelos!?

—¿Qué haces en el cortijo Vílchez? —le preguntó aun conociendo la respuesta.

—Vengo a devolverte parte del dinero que me prestaste.

La espalda de Diego se tensó visiblemente.

—¿Vienes a devolverme el dinero de mi mujer... mi dinero? —Luis medio sonrió al escucharlo.

Su primo había enfatizado la palabra «mujer», aunque por la forma de mirarlo, dudaba que se hubiera dado cuenta. Y el estado de desidia en el que lo encontró, le hizo inspirar profundamente preocupado.

—La almazara está funcionando muy bien —comenzó a decirle—, apenas puede moler toda la aceituna que le llega, incluso algunos hacendados de otras fincas más lejanas se han decidido a usarla. —Diego se alegraba, pero no se lo dijo—. Por cierto, tienes un aspecto horrible —comentó Luis con voz crítica.

Diego era una sombra de lo que había sido en el pasado.

—Así da gusto tener familia —le respondió él de forma áspera.

—A Violet no le gustaría verte en tan lamentable situación.

Diego inspiró fuertemente y contó hasta diez. Si Luis seguía por ese camino, iba a encontrarse con un grave problema: sus puños. Lo último que necesitaba era que le metieran el dedo en la herida, que seguía sangrando profusamente.

—Dudo que me vea en este estado o en cualquier otro —le dijo con voz que contenía una furia que Luis pudo percibir de forma clara—. Así que tu preocupación carece de sentido.

—Violet regresó a Córdoba hace mucho tiempo —le informó.

Un leve tic en el ojo derecho le indicó a Luis que Diego estaba más afectado por la información de lo que pensaba admitir.

—¿Por qué piensas que debo saberlo? —Diego admitió para sí que era el despecho lo que lo incitaba a responder de forma tan brusca.

—Porque si la vieras, te darías cuenta del daño que os hacéis mutuamente.

Diego cerró los ojos y tragó saliva de forma violenta.

—No fui yo quien la abandonó —le espetó amargamente.

—¿Se lo reprochas? —Había incredulidad en la pregunta de Luis.

Diego ignoraba hacia dónde quería llevarlo su primo.

—Le pedí que no se marchará —confesó azorado.

—Conociéndote, sé que no se lo pedirías, seguramente se lo ordenaste.

Diego dejó la botella en una esquina del escritorio y miró a su primo con insolencia.

—La necesitaba, Luis, y me dejó en la estacada en el momento más duro de mi vida.

—Te ama —le replicó a sus palabras.

Diego masculló violentamente.

—¡No se abandona lo que se ama! —exclamó rencoroso.

—Me sorprende tu egoísmo —Diego lo miró perplejo—. Tu mujer no pudo sufrir su pérdida hasta que se aseguró de que tú sufrieras la tuya, y la superaras.

Diego parpadeó una sola vez. ¿Qué trataba de decirle su primo?

Luis tenía el rostro inusualmente serio.

—No pudo llorar la muerte de su pequeño ni dar rienda a su amargura, porque estaba demasiado pendiente de tu sufrimiento para ocuparse del suyo.

Las palabras de Luis lo golpearon con severidad porque eran ciertas.

En las horas más negras e insoportables del dolor que lo había consumido, Violet había estado con él. Abrazándolo, consolándolo. No se había vuelto loco gracias a su compañía, y él le había pagado con frialdad e indiferencia.

—¿Has venido a pagarme o a insultarme? —le preguntó, hosco.

Luis terminó por maldecir, pero al momento tomó de nuevo el control de sus palabras.

—He venido a pedirte que regreses a Córdoba. Violet te necesita.

Diego pensó que Luis bromeaba. No iba a regresar nunca. Tenía la imperiosa necesidad de enterrarse vivo. Aún sentía las emociones en carne viva. El dolor que le mordía con una ferocidad brutal. No, no podía regresar a la ciudad porque el sufrimiento que le había provocado su abandono casi lo hería tanto como la pérdida de Miguel.

—Si no cuidas lo que es tuyo, otro lo hará encantado —le advirtió.

—¿Hablas por ti mismo? —la pregunta quemaba como el aceite calentado al fuego.

Luis cruzó una pierna sobre la otra antes de ofrecerle una respuesta contundente.

—Eres un cabrón malnacido —le dijo Luis al comprender el doble sentido de la pregunta formulada por Diego.

¿De verdad creía él que lo avergonzaría de forma tan vil?

—Nunca te ofendería de esa forma, sin embargo Quintana no tiene tantos escrúpulos.

Las aletas de la nariz de Diego se dilataron al escuchar el nombre, aunque conocía la animadversión que sentía Violet hacia el torero y dejó de preocuparse.

—Me sorprende tu vena samaritana, pero pierdes el tiempo —le dijo después de una larga pausa—. Violet no desea seguir conmigo y debo respetar su deseo.

Luis insistió. Diego no se daba cuenta del peligro que corría su mujer en una ciudad llena de hombres que admiraban lo exótico, lo diferente. Y Violet, con su cuerpo esbelto, su melena rubia y sus ojos verdes era un reclamo que no podrían ignorar.

—Con sus intentos de acercarse a Violet, Quintana ha despertado el interés del marqués de Montenegro sobre ella, Pedro Juan Fernández de Castro, sé que lo conoces.

Diego entrecerró los ojos.

La última información suministrada por Luis lo había preocupado de veras. El marqués de Montenegro era un noble muy importante de la ciudad de Córdoba, y partidario de Carlos, el hermano del rey Fernando. Su esposa había muerto en un accidente de carruaje dos años antes y lo había dejado con dos niños pequeños, Pedro y Teresa, de apenas cinco y siete años.

Luis observó cada emoción que cruzaba el rostro de su primo. Vio la vacilación y la duda, pero seguía en un mutismo insultante.

Comprendió que tenía que ir directo al grano.

—Casi se muere, Diego. Se abandonó de una forma que todavía me produce escalofríos.

Diego no se esperaba esas palabras y escucharlas le produjo una conmoción inesperada. ¿A qué abandono se refería?

Luis continuó informándole con todo lujo de detalles.

—Deseaba estar muerta y si Isabel no hubiese intervenido, créeme que ahora no solamente llorarías la pérdida de un hijo, también la de una esposa.

La puñalada en el vientre le entró hasta la empuñadura. Las palabras de Luis no tenían sentido. Él mismo había contemplado la fortaleza y el valor de Violet tras la muerte del hijo de ambos. Lo que oía le parecía inaudito e ilógico.

—No comprendo qué tratas de decirme y con qué intención.

—Trato de decirte que tu mujer te necesita, ahora más que nunca. No puedes darle la espalda —Diego apretó los labios hasta reducirlos a una línea de enfado. Él no le había dado la espalda a su mujer, todo lo contrario—. Violet te ama de una forma tan profunda y completa que me hace envidiarte. Cualquier hombre se sentiría honrado y dichoso de ser amado de una forma tan especial.

Diego se dijo que Luis desvariaba. Si en verdad Violet lo amaba tanto como decía, seguiría a su lado. Dándole hijos... el pensamiento se volvió demoledor porque lo dejaba herido de muerte.

—No te he preguntado si me ama, sino a qué te refieres al sugerir que casi se muere.

Luis pensó en las palabras más adecuadas para conmoverlo, para que saliera de ese pozo donde se mantenía hundido por propia voluntad.

—Deseaba morir, sin embargo temía demasiado el castigo divino para atentar contra su persona ella misma, por ese único motivo, está viva todavía. —Luis observó que su primo tragaba con dificultad—. Cuando Isabel logró verla después de varios intentos era poco más que un cadáver.

Diego cerró los ojos con un profundo dolor. Si las palabras de Luis eran ciertas, él tenía la mayor culpa de la desgracia de Violet. Todos sus actos habían sido realizados con lo que él creía que era un honor indiscutible, pero ahora dudaba que hubiese sido la forma más correcta de actuar.

—¿Cómo se encuentra? —El tono de Diego era ansioso.

Se debatía en una lucha donde sabía que él era el claro perdedor.

—Viviendo aunque por inercia. Lo único que la mantiene cuerda es su preocupación por los niños del orfanato. Está haciendo grandes donaciones para la construcción de una escuela y de un hospital, además, está recaudando fondos y por eso asiste a algunos actos y reuniones organizadas por algunas matronas que aplauden su iniciativa. —Diego miraba a Luis sin pestañear—. En una de esas reuniones, coincidió con el marqués de Montenegro, que la liberó de una atención indecorosa por parte de Quintana que la persigue de una forma descarada. Desde el incidente con Quintana, Montenegro la asedia emocionalmente y de una forma tan discreta que ella ni se da cuenta. Y porque soy consciente de lo vulnerable que es, he venido a prevenirte. Una mujer en tal grado de indefensión, es una tentación demasiado grande para un hombre con un grado de protección tan alto como Montenegro. Lo sabes.

El estómago de Diego sufrió una sacudida dolorosa. Nunca le hubiese preocupado el interés de Quintana sobre Violet, no obstante el marqués era harina de otro costal. Él

lo conocía muy bien, había sido su más íntimo amigo hasta que se casó con Teresa, la mujer que logró mantener separados a dos buenos amigos.

—¿Acaso estás pensando en ofrecerle el divorcio?

La pregunta de Luis estaba de más, pensó Diego, porque un católico español no se divorciaba ni rompía los votos sagrados que había dado. Se ofrecían una vez en la vida y el tiempo los volvía inquebrantables.

—Nunca le concederé el divorcio. Ni ella se atreverá a pedírmelo.

Luis contuvo una sonrisa porque la respuesta de su primo había sido contundente y posesiva. Al fin había encontrado el resquicio por donde hostigarlo hasta hacerlo reaccionar.

—¿Y entonces consideras más apropiado convertirla en adúltera? —Los dientes de Diego crujieron—. Porque tu actitud pasiva la empujará a ello.

—¡Basta, Luis! —exclamó molesto—. Todo hombre tiene su límite, y tú estás rebasando el mío.

—Te estoy contando unos hechos para tratar de incitarte a que actúes. Te aprecio de veras y también la aprecio a ella. Es una mujer extraordinaria y se merece toda la ayuda posible, mucho más del único que tiene el derecho de ofrecérsela: tú.

—¿Acaso te ha enviado ella para que le allanes el camino? ¿Quizás está contemplando la posibilidad de divorciarse y te utiliza para ver mi disposición a ello?

Luis inspiró profundamente ante las conclusiones a las que llegaba Diego. Indudablemente, el despecho hablaba por él, y esa era una cualidad que podía mover a un hombre a actuar. Por ese motivo, decidió seguir acicateándolo.

—Violet no tiene nada que ver con esta visita, mas creí que era mi obligación advertirte de las consecuencias nefastas que puede tener para ti la situación. De la displicencia que muestras con lo que te pertenece por derecho divino.

Diego reposó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos. Las palabras de Luis lo habían afectado de una forma intensa y tremendamente dolorosa.

—Nunca me he ganado ese derecho —confesó al fin.

Luis siguió en silencio.

—Pensé que era un castigo y la traté como si lo fuera. Merezco lo que me ocurra.

Y por cierto que era una corrección justa a sus acciones. Ella lo había amado, él había despreciado su cariño. Ahora él se daba cuenta de que la correspondía y ella le pagaba con la misma moneda que había acuñado él: la indiferencia.

El silencio entre los dos hombres resultó bastante embarazoso.

Luis pensó que todo su esfuerzo había sido inútil. Su primo estaba sumido en una desidia destructiva, como semanas atrás lo había estado Violet, aunque, no se iba a dar por vencido, seguiría intentando sacarlo del pozo de amargura donde estaba metido. Afortunadamente, no hizo falta, porque Diego había reaccionado al fin.

Ignoraba qué palabras de todas las que le había utilizado, había dado en la diana, pero el alivio que sintió fue inmediato.

—Si me esperas, regresaré contigo a Córdoba —le dijo con una mueca de cansancio.

Luis le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Daré las órdenes pertinentes para que se ocupen de todo en mi ausencia.

—Podemos estar en Bidasoa a primera hora de la tarde —le dijo Luis.

Diego ya no le ofreció ninguna respuesta.

Capítulo 16

Las flores olían deliciosamente bien.

El dulce aroma de los lirios la acompañaba mientras subía la Cuesta de los Gabachos desde San Fernando. La calle comunicaba las dos partes de la ciudad, la Villa con la Ajerquía. Violet miró en su ascenso los comercios de paraguas y abanicos, así como la carbonería. Observó los maceteros que había en medio de cada escalinata que bordeaba las paredes de las casas.

Al final de la cuesta se detuvo en la librería y miró el patio interior de la casa grande que tenía la puerta abierta, si bien al doblar la esquina para cruzar la calle empedrada se dio de bruces con un hombre que la sostuvo de los hombros para que no cayese hacia atrás debido al impulso del golpe. Al alzar los ojos para darle las gracias se encontró con los de Pedro Fernández de Castro, y la sorpresa la dejó muda. ¿Qué hacía el marqués en esa parte de la ciudad? Estaba demasiado lejos de su casa, del palacio de Montenegro.

—¿Se encuentra bien? —le pregunto.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Señor Fernández, ¡qué sorpresa! —exclamó—. Ignoraba que había regresado a Córdoba.

Pedro se había marchado a la ciudad de Madrid por unas gestiones importantes, pero había regresado muy pronto.

Algunos lirios habían caído al suelo, y Pedro se inclinó para recogerlos.

—Estaba deseando regresar —le respondió con mucha suavidad sin dejar de mirarla al tiempo que le ofrecía las flores que se le habían caído de los brazos.

Violet las tomó ruborizada.

—Imagino que sus niños lo extrañarían mucho, ¿verdad?

—Mis hijos son el primer motivo para mi regreso, y usted se ha convertido en el segundo.

Violet se sintió incómoda al escuchar las palabras del marqués.

—Por favor, discúlpeme —dio un paso hacia atrás para continuar su camino.

Pedro la retuvo por el brazo.

—Perdóneme si la he incomodado. Nada más lejos de mi intención que ofenderla con mis palabras —le aclaró él de forma rápida—. Estoy ansioso por ver las obras del hospital.

Los brazos de Violet se relajaron al escuchar la explicación.

El interés de Montenegro no tenía que ver de una forma física con ella, sino con los negocios que llevaban en común. Fernández miró las flores que ella apretaba junto a su regazo.

—Imagino que lleva las flores al orfanato. ¿Me permite acompañarla?

Violet le hizo un gesto afirmativo, y aceptó el brazo que le ofrecía mientras le dedicaba una sonrisa de empatía. La pérdida de su esposa y la soledad de dos niños que extrañaban a su madre, había estrechado lazos de amistad entre ellos. Podía comprender el sentimiento de abandono que sentían sus hijos, así como la pérdida del marqués. Ella misma había sido golpeada con un revés tan desolador como el suyo.

—No esperaba verlo por aquí —le dijo con mirada ausente.

Conocía a los niños de Montenegro y había simpatizado con ellos, además la trataban siempre con sumo respeto.

—Encargué unos libros para mis hijos.

—¿Cómo están Pedro y Teresa? —Montenegro le mostró una sonrisa complacida.

La mujer se interesaba por sus hijos de una forma totalmente altruista. La pérdida que había sufrido con su pequeño Miguel era aún más grande que la pérdida que había tenido él con su esposa, Teresa. Era la primera mujer que no le interesaba el título que ostentaba, y aunque sabía que no era completamente libre, la separación del barón de Bidasoa era un claro indicativo de que lo estaría muy pronto. ¿Por qué Diego mostraba tal indiferencia por una mujer tan excepcional como la suya?

—Mis pequeños están ansiosos por verla de nuevo. Les encanta que le cuente cosas sobre su hogar. La historia del monstruo del bosque los dejó sin dormir durante dos noches.

Violet lamentó el impulso de contarles a los dos pequeños la historia, pero los ojos sonrientes de Montenegro aliviaron su desazón.

—Nunca fue mi intención perturbarlos —se disculpó, aunque Montenegro no pudo responderle porque habían llegado al orfanato.

Violet tocó con fuerza la gruesa aldaba, y unos momentos después, la puerta fue abierta por una monja que les sonrió al verlos.

—Bienvenidos. Los niños están ansiosos de verlos de nuevo.

—Siento no poder quedarme en esta ocasión —le dijo él.

Violet se giró y lo miró.

Montenegro sostenía el sombrero entre las manos y lo hacía girar entre sus dedos. Ella acababa de darle los lirios a la monja que los llevó hacia la capilla.

—Confío en verla pronto en Montenegro. Pienso dar una fiesta a la que asistirán empresarios leoneses que están dispuestos a hacer donaciones a nuestros proyectos.

¡Era una noticia maravillosa! Violet pensó que pronto contarían con el suficiente apoyo para que comenzaran las obras del hospital infantil. La escuela ya iba siendo un hecho que la enorgullecía, y cada vez se sentía más ilusionada. Se sentía útil.

Con la influencia del marqués de Montenegro, los fondos necesarios iban a ser cubiertos muy pronto.

—Será un placer —le dijo—, ya sabe que todo esfuerzo es poco para lograr una mejor vida para estos pequeños. —Violet calló un momento—. ¿Asistirá a la reunión en el palacio Gaena? —el marqués asintió—. Entonces nos veremos allí.

—Será un placer acompañarla, si me lo permite. —Violet negó de inmediato.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero iré acompañada de mi primo, Luis Vílchez, y su hermana Isabel.

Montenegro entrecerró sus ojos negros. Creía ver en Vílchez un rival a tener en cuenta.

—Nos veremos allí. Cuídese mientras tanto.

El marqués salió por la puerta, si bien antes de perderse en la calle, la miró por última vez y le hizo una inclinación con la cabeza. Todavía no se había puesto el sombrero. Ella le correspondió con un gesto de la mano, y un instante después, se giró sobre sí misma y subió la empinada escalinata hacia las dependencias infantiles.

Conocía el convento como si fuese la palma de su mano, y las religiosas le permitían andar entre sus muros con libertad. Ya no hacía falta que la acompañaran.

Casa Villares estaba ubicada en una zona tranquila de Córdoba, en la plaza de la Cruz del Rastro. Isabel le había contado varias veces la historia de tan emblemático monumento.

La Hermandad de la Caridad era una orden que había sido fundada en el Monasterio de San Pedro para asistir a los desvalidos y atender a los moribundos. Se decidió

colocar una cruz en la plaza para conmemorar la matanza de judíos y conversos en el año 1473, ocasionada por un suceso acaecido durante una procesión de la Virgen.

Isabel le había contado que la leyenda decía que la sangre de las víctimas había dibujado un estrecho camino en el suelo, creándose un pequeño riachuelo que dejó un significativo y bien marcado rastro que llegó hasta una pequeña llanura al borde del río Guadalquivir, y por eso se colocó en ese lugar la primera de las cruces. La que ella observaba en ese momento había sido colocada poco más de dos décadas atrás.

La casa de sus amigos Isabel y Luis era más pequeña que Bidasoa, pero tenía el mismo aire señorial y acogedor. Cuando iba a tocar la aldaba, el mayordomo abrió la puerta.

Violet le ofreció una sonrisa sincera.

—Doña Isabel la espera —le dijo el enjuto sirviente. Se le había adelantado en pensamiento y en palabras—. Sígame por favor. —Violet le entregó los guantes y el sombrero con velo, también la capa. Cuando el mayordomo lo colocó bien ordenado en el recibidor, le hizo un gesto para que lo siguiera.

El vestíbulo amplio daba a un patio con fuente, ella se había dado cuenta que prácticamente todas las casas tenían jardines abiertos y con el agua como reclamo. Violet ya no concebía una casa sin esos dos elementos que consideraba imprescindibles.

Se fijó en los grandes maceteros con pequeños árboles de hoja perene: naranjos y limoneros que olían deliciosamente bien. Cruzaron el salón de lectura, el de costura y, finalmente, el mayordomo le abrió la puerta de la biblioteca para anunciarla.

—La señora Vílchez. —Isabel se giró hacia la puerta y le ofreció una amplia sonrisa que ella agradeció.

—Tengo una gran sorpresa que anunciarte —le dijo sin poder esperar a que se sentara y aceptara una taza de café.

Violet fue plenamente consciente de la euforia de su prima Isabel.

—¡Ha regresado!, —la miró algo extrañada.

—¿Quién ha regresado? —le preguntó curiosa por su alegría.

—Emilio de la Sierra, conde de Rosales. —Violet ignoraba quién podía ser el hombre que había mencionado Isabel. Esta, al ver la cara confusa de su prima, le aclaró con voz emocionada—: el hombre de mi vida.

La sorpresa le hizo llevarse la mano a la boca para ahogar un pequeño grito. Era una noticia increíble. ¡Isabel estaba enamorada! ¿Cómo no lo había sospechado?

—¿El hombre de tu vida dices?

—Ha llegado del mar, Violet. —Ahora estaba más confusa todavía—. Es capitán de la Santa Sabina. —Ella ignoraba que Isabel estuviese enamorada—. Hace más de seis años que no lo veo. ¡Me siento tan feliz y nerviosa! El mar me lo ha devuelto al fin.

—¡Isabel! —exclamó sumándose al júbilo de ella—. Es una noticia maravillosa.

El rostro de Isabel se puso anormalmente serio y Violet se preguntó cuál sería el motivo para un cambio de humor tan radical.

—Mi madre nunca vio con buenos ojos una relación entre los dos. —Isabel se había quedado pensativa, como si evocase un momento muy triste de su vida, pero en ese momento hicieron su entrada en la biblioteca, Felipe y Enrique, los hermanos gemelos de Isabel, y también su madre.

—Querida Violet —la saludó esta con suma cortesía—. Qué placer verla en Villares.

Violet se levantó para recibir el beso en la mejilla de la madre de Isabel. Ambas mujeres compartían el mismo nombre, aunque eran completamente diferentes en apariencia y en carácter.

—Doña Isabel, me alegro de verla. Felipe, Enrique —los saludó a ambos con una sonrisa genuina.

Los dos muchachos le hicieron un gesto galante con la cabeza antes de tomar asiento al lado de su hermana. Violet se dijo, mirándolos con atención, que iban a ser dos mozos muy guapos cuando alcanzaran la edad adulta, pues apenas contaban la edad de dieciséis años, pero eran exactamente iguales, algo que solía confundir a la gente que los observaba.

—Madre, queremos ir —pidió de pronto Felipe antes de que su madre terminara de llenarle una taza con chocolate caliente.

Doña Isabel miró a sus hijos pequeños con cierta censura en sus ojos oscuros.

—No es el momento de hacer una visita que resulte adecuada.

Los dos jóvenes resoplaron inconformes. En ausencia de Luis, la madre se mostraba férrea e inamovible.

—¿Asistirás a la cena de Gaena? —le preguntó con tono solemne. Violet le hizo un gesto afirmativo—. Me alegra saberlo. Margarita y Águeda se sentirán complacidas, pues desean comentarte algunos detalles sobre la nueva escuela.

—Estaré encantada de escuchar cualquier sugerencia sobre el proyecto —le respondió con un tono de voz humilde.

Para Violet había resultado toda una sorpresa que varias matronas cordobesas apoyasen su iniciativa de construir una nueva escuela.

El resto del día discurrió entre risas, anécdotas y comentarios de los dos gemelos sobre el colegio y las ganas de que acabase.

Violet miraba a su amiga que seguía como sumida en un mundo que solo conocía ella. Estaba deseando poder mantener una conversación sobre la llegada del amor de su vida: Emilio de la Sierra.

Capítulo 17

El palacio de Gaena estaba repleto de nobles cordobeses y ricos comerciantes.

Las risas se oían por doquier y la música de uno de los salones amenizaba la velada. Violet iba acompañada de Luis, que en ese momento mantenía una conversación con un importante hombre de negocios de Sevilla. Ella se mantenía convenientemente apartada para ofrecerles una cierta intimidad. Sus sugerencias a varias matronas para hacer cambios en la dirección de la escuela infantil habían sido tomadas en cuenta. A ella le parecían detalles insignificantes con tal de que el colegio estuviese terminado y los niños pudiesen ser instruidos bajo el amparo de sus muros. Sus ojos siguieron los pasos de Isabel que tenía sus bellos ojos clavados en un apuesto oficial, Emilio de la Sierra, sin duda. Al ser consciente del anhelo que ninguno de los dos podía ocultar, bajó los párpados pensativa, porque los caminos del amor eran demasiados difíciles y tortuosos. Le parecía injusto que dos personas que se amaban con toda el alma tuviesen que estar separadas por prejuicios familiares.

Violet volvió al presente de golpe. Luis le había hecho una pregunta que ella no había escuchado mientras le tendía una copa de champán.

—Disculpa, Luis, estaba distraída —se excusó, si bien Luis no tuvo oportunidad de repetir su pregunta porque en ese momento llegó el marqués de Montenegro.

El ceño de Luis se contrajo al ver que miraba de forma descarada a Violet. Sus intenciones se hacían cada vez más claras y él deseaba que Diego tomase las riendas de la vida de su mujer de una vez por todas.

—Me alegro de verla, señora Vílchez. Luis, Esteban. —Pedro Fernández había saludado a ambos hombres sin apartar los ojos del rostro femenino—. Está realmente hermosa esta noche —Violet le ofreció la mano para que se la besara y el marqués la retuvo entre las suyas más tiempo de lo que permitía el decoro—. ¿Me permite invitarla a bailar? —Violet ya negaba con la cabeza, pero, contra todo pronóstico, Luis la animó a que lo hiciera.

—Acepta Violet, así estarás algo distraída mientras concluyo la conversación con Esteban. —Ella dudó durante un momento tan largo que resultó incómodo—. Montenegro te escoltará de vuelta tras el baile.

De forma renuente, aceptó el brazo que le ofrecía el marqués, aunque no le devolvió la sonrisa. Esa noche se sentía extraña, con un cierto nerviosismo que no acertaba a comprender. El marqués la guio por entre las diversas estancias hasta el salón de baile donde se escuchaba un minué y cuando la danza terminó, los músicos se prepararon

para tocar un vals. Montenegro la situó frente a sí y comenzó a guiarla en los diferentes pasos.

A Violet le gustaba bailar, sin embargo hacía mucho tiempo que no lo hacía: desde que había contraído matrimonio con Diego.

—¿Piensa visitar alguna vez la ciudad de Madrid? —La voz de Montenegro hizo que parpadeara varias veces para volver al presente.

Violet estaba muy distraída esa noche.

—Estuve una vez allí, aunque no me impresionó —le respondió de forma sencilla.

—Es el mejor lugar para perderse —le dijo Montenegro como una confidencia.

—Siempre he creído que para perderse nada es igual a la ciudad de Londres.

—Algunos cuentan que es la ciudad de Nueva York.

Violet le hizo una bajada de párpados aceptando su último comentario.

—No obstante me gustaría visitar Salamanca, dicen que tiene las mejores ganaderías de España.

Montenegro sonrió. Violet era una mujer sorprendente. Adoraba los caballos como él y entendía de muchos temas que él consideraba solo aptos para privilegiadas mentes masculinas.

—Sin lugar a dudas, después de las cordobesas —la corrigió con humor.

Ahora fue ella la que mostró una sonrisa alegre. El marqués era un hombre correcto, y sopesó durante un momento la edad que podría tener. Parecía mayor que Diego, aunque no podía precisarlo. Incluso compartían la misma estatura, pero el marqués era mucho más moreno y conversador. Violet se amonestó, ¿por qué motivo estaba comparándolo con su marido? Se sentía desleal.

—Me gustaría visitarla en breve. —Las cejas de Violet se alzaron con una curiosidad que no trató de disimular—. Hay algo muy importante que me gustaría comentarle.

—Puede hacerlo aquí. —Montenegro negó varias veces, mas no pudo decirle nada porque el vals había finalizado.

Y entonces, los ojos femeninos descubrieron a Diego, que la miraba de forma intensa desde el otro extremo del salón, y para ella se hizo el silencio absoluto.

Dejó de escuchar las risas, las palabras de los invitados. Estaba de pie en medio de la zona de baile, pero era incapaz de moverse en un sentido o en otro. Sus pensamientos eran un cúmulo de instrucciones que no podía seguir. Se habían convertido en sangre

y arena dentro su cabeza, martirio en su corazón. Su pensamiento femenino le gritaba a él que se acercara hasta ella, que no dudara en tomarla entre sus brazos.

Diego seguía mirándola con una intensidad que la devoraba. Le provocaba espasmos en el vientre sumamente lacerantes. Daba pasos cortos recorriendo la sala, sin apartar sus profundos ojos de ella que seguían el mismo recorrido que sus pies. Iba girando sobre sí misma, aunque sin percatarse.

La boca de Diego susurró su nombre, pudo leerlo en los movimientos de los labios masculinos. Sentía que la llamaba, la inundaba de amor y deseo, solamente con mirarla. ¿Qué le ocurría?

Desesperada, se llevó la mano a la boca para contener un gemido que podía ser de profundo dolor o de inmensa dicha. Estaba cambiado, mucho más delgado, y tenía profundas ojeras bajo los ojos amados, aunque para ella seguía siendo el hombre más atractivo del mundo, el único, y la miraba sin el brillo del despecho que había abanderado antaño.

Con los labios levemente curvados en una sonrisa que la desarmó.

Diego no podía apartar la mirada de la única mujer que le importaba. Ahora lo sabía. Cuando la había visto en brazos del que antes fuera su mejor amigo, los celos lo aguijonearon sin compasión alguna. Mordiéndolo, arrancando cada jirón de piel que suspiraba por ella. Estaba preciosa, más delgada, más pálida, y su falta de color en el rostro se veía acentuado porque seguía vistiendo completamente de blanco.

De luto por el hijo de ambos.

Contempló la ansiedad que le mostraron los ojos femeninos, el murmullo de sus labios pronunciando su nombre, y caminó hasta ella con el alma en vilo. Estaba a un paso de caer desvanecido por la ansiedad y la premura que sentía, también por el miedo y la incertidumbre de no saber qué haría ella.

Montenegro era ajeno a las miradas intensas, llenas de una hermosura sin igual, y que compartían dos únicas personas en la sala. Ignoraba que el pulso acelerado, los labios trémulos y los ojos brillantes de Violet se debían a la presencia de Diego en Gaena.

—La llevaré junto a su primo —se ofreció galante tratando de ver qué había llamado poderosamente su atención.

—No será necesario.

Violet se llevó la mano al cuello para contener un quejido al escuchar al fin la voz querida, añorada. Montenegro se giró sobre sí mismo y contempló los ojos de Diego, sin embargo no lo miraban a él, sino a ella. Se preguntó cuándo habría llegado a Córdoba y por qué estaba en el palacio. Las preguntas se sucedían de forma ininterrumpida dentro de su cabeza, pero la presencia masculina sesgó de golpe las

esperanzas que contenía. El esposo volvía para reclamar sin una palabra lo que le pertenecía por derecho propio, y entre caballeros, se reconocían esos gestos y, lo más importante, se respetaban.

—Estás preciosa.

—¡Diego...! —Violet fue incapaz de terminar la frase. Las palabras se habían quedado atascadas en el interior de su garganta.

Montenegro miró a uno y a otro mientras se sucedían las miradas y los silencios.

—Gracias por cuidarla, Pedro, ahora yo me ocuparé de mi esposa.

Montenegro le hizo una inclinación con la cabeza muy elocuente y se retiró de la escena como un buen perdedor.

—Nos vemos entonces. Diego, señora Vílchez. —El marqués se dio media vuelta y caminó derecho a otro salón, mas ninguno de los dos siguió sus pasos o su trayectoria. Estaban absortos el uno en el otro, sin ver ni oír nada más que al otro.

La orquesta había comenzado otro vals, pero ellos estaban ajenos a todo, seguían de pie en medio de la sala. Cuando Diego sujetó la cintura femenina y entrecerró la mano femenina entre la suya para guiarla en los pasos, Violet casi perdió el control. Tropezó con el ruedo de su vestido, y él la sostuvo con fuerza, con afecto, y fue girando y girando con ella hasta que la sacó por las vidrieras abiertas hasta el jardín trasero del palacio. La música fue disminuyendo de volumen hasta casi parecer imperceptible.

Estuvieron mirándose fijamente, durante un momento largo, intenso. Diciéndose con los ojos lo que callaban los labios.

—¿Cuándo has regresado? —La voz femenina había sonado entre susurros.

—Hace unos días.

—Me alegro de verte —le dijo con ojos brillantes.

Diego hizo un gesto negativo con su cabeza y uno de sus rizos cayó sobre su frente. Violet lo recolocó con sus dedos en un gesto tierno, amoroso. Suspiró profundamente por la dicha que le producía verlo.

—Tus suspiros son cuchillos en mi corazón —le dijo él con voz aterciopelada—. No me los ofrezcas, por favor.

—Mis suspiros son palabras de una dicha que no puedo contener —le respondió ella.

—¿Te alegras de que esté aquí? —Violet asintió y negó a la vez.

Diego estaba recuperado, sin embargo ella estaba más rota que nunca. Apretó los labios para contener un sollozo.

—Me alegro muchísimo —le dijo ella con sinceridad.

—Estás tan hermosa que me duele mirarte. —Violet cerró sus ojos para que él no viera el brillo de pesar que los cubría—. No te puedes hacer una idea de lo que me marcó tu abandono.

—Shh... —Violet le colocó un dedo sobre los labios para silenciarlo—. ¿Me has perdonado?

Diego hizo un gesto negativo y afirmativo con la cabeza.

—Si regresas conmigo...

Diego no sabía cómo continuar. Durante meses, se había portado como un cabrón con ella, y ahora que la tenía frente a sí, ignoraba cómo actuar o qué decir.

—Diego... —comenzó ella.

—He comprendido que no deseo estar separado de ti. Que te has convertido en una pieza fundamental de mi existencia. —Violet pensó que al fin se había ganado el cariño de Diego, aunque era demasiado tarde para los dos—. Ahora sé que te amo como tú querías. Me ha costado tiempo entenderlo, pero no voy a permitir que me abandones definitivamente —le dijo como una admonición.

Había deseado tanto escuchar esas palabras. Se habían convertido en la razón de su existencia, en todo su mundo durante años.

—No debo regresar contigo —le confesó con el alma en vilo—. No vuelvas a pedírmelo, por favor.

Los ojos de Diego se redujeron a una línea. El cuerpo de ella le decía que lo amaba. Sus ojos le mostraban que era el único hombre en su vida, no obstante las palabras de sus labios levantaban un muro que no le permitía escalar.

—¿Acaso no puedes perdonarme tú? Me he portado como un cabrón sin escrúpulos, pero me sentía herido en lo más profundo de mi alma. —Calló un momento para templar las palabras—. Estaba despechado y ciego, por ese motivo no podía ver con claridad que realmente me importabas a pesar del enfado que me provocabas. Ha hecho falta una desgracia para que la razón penetrara en mi corazón y la luz en mi mente.

Si Diego seguía mirándola así, toda su determinación terminaría yéndose al traste, sin embargo debía mantenerse fuerte, porque ahora venía el mayor sacrificio de su vida, el que le había prometido al Cristo de la Misericordia. Ahora que percibía que Diego la amaba, Violet comprendía el verdadero significado de la renuncia hecha por amor.

—No tengo nada que perdonarte —le dijo—, has sido y siempre serás el único amor en mi vida. El único hombre que lo ha significado todo para mí, pero no puedo volver contigo.

Diego la abrazó con fuerza.

La encerró entre su pecho y sus brazos como si tratara de fundirla con su piel, y ella se dejó abrazar sumisa, porque lo que más ansiaba en el mundo era sentir los latidos del corazón de Diego junto a los suyos, unidos por primera vez sin resignación, ni desidia.

—¡No te dejaré marchar! —le dijo él con voz emocionada, grave de anhelo—. En Hornachuelos pensé mucho en nosotros, en lo equivocados que estábamos al encarar nuestra vida en común. He aprendido de mis errores, Violet, aunque necesito que me des una oportunidad para demostrártelo. ¡No me dejes de nuevo!

Violet contuvo el aliento mientras lo escuchaba. Diego hacía realidad todos sus sueños más escondidos, y llegaban demasiado tarde.

—No está en tus manos ni en las mías esa decisión —le respondió ella—. Ahora, ya no podemos elegir.

—¿Y me condenarás a caminar por una senda de inmensa amargura? —Violet pensó que él se mostraba injusto con ella. Sentía su voluntad resquebrajada, su decisión tambalearse, aunque tenía que mantenerse fuerte—. Soy un hombre sin alma. He perdido en el camino todo lo bueno que me hacía sentir que era un ser humano, el pequeño Miguel y tú, pero si me has perdonado, ¡regresa a mí!

Violet colocó la palma de sus manos en el pecho masculino, y lo empujó suavemente para separarlo unos centímetros, Diego se lo permitió sin deshacer el abrazo. Vio en el rostro de su esposa verdadera angustia, profunda vacilación y un brillo concluyente que le produjo un sobresalto porque entendía muy bien qué significaba.

—Te amo Diego, con toda mi alma, con todas las fibras de mi ser, pero no debo regresar contigo.

—¿Por qué? —le preguntó impaciente—. ¿Qué poderosa razón te obliga a mantenerte separada de mí? —Diego no comprendía nada.

Violet no le respondió.

Se fue soltando poco a poco de los brazos de Diego hasta que el contacto fue un mero recuerdo. Lo miró como si quisiera grabar sus rasgos y el brillo de sus pupilas. Se dio media vuelta y comenzó a marcharse.

—¡Violet! Por favor... ¡Regresa a mí!

Ella no se volvió. Por ese motivo, Diego no pudo ver que los ojos femeninos estaban ahogados por un llanto desconsolado y negro.

Espeso de amargura e infinito de dolor.

El rostro de Diego era una máscara de inseguridad, aunque fue plenamente consciente de que esa había sido solamente la primera de muchas batallas que iba a librar por ella.

Capítulo 18

Ella no se daba cuenta, pero Diego la seguía desde hacía rato.

Violet llevaba los brazos llenos de lirios y él supo por instinto que se dirigía hacia la plaza Capuchinos. Sentía una fuerte corazonada. Le había sorprendido enormemente que hubiese comprado una casa tan cerca de Bidasoa, aunque creyó ver una intención en ello: la cercanía del Cristo de la Misericordia.

Clavó sus ojos negros en la capa blanca. La gruesa tela ondeaba a cada paso y se arremolinaba en torno a sus pies. Una flor cayó al suelo empedrado, y ella no se detuvo, ignoraba que se le había caído. Cuando llegó a la altura de la flor rendida en el suelo, Diego se inclinó a recogerla, la llevó hasta la nariz para oler su perfume y besó los sedosos pétalos blancos. Guardó el capullo en el bolsillo de su chaqueta de montar y al aspirar el aroma de la flor, un recuerdo le atravesó el cerebro como un rayo. Violet ya no olía de forma exótica, sino a esencia de romero, podía percibir su perfume a medida que la seguía por el empedrado. Era un aroma que le resultaba conocido y, de pronto, sonrió. Por supuesto que le resultaba familiar, era el mismo olor que llevaba él impregnado en la piel y supo por qué motivo esa deferencia le agradó muchísimo y le insufló aliento al corazón.

¡Era su forma de recordarlo a diario!

Un faetón conducido por un hombre que él no conocía, se detuvo al paso de ella y el pasajero le habló. Diego esperó convenientemente retrasado mientras seguía la conversación de ambos. Estaba claro que Violet conocía al sujeto, porque un momento después, le ofreció uno de los lirios con una sonrisa. El desconocido lo aceptó con ojos brillantes. ¿Quién demonios era? ¿Por qué aceptaba un obsequio de una mujer casada? Sintió el impulso de llegar hasta ellos y reclamar a gritos lo que le pertenecía, para borrar cualquier ilusión o esperanza masculina que albergase, si bien no hizo tal cosa, sino que esperó con infinita paciencia a que terminaran de conversar, que el conductor retomara de nuevo las riendas del carruaje y continuara su camino, cosa que sucedió unos momentos después.

Violet siguió el camino pero con dos flores menos en su regazo, aunque con la misma determinación en sus ojos. De tanto en tanto, saludaba con la mano a algún caminante que le correspondía con una inclinación de cabeza.

Una mujer con dos niños de la mano se paró cuando se cruzó con ella. Ambas mujeres intercambiaron sonrisas. Violet comenzó una conversación animada mientras acariciaba con una de sus manos el pelo alborotado del niño. Varios lirios cayeron al suelo al aflojar la sujeción sobre ellos, la niña los recogió y se los tendió de nuevo.

Ella se inclinó hacia el cuerpo pequeño y le dio un beso en la mejilla que la niña agradeció con una sonrisa cándida. Nuevamente retomó su camino hasta enfilar el principio de la plaza. La imagen del Cristo de la Misericordia estaba justo en medio.

Diego se percató de que había muchos jarrones con flores que no habían permitido que se marchitaran. Era la primera vez que veía al Cristo rodeado de flores y se preguntó cuál sería la causa o el motivo.

Violet dejó los lirios en la base y tomó uno de los jarrones para dirigirse hacia una de las casas, tocó la aldaba y la puerta se abrió. Durante unos momentos, Diego la perdió de vista, pero poco después, la gruesa puerta se abrió de nuevo y Violet salió por ella con el jarrón lleno de agua. Caminó directamente hacia los pies de la imagen, colocó las flores en el jarrón, y este en la base de piedra. Unió las manos y cerró los ojos para comenzar una de las muchas oraciones que ofreció durante la siguiente hora.

Diego esperó resguardado en uno de los soportales de una de las casas que tenía el portón abierto.

Contempló agitarse los hombros femeninos por el llanto y lo sorprendió gratamente que Violet fuese tan devota. Decidió caminar hasta encontrarse con ella, aunque lo pensó mejor. Esperaría a que terminara la plegaria. Quizás él no fuera tan devoto, pero sí respetaba los silencios compartidos con la imagen y las lágrimas que se ofrecían desde el corazón.

Violet pidió por su pequeño Miguel, para que en el cielo fuese inmensamente feliz. Rogó para que su corazón tolerase su ausencia hasta que se encontrara de nuevo con él. Suplicó por Diego, para que pudiese rehacer su vida pronto y fuese completamente feliz. Pidió por Isabel, para que su amor saliera adelante. Por su familia y por los amigos que sufrían. Cuando terminó la última oración, se persignó y besó el suelo de la base donde estaba alzado el Cristo. Se levantó de su posición arrodillada, levantó su rostro a la imagen y, tras una última mirada, giró sobre sí misma y entonces se dio de bruce con Diego que la sujetó por los hombros con delicadeza.

Lo miró completamente atónita.

—¡Diego! ¡Qué sorpresa!

Él percibió el nerviosismo femenino y el sobresalto que le produjo perderse en el brillo de sus ojos oscuros. Los hombros temblaban bajo sus manos y sintió la imperiosa necesidad de abrazarla, reconfortarla. Su instinto le decía que lo necesitaba y no resistió el impulso. Con un gesto rápido la atrajo hacia sí y la encerró dentro de sus brazos para mecerla con infinita suavidad, como si acunara a un bebé indefenso.

Violet se dejó consolar sin emitir una protesta. En ese momento mágico, a los pies del Cristo de la Misericordia, compartían un momento especial y único. Una comunión de sentimientos, de afectos y recuerdos, que resultó un bálsamo caliente en su alma torturada.

Alguna persona que se cruzó con ellos en la plaza sonrió al ver la tierna y emotiva escena.

—Gracias —le dijo de pronto ella.

Violet ignoraba cómo Diego había intuido lo que necesitaba en ese preciso momento. Un abrazo amigo. Un aliento amado. Una mirada cálida.

—Te vi cuando salía a cabalgar y decidí seguirte, sentía curiosidad por saber hacia dónde te dirigías —le confesó sin dejar de mirarla—. Dejé la montura atada a la verja de Bidasoa y caminé tras de ti. Confío que siga allí cuando regrese.

—Vengo algunas mañanas al convento y aprovecho para rezarle al Cristo.

—¿Me permites que te acompañe de regreso? —Violet le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Vivo muy cerca —le informó.

—Lo sé.

Las miradas de ambos se cruzaron y se mantuvieron fijas en el otro. Se podían decir tantas cosas con ella sin pronunciar palabra...

—¿Cómo estás? —le preguntó realmente interesado, pero ella no le respondió.

Violet inspiró profundamente antes de comenzar a caminar a su lado.

Diego le pasó el brazo por los hombros para sujetarla con firmeza, y asió la mano izquierda femenina para encerrarla en la suya, mucho más grande y fuerte. Ella apoyó la cabeza en el hombro firme de su marido con gran serenidad en sus ojos verdes. El silencio los acompañó durante el camino de regreso.

La vivienda era pequeña y de dos plantas, con un bonito jardín delantero con árboles frutales, rosales e hibiscos. La mano de Violet asió la cancela y se detuvo con una gran duda. Diego supo lo que pasaba por su mente: despedirlo en la calle. Así que se adelantó a su decisión.

—¿No piensas invitarme a entrar? —Ella vaciló seriamente en hacerlo. Estar acompañada de Diego suponía una inmensa alegría, también una profunda desesperación que la volvía loca, y no sabía cómo enfrentarse a ello—. Por favor,

Violet, me gustaría acompañarte un poco más, prometo no decir ni hacer nada que pueda incomodarte.

—Nunca me incomodarías —le respondió con ojos brillantes.

Abrió la verja de hierro y lo invitó a entrar.

Diego la seguía muy cerca. Únicamente dos escalones separaban la puerta de entrada a la casa con el jardín exterior. A él le extrañó que ella misma abriera la puerta con la llave, y se preguntó si acaso no tenía mayordomo o asistenta para tal menester. Cuando cruzó al interior, la estancia le pareció vacía, desnuda en su esencia. El vestíbulo tenía un único mueble que hacía de aparador, pero que no había sido creado con ese fin. Se fijó en el patio al final del corredor y en la estrecha escalera que subía a la zona de las alcobas. Violet lo guio hacia el salón principal que era la primera puerta del vestíbulo. Las amplias ventanas daban al jardín delantero y la sala estaba comunicada con el estudio por una doble puerta corredera. A Diego le recordó la distribución de las casas inglesas a las que se accedía de una estancia a otra por amplias puertas correderas que podían cerrarse o abrirse a voluntad, y así comunicaban los espacios.

Miró el hogar apagado. Las cenizas habían perdido fuerza durante la noche.

Violet se quitó los guantes y la capa para dejarlos sobre un sillón situado en un secreter de nogal. Se volvió hacia él y extendió sus manos para que le diera la capa y el sombrero, Diego lo hizo con ademanes suaves.

—¿No tienes mayordomo? —le preguntó.

Violet negó, aunque sin dejar de mostrarle una sonrisa apacible.

—Espero a Ana, que llegará muy pronto con su sobrina.

—¿Estás sola? —Diego había pronunciado la pregunta con incredulidad.

—Hay un ama de llaves, Carmen, y una doncella. Madre e hija trabajan en la casa, pero ambas han tenido que salir esta mañana a resolver una pequeña cuestión legal, estarán de regreso por la tarde.

Diego observó que colocaba sus prendas junto a las de ella. Giró sobre sí mismo para contemplar toda la estancia con atención y, entonces, sus ojos se clavaron en un caballete de madera cubierto con un lienzo blanco.

—¿Pintas? —le preguntó algo azorado.

Violet supo que se sentía abochornado por desconocer esa faceta de ella. ¡Había tantas que ignoraba...!

—Hace más de tres años que no lo hago, sin embargo he comenzado a hacerlo recientemente —le confesó sin un asomo de orgullo—. Mi hermano solía decir que no lo hacía del todo mal. Algunas de mis pinturas cuelgan del vestíbulo de nuestro hogar.

Los ojos de Diego se entrecerraron al recordar a su cuñado. Ella había dejado entrever una añoranza que lo preocupó.

—¿Y qué has comenzado a pintar? ¿Me permites verlo?

Violet le hizo un gesto afirmativo. Diego alzó el lienzo blanco y sufrió una inquietud repentina. Tenía frente a sus ojos el rostro inacabado de su hijo Miguel. Un cúmulo de sensaciones convergieron en su interior dejándolo indefenso, desarmado. Sentía un nudo en la garganta que aumentaba hasta impedirle respirar con normalidad y el estómago se le tensó de una forma sumamente aflictiva.

—Quiero pintarte —le dijo de pronto Violet, pero él no podía apartar los ojos del dibujo inacabado. Los rizos negros de Miguel brillaban perfectos, la ropa estaba bien definida, aunque faltaba el contorno de los ojos y los labios—. Si posas para mí podré acabar el cuadro.

Diego la miró de forma solemne.

—¿Pintarme? —le preguntó sin poder ocultar la emoción en la voz.

Violet le ofreció una sonrisa trémula.

—Me hubiese gustado encargarme el cuadro a un auténtico pintor, pero solamente yo conozco el rostro perfecto de mi pequeño, su sonrisa contagiosa, su mirada dulce. Ningún pintor podría pintar su retrato solamente con mis descripciones.

Diego entendía demasiado bien lo que trataba de explicarle. No había ninguna imagen del hijo de ambos, salvo en sus corazones.

—Contigo podré terminarlo —lo animó—. No te quitaré mucho tiempo.

Diego no tenía que pensarlo. Por supuesto que le gustaría que lo usara como referencia para acabar el hermoso cuadro.

—Dejaré que me utilices como modelo si una vez terminado, el cuadro cuelga en el salón de Bidasoa.

Violet le hizo un gesto negativo bastante elocuente.

—El cuadro de Miguel siempre estará donde esté yo.

Diego sintió una sacudida tras ese comentario porque ella debía de estar allí donde estaba él. Protegida por sus brazos, acompañada por su mirada.

—¿Pintarás otro para mí? —le preguntó con un hilo de voz.

Violet inspiró fuertemente y se tomó su tiempo para responderle. Cuando lo hizo, fue de forma dubitativa porque no deseaba adquirir un compromiso de tal magnitud.

—Es posible —le contestó al fin.

—¿Qué debo hacer? —inquirió Diego con cierta vacilación.

La sonrisa de Violet se le clavó en el alma como un dardo afilado.

—Simplemente mirarme.

Diego pensó que eso le resultaría muy fácil, porque nada le agradaba más que perderse en las aguas cristalinas de los ojos de su esposa. Podría pasarse la vida contemplándola.

Violet buscó una silla cómoda y la situó muy cerca del caballete. Diego tomó asiento donde le había indicado y se mantuvo quieto durante un buen rato. Ella se colocó una especie de bata sobre el vestido blanco. Tomó la paleta, aplicó oleos de diversos colores y se quedó un rato mirándolo tan fijamente que Diego notó que se le erizaba el vello de la nuca. No era una mirada de amor, ni de desdén, deseo o anhelo, era la mirada de una persona que mira con ojo crítico cada línea, cada rasgo para memorizarlo y plasmarlo después en un lienzo.

Él intuía que Violet iba a realizar un trabajo extraordinario.

El resto de la mañana voló rápidamente, pero Diego nunca se había sentido tan relajado, salvo el día que contempló el rostro de su pequeño Miguel y supo que haría todo para protegerlo, aunque había fracasado estrepitosamente.

Capítulo 19

—¡No te muevas! —le recriminó Violet con voz ausente de autoridad.

Miró a Diego con insistencia, él seguía sentado forma regia en la silla, pero los últimos movimientos, la habían descentrado.

—Esto es una tortura —se quejó Diego con voz impaciente.

Llevaba varias horas en la misma postura y estaba a punto de perder la calma. Posar era un suplicio que no le deseaba ni al peor de sus enemigos.

—Ya falta poco —le dijo ella, aunque finalmente dejó el pincel y la paleta encima de la mesa auxiliar. Se limpió las manos con un trozo de tela y se quitó la bata.

Diego aprovechó el descanso para levantarse y estirar los músculos de las piernas y de los brazos. Violet no le quitaba la vista de encima.

—¿Puedo verlo? —Ella le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Cuando Diego llegó hasta donde estaba situado el lienzo, miró las nuevas pinceladas que había dado. La boca al fin había sido completada. Se colocó detrás de ella y le puso la palma de las manos sobre los hombros. Desde esa distancia, se podía apreciar cada detalle y trazo perfecto.

—La boca es igual —le dijo él con cierto orgullo.

Violet miró las últimas pinceladas y sonrió. Salvo por los ojos, el cuadro estaba prácticamente terminado.

Se giró hacia Diego con rapidez, pero no esperaba que estuviese tan cerca de ella a pesar del contacto que mantenía con sus hombros. Pudo oler su aroma. Contempló el firme mentón que ya comenzaba a oscurecer por la barba que crecía.

—Miguel se parecía mucho a ti, por eso me resulta fácil pintarlo.

Por primera vez en meses, el nombre de su pequeño no le provocaba un vuelco en el corazón de angustia. Violet se preguntó, si quizás era debido al sentimiento de protección que lograba transmitirle su esposo simplemente con su presencia.

Diego miró las rubias pestañas y el iris verde que guardaban con celo. Los ojos de Violet le recordaron a las tempranas hojas de un naranjo antes de engalanarse de azahar. Eran bellos, cautivadores y lo miraban fijamente.

—Voy a besarte —le dijo de pronto con voz ronca.

Violet no replicó. Alzó el rostro y lo llevó al encuentro de la boca de él. Abrió los labios con premura para recibir el beso prometido.

El contacto fue tan intenso como breve, y ella no pudo evitar lanzar un suspiro que abrazó Diego como una invitación. Tomó de nuevo la boca femenina, aunque en esta ocasión fue un beso feroz, exigente. Un beso que hablaba de deseo contenido, promesas incumplidas. Diego le mordisqueó el labio inferior antes de apartarse unos centímetros del cuerpo que temblaba bajo sus manos, pero en esta ocasión fue Violet quien lo besó de nuevo con ansia.

Con profunda desesperación.

Él gimió al sentir los suaves labios que le pedían mucho más. Se moría por recibir una de las caricias que le había brindado en el pasado y, para sorpresa suya, obtuvo lo que ansiaba. La mano de Violet acarició su mentón, el lateral de su barbilla, para descender la mano por su cuello donde la dejó reposar, justo en el punto donde el pulso se hacía más notorio.

Él subió las suyas desde los hombros hasta sujetar la cabeza rubia entre sus manos para profundizar el beso. En esa posición era imposible que ella se liberase. Entonces Diego tornó el beso mucho más posesivo, fiero, apenas le permitía un respiro entre sitiar su lengua y mordisquearle de forma leve los labios.

Violet sabía que toda mujer deseaba ser besada así, de forma tan apasionada. Diego no pedía, tomaba con una fuerza subyugadora. Podía sentir el calor de sus dedos sobre sus sienes y orejas, los movía provocándole unas cosquillas que comenzaban en el pecho y bajaban hasta el vientre a la velocidad del rayo. Era el beso que había ansiado toda su vida, y no pensaba pararlo. Apretó su cuerpo contra el torso masculino con avidez, y bajó sus manos del cuello, al fuerte pecho, para dejarlas reposando allí.

Una de las manos de Diego había bajado hasta la estrecha cintura, para ceñirla con fuerza y pegarla a sus caderas y, mientras, la otra mano asía la base del cuello que resultó más una caricia que una sujeción.

Violet no pudo evitar soltar un gemido que se tragó Diego con avidez.

De pronto, Violet sintió que caía hacia atrás, sin embargo su espalda aterrizó sobre los mullidos cojines del sofá. Él no había despegado su boca de sus labios. Continuaba besándola, haciéndola olvidar todo. Percibió la brisa fresca cuando él subió el vuelo de su falda y buscó con urgencia la ropa interior para apartarla. Quiso detenerlo, pero resultaba tan placentero tenerlo tan cerca que no pudo. Sintió que le bajaba las finas bragas de encaje y que manipulaba los botones de su pantalón. Era su sueño más escondido, que Diego le hiciera el amor solamente porque la deseara, sin nada que se interpusiera entre los dos salvo el anhelo y la pasión.

De una sola embestida quedó enterrado en ella y la llenó por completo.

La presión en su vientre era una dulce agonía. Ella no podía pronunciar palabra porque seguía teniendo la boca capturada de una forma que le robaba el aliento, la capacidad de pensar. Diego paró el beso para mirarla a los ojos como minutos antes, con una intensidad insaciable.

—Te amo —y comenzó a moverse con mucha suavidad, como si temiese hacerle daño, y sin apartar los ojos oscuros de los de ella.

Los labios de Violet se abrieron como una flor que va a recibir el rocío de la mañana. Sentía las lentas embestidas en sus entrañas y cerró los párpados ante el placer que Diego le provocaba. Apenas podía respirar, el corazón amenazaba con estallarle. Su espalda se arqueó sobre los cojines mientras las oleadas de placer se sucedían y la bañaban como si fuesen olas que besan la arena de una playa. Diego aceleró el ritmo. Su respiración era agitada, caliente. Volvió a besarla profundamente, y ella pudo percibir los latidos frenéticos del corazón masculino. Entre beso y beso, le murmuró con un tono feroz:

—Dame un hijo, Violet, dame otro niño tan precioso como Miguel —susurró junto a su oído antes de derramarse en su interior satinado.

El mundo se había detenido para ella, como las embestidas de Diego que recuperaba la respiración y el aliento, todavía en su interior. Violet supo que había cometido la mayor locura, la única que le estaba vetada por la promesa que había ofrecido. Si quedaba encinta, ¿cómo podría mantenerla? Apretó los dientes para contener un gemido, pero en esta ocasión, el suspiro entrecortado no era provocado por el placer, sino por los remordimientos.

Diego notó la rigidez del cuerpo femenino bajo el suyo, y supo que Violet se arrepentía de lo que habían compartido. Se levantó con sumo cuidado y le bajó las faldas voluminosas para cubrir la desnudez de sus piernas. Vio los hermosos ojos que se anegaban en lágrimas que trataba de contener.

—No quería herirte, y hacerte mía; no fue premeditado —le dijo con un hilo de voz, sin embargo ella apartaba la vista de su rostro como si no tolerase mirarlo—. Lo juro.

—No puede volver a repetirse —le respondió al fin, completamente abatida.

Diego contuvo el aliento.

—No debo volver a quedar encinta.

Diego sintió el golpe de sus palabras como un tajo en los intestinos.

—¡Prométemelo! O no volverás a verme.

Diego cerró los ojos porque el dolor conocido volvía con una intensidad demoledora. Sentía su peso sobre la espalda, aplastándolo hasta el punto de impedirle respirar.

¡Se ahogaba!

—¡No! —Exclamó después de unos instantes largos, interminables.

Violet cerró los ojos.

—Quédate o márchate, lo dejo a tu elección, pero no te prometeré algo que no tengo intención de cumplir.

Violet inspiró profundamente.

—Ni permitiré que mutes el anhelo que siento de tener otro hijo contigo.

Violet estalló al fin en sollozos.

—Sé que me sigues amando —le dijo Diego—. ¡Juro que no entiendo este empeño que enarbolas en alejarte de mí! Intento comprender qué hice para que tomaras la decisión de excluirme por completo de tu vida.

Ella volvió a sollozar mucho más fuerte. ¡Claro que no comprendía! Pero su promesa dejaría de tener valor si le revelaba el motivo que la empujaba a mantenerse alejada de él. Además, no podía permitir que tratara de convencerla de lo contrario, porque, con él, no tenía voluntad.

—Ten compasión, Diego. Acepta mi decisión —le dijo con el aliento vencido—, o me matarás.

Diego apretó los labios ofendido.

Le resultaba inconcebible. Lo amaba, se entregaba a él, y por el contrario lo quería fuera de su vida. ¿Acaso tenía sentido? Él ignoraba cuándo se había producido el milagro de amarla, pero ahora que era plenamente consciente, ella se mantenía en la distancia. Ambos en caminos distintos.

—¿Hay otro? —le preguntó con el alma en vilo. Con ojos como puñales—. Dime que amas a otro, y te juro, por la memoria de nuestro hijo, que te dejaré en paz.

Violet estuvo a punto ofrecerle una mentira, si bien se contuvo. Diego no se merecía algo así de mezquino por su parte, ni ella quería sumar a su cabeza la falta de la mentira además del pecado de la codicia.

Había aprendido la lección.

—No tiene que existir una tercera persona para que no deba estar contigo.

—¿Y lo que hemos compartido hace un momento? —le preguntó él completamente perdido—. ¿No ha significado nada para ti?

Violet dejó de llorar al fin. Lo taladró con mirada fiera, aunque unos segundos después dulcificó su rostro.

—Eres una clase especial de hombre que toda mujer desea y anhela tener a su lado, compartiendo el futuro, la vida. —Diego apretó los puños a sus costados. La conversación tomaba un derrotero extraño—. Miras de una forma tan intensa, tan desnuda y atrayente que puedes provocarle el clímax a una mujer simplemente con la mirada. —Diego entrecerró sus ojos y la miró con un filo que cortaba—. ¿Lo ves? —continuó hablando con voz firme como para demostrárselo—, ahora mismo siento sensibilidad en los pechos, ansiedad en el vientre y ¿sabes por qué? Porque no miras, ¡devoras! Y tu olor, Diego, tu aroma masculino es el mayor reclamo para una mujer ansiosa de lujuria porque es adorablemente salvaje. Cuando estás enojado recuerda el olor de la sangre, al sudor de la victoria, y cuando estás feliz, al heno fresco, al romero en flor...

Diego comenzaba a enfadarse de veras. ¿Estaba hablando de mero deseo sexual?

—Soy un hombre normal y corriente que ama a una mujer, su mujer —recalcó la palabra con mirada encendida—, aunque me haya llevado tiempo descubrirlo —se justificó.

Violet pensó que esas palabras sonaban tan absurdas como decir que el agua y el fuego eran el mismo elemento. Él no era normal en absoluto y decidió demostrárselo.

—Tu cabello... —Diego tensó la espalda sin percatarse porque ella continuaba atacando de una forma feroz su aspecto físico a su conveniencia—. Es espeso, rebelde, e increíblemente suave, tanto que una mujer podría pasarse toda una vida acariciando los hermosos mechones entre sus dedos. —Violet calló un instante para tomar aliento—. Y el honor, Diego, tu honor inquebrantable vale para una mujer más que cien reinos. Más que mil coronas de ducados, mucho más...

—¡Basta! —la interrumpió con brusquedad—. Si piensas así, ¿por qué maldita razón me mantienes alejado? ¡Te contradices! —le replicó, molesto.

Violet suspiró varias veces.

—Que te ame no significa que deba vivir contigo. —Diego se percató de que ella omitía el verbo desear y lo sustituía por el de obligación—. Estaré siempre a tu lado, aunque no como tu mujer, sino como tu amiga.

Las palabras le chirriaron a Diego en los oídos.

—¿Por qué me castigas?

Violet entrecerró los párpados durante unos instantes porque su actitud parecía un castigo, y no un tormento elegido voluntariamente.

—No te castigo, Diego, pero tengo que cumplir mi palabra.

Cada vez la comprendía menos.

—¿A quién le has entregado tu palabra? —ella le ofreció un silencio que él se tomó como un insulto.

De la mirada de amantes que habían compartido unos momentos antes, pasaron a compartir una mirada confusa y dolida por el desacuerdo.

Diego optó por marcharse y, dolido como estaba, lo hizo sin mirar atrás un solo instante.

Capítulo 20

Violet se sentía de nuevo perdida.

Se encontraba a menudo con Diego sin importar la hora o el momento, bien cuando iba al mercado, bien cuando iba a la iglesia y posteriormente al orfanato. Sentía la muralla de sus defensas casi derribada y su voluntad expuesta, pero no podía continuar así. Ella había elegido vivir en la que ahora era su casa, por su proximidad con el Cristo de la Misericordia. Ahora estaba convencida de que no había sido una buena decisión, y pensaba seriamente en dejar la casa y venderla para poner la suficiente distancia entre ambos.

Le hacía daño la cercanía porque hacía tambalear su decisión de liberarlo del yugo del matrimonio para que pudiese rehacer su vida plenamente. Los sentimientos los tenía a flor de piel, y vivía en una constante incertidumbre. Si Diego no la amase, todo sería mucho más fácil, y ahora que había descubierto su afecto, sentía que actuaba mal. ¿Podría el Cristo perdonarla si claudicaba? Debía de estar loca por pensar así.

¡Una promesa debía cumplirse aunque la vida se le fuera en ello!

Escuchaba la música suave del piano. Las notas alegres llegaban hasta ella, que se mantenía apartada de todos en la terraza que comunicaba con el salón. La velada en casa Villares no estaba resultando tan entretenida como había imaginado, aunque agradecía enormemente que Isabel no hubiera informado a Diego de su asistencia esa noche. Sostenía una copa de sangría que había calentado su mano, estaba intacta, y ella, perdida en sus pensamientos como estaba, no se percató de ello.

—Te buscaba. —La voz de Isabel la devolvió de forma brusca al presente. Bajó sus ojos hasta la copa de líquido rojo que sostenía y bebió un trago largo, aunque no pudo evitar un gesto de desagrado—. ¿Por qué te escondes aquí? —le preguntó con interés.

—No me escondo, simplemente pienso en lo injusta que me muestro con vosotros, y me siento totalmente avergonzada.

—¿Por qué dices algo así?

Estuvo a punto de no responder a la pregunta, pero Isabel era su amiga.

—Porque Diego debería estar disfrutando de este momento familiar, y mi actitud lo separa de todos vosotros. Me siento francamente mal.

Isabel meditó en la respuesta.

—Te dije que te amaba —le recordó sin pedantería—, y no puedo comprender tu forma de comportarte cuando mi primo es correspondido en sentimientos.

Violet inspiró y dejó la copa en la bandeja de plata que había encima de una mesa de mármol. Habían quitado el jarrón de flores que normalmente la adornaba previendo que los invitados saldrían a la terraza a tomar el aire fresco.

—Yo me planteo esa misma cuestión cada minuto del día.

—¿Y entonces?

—Con la pérdida de Miguel comprendí lo injusta que había sido con tu primo. Tenía que haberme negado al matrimonio, no permitir que su honor se convirtiera en una gruesa cadena que apresaría su elección y su futuro, pero fui tan miserablemente ambiciosa que me perdí en mi propia codicia. —Violet calló un momento—. Tu primo estaba ebrio la noche que me introduje en su lecho para seducirlo. Él no era consciente de sus actos, y por eso mi pecado es demasiado grande, porque lo obligué moralmente a contraer matrimonio para preservar mi honor.

—Estabas encinta —le recordó Isabel.

Violet negó con la cabeza varias veces.

—Diego ofreció la promesa de matrimonio la misma noche que lo sedujo, y yo la acepté porque estaba convencida que le haría olvidar al amor de su vida. Qué ilusa, ¿verdad?

—¡Pero lo lograste! ¡Mi primo te ama! —exclamó Isabel con vehemencia.

—¿A qué precio Isabel? —Violet se quedó pensativa durante un momento largo, perdida en los recuerdos—. He decidido poner en venta la casa. Me marchó.

—¿Y adónde irás?

—Regreso a mi tierra, al norte, de donde nunca debí salir.

—¿Estás segura? —Violet hizo un gesto negativo con su cabeza. Un instante después, otro afirmativo.

Mostraba en sus palabras la misma indecisión que agitaba su vida, porque sentía que debía de hacer una cosa, y su corazón gemía y la urgía para que hiciera otra. El constante conflicto la dejaba sin fuerzas, absolutamente agotada.

—Nuestro Cristo de la Misericordia te perdonará la promesa ofrecida si no la cumples por amor —trató de convencerla Isabel—. Es la razón más poderosa de todas: el amor.

Violet no le permitió continuar en su apología.

—Es mi penitencia, prima. Mostrar mi arrepentimiento sincero por haber cometido una transgresión mísera de avaricia, y mi promesa solemne de no cometerla otra vez. Tú como cordobesa deberías entender mi postura.

Isabel lo entendía, sin embargo dudaba seriamente que el Cristo aceptara ese sacrificio, máxime cuando el pequeño Miguel había muerto de todas formas.

—¿Y qué necesitarías para convencerte de que nuestro Señor no desea tu martirio? ¿Un milagro? ¿Crees que le agrada ver como haces infeliz a Diego? ¿Cómo te mortificas a ti misma por ese amor que no puedes evitar?

—Eres injusta. —Isabel iba a continuar con su proclama, pero Violet alzó su mano derecha y la detuvo—. Háblame de tu amor, dime si piensas que existe alguna posibilidad de que no te haya olvidado y de una reconciliación futura.

Durante la siguiente hora estuvieron hablando sobre sentimientos escondidos, perdidos durante el camino tortuoso del amor, mas sirvió para que la mente de Violet se despejara, para que se olvidase por un tiempo de la amargura que sentía, de lo vacío que estaba su corazón.

Diego la esperaba en el salón. En el rincón más apartado de todos. Sentado en una ancha silla y con una pierna cruzada sobre la otra. La familia no se había sorprendido de su repentina llegada a Villares, todo lo contrario, se alegraron de verlo y se apresuraron a informarle de la presencia de Violet en la casa. Aunque no pudieron precisar dónde se encontraba en ese momento, él lo intuía: lo más lejos posible de todos.

Luchó contra la tentación de mandarlo todo al diablo, pero había tomado la decisión de vencer de una vez, todos y cada uno de los muros que ella alzaba para separarlos. Pensaba obligarla a que reconociera que las barreras solo existían dentro de su cabeza, y no en la razón, aunque su corazón se encogió durante un instante, posiblemente causado por la música del piano, ¿por qué tenía su prima Blanca que tocar una melodía tan triste? ¿La abatiría el desánimo como a él?

De pronto, sus ojos volaron hacia las cristaleras que daban acceso a la terraza. Violet e Isabel hacían, en ese momento, su entrada sigilosa a la estancia. Desde el rincón donde estaba sentado, pasaba completamente desapercibido, y se alegró, porque así tenía la oportunidad de contemplarla a placer sin que ella se percatara de que estaba siendo observada. Cuando el repertorio de Blanca llegaba justo a la mitad, Violet se levantó disculpándose con Isabel, que le hizo un gesto con la cabeza. La siguió con los ojos, y cuando la perdió de vista en el vestíbulo, decidió seguirla, estar sentado en la última fila le condecía el privilegio de que ninguno se percatara que emprendía el mismo camino de ella.

Y siguió sus pasos en silencio hasta la habitación donde estaban depositados los abrigos, capas y guantes del resto de invitados. Aunque la velada se había preparado para un número determinado de asistentes, habían llegado demasiados amigos y familiares. La alcoba estaba llena de ropas de abrigo.

La vio buscar la capa y el sombrero entre la multitud de prendas oscuras, aunque resultó fácil localizar la capa blanca y los guantes, antes de que se la colocara sobre los hombros, ya estaba detrás de ella, respirando en su nuca. Violet se dio la vuelta y se tapó la boca para contener un grito. Finalmente, había logrado asustarla, aunque esa no había sido su intención.

Le puso las manos en los hombros y le mostró una sonrisa.

—No pretendía asustarte.

—Ignoraba que estabas en la casa.

—En un principio decidí que no asistiría, pero tenía que verte y por ese motivo estoy aquí.

—¡Diego...! —exclamó ella, él silenció la boca femenina con un dedo.

—No —comenzó—, hoy vas a escuchar mis razones.

—No sabes...

—Shhh —le dijo él. Finalmente Violet le ofreció el silencio que le pedía. Diego la sujetó por los codos y la acercó hasta él, aunque ella se resistió—. Solo te llevo hacia el diván para que estés más cómoda.

Violet apretó los labios con cierto enojo.

—No quiero estar cerca de ti con un diván como compañero. —Diego aceptó su renuencia con una sonrisa. La última vez que habían estado cerca de un sofá le había hecho el amor como un loco y habían terminado enfadados—. ¿Por qué has cerrado la puerta? —le preguntó con inmensa cautela.

—Porque tengo que decirte algo importante y no deseo ser interrumpido por un invitado inoportuno.

Las rubias pestañas aletearon por la sorpresa, si bien aceptó sentarse junto a él.

Violet temblaba como una hoja. Siempre le ocurría cuando estaba cerca del cuerpo masculino. Se convertía en cera caliente que podría moldear él a voluntad.

—Me moriré de vergüenza si algún invitado viene a buscar su capa y nos ve aquí dentro —protestó firmemente.

—Los invitados le pedirán al mayordomo sus prendas, y el mayordomo tiene órdenes explícitas de no interrumpirnos. —Violet lo miró con censura.

—¿Y los mantendrá esperando mientras charlamos? —La pregunta había sonado sarcástica.

—Regresa conmigo, Violet, vuelve a casa.

Violet inspiró profundamente, porque, al hacerle esa petición, la obligaba a ofrecerle una nueva negativa.

—¿Por qué buscas que te haga daño otra vez? Si me mantengo lejos de ti es por tu bien, porque deseo que seas feliz.

Diego lo intentaba, pero sus explicaciones escapaban a su entendimiento. A la razón más elemental y básica.

—Mi felicidad depende de ti, de tu regreso. Te necesito, aunque hasta hace poco no lo supiera. No me castigues por mi ignorancia.

Violet estaba cansada de luchar, agotada de mantener bien separadas la locura y la cordura que la zarandeaban a diario, en una batalla donde unas veces ganaba la circunspección, y otras, la vesania.

Clavó sus ojos en Diego. En esta ocasión no sintió ternura ni paciencia, y sí una inmensa ira. Si él no atendía a sus ruegos, atendería a su furia. Soltó sus manos de las de él y se levantó con brusquedad.

Diego la imitó.

—No voy a regresar contigo, ¡acéptalo de una vez! —El tono femenino había sonado demasiado áspero—. Rehaz tu vida como mejor creas, y olvídate de mí.

Diego había pensado en un montón de razones para convencerla, pero lo sorprendió su tajante negativa, aliñada con una cólera resabiada.

—No pienso concederte el divorcio —le espetó de pronto. Las pupilas de Violet brillaron, dolidas—. Ni ahora, ni nunca, —continuó él con voz excesivamente seria.

Algo muy diferente a la prudencia se apoderó de ella sin poder sujetarlo a tiempo, y la incitó a actuar como nunca hubiera sospechado. La bofetada sonó en el silencio de la estancia como un disparo. Diego se llevó la mano a la mejilla, aunque no hizo nada salvo mirarla de una forma tan ardiente que Violet sintió una sensación abrasadora en las entrañas.

—No te casarás con Montenegro —aseveró él. Violet quiso golpearlo de nuevo, pero Diego le sujetó la mano antes de que alcanzase su mejilla—. Ni con ningún otro, mientras yo viva.

Ahora lo empujó con sus manos.

Diego dio un paso hacia atrás, y recuperó la postura firme cerca de ella. Le sujetó ambas manos a la espalda impidiéndole que volviera a golpearlo.

—¡Suéltame! —siseó entre dientes completamente ofendida.

Sugerir que estaba interesada en Montenegro la había llenado de cólera. ¿Por qué los hombres veían siempre en las acciones femeninas interés o conveniencia?

—Antes tendrás que escucharme —le dijo con semblante impasible. Ella resopló con enojo—. Yo he escuchado todas y cada una de tus negativas irracionales, ahora es tu turno de oír razones válidas y maduras.

Violet se agitó tratando de soltarse, sin embargo Diego la mantenía bien sujeta. La aprisionaba con una sola mano, con la otra le asía el mentón para impedir que moviera la cabeza.

—Solo contigo puedo ser feliz —comenzó él, Violet trató de volver el rostro para evitar el contacto, y la mirada anhelante que le impedía pensar con coherencia.

Necesitaba escapar del encierro al que la sometía, porque no quería escucharlo. Tenía que cerrar los oídos y el corazón a cada palabra, aunque perdiera la poca cordura que le quedaba en el intento.

—Diego, ¡suéltame! —volvió a exclamar—. No deseo escucharte.

Él pensó que era una cobarde.

—Entonces no me oirás, pero vas a sentirme, y de qué manera.

La boca de Diego cayó sobre la de ella de forma inesperada. Violet se quedó quieta durante un momento, un segundo después comenzó a debatirse furiosamente cuando la lengua de él lamió sus mejillas internas, cuando sus dientes mordieron suavemente su labio inferior, para enroscar de nuevo la lengua aterciopelada con la suya en una danza que la mareaba, la dejaba sin fuerzas.

Violet logró soltar una de sus manos y la dirigió al pelo masculino, enterró sus dedos entre los mechones negros y, doblándolos como garras, trató de apartarle la cabeza y echarla hacia atrás, no obstante Diego no se lo permitió, comenzó a besarla de forma mucho más profunda y apasionada, sitiando su estado emocional por completo.

Violet dejó de resistirse poco después, y cuando sintió que caía sobre el diván, supo que no podría detenerlo esa noche ni ninguna otra, a menos que se alejara definitivamente de Córdoba. Diego le hizo el amor tan ardientemente que le hizo ignorar dónde estaba. Le hizo olvidar su determinación, su promesa más solemne y sagrada. Con él se convertía en alguien sin voluntad, sin decisión. Era mantequilla batida al fuego entre sus brazos, convertía su cuerpo en un anhelo que solo él podía

satisfacer. Una furiosa necesidad de sentirse amada, correspondida, y el clímax de ambos llegó de forma furiosa, intensa, tanto, que se quedó sin vida en los brazos de Diego y sin capacidad para hacer o decir nada durante unos segundos.

La cordura llegó a él mucho más rápido que a ella.

—Perdóname, Violet, no tenía intención de que esto ocurriera, pero no tengo control cuando estoy contigo. Mi intención era hablarte, y mi determinación se va al traste cuando me miras, cuando respiras cerca de mí.

Violet sabía que decía la verdad porque a ella le sucedía exactamente lo mismo.

—Regreso a mi tierra —le informó con un hilo de voz mientras trataba de separarse de él—. Mi familia me espera en el norte.

Diego seguía todavía en el interior de ella, y la respuesta a sus palabras fue aprisionarla mucho más fuerte. Ambas bocas casi podían rozarse de lo cerca que estaban, los alientos se entremezclaban por la respiración agitada.

El corazón de Diego se detuvo en una pausa mortal. No podía marcharse tan lejos.

—No lo permitiré —le advirtió.

El corazón de Violet se aceleró a un ritmo peligroso. Él no podía ordenarle algo así, ¿acaso su sufrimiento no era palpable?

—No me dejas más opción si sigues con este ataque a mis sentidos. Sabes que te amo, pero no puedo regresar contigo —le confesó con el corazón en un puño.

Para sorpresa de ella, Diego volvió a moverse en su interior en un suave balanceo. Tras el orgasmo, no se había retirado de su vientre. Violet gimió interiormente al sentir las pulsaciones que la azotaban de nuevo como un vendaval. Diego podía matarla en uno de esos arrebatos y ella no podría recriminárselo porque todo dejaba de tener importancia para ella, salvo el delirio de tenerlo así de cerca.

—Hablo en serio —le dijo con voz entrecortada. Le costaba respirar y coordinar las palabras para pronunciarlas con exactitud. Era muy difícil concentrarse cuando todo su cuerpo era un volcán a punto de estallar—. No te perdonaré este asalto, Diego, lo prometo.

Él paró el movimiento y salió del interior de ella con un gemido lastimoso ante el placer insatisfecho.

Violet comenzó a arreglarse la falda del vestido que estaba completamente arrugada. Sentía unas ganas inmensas de llorar y no sabía cómo contenerse delante de él. Diego había ordenado su camisa y cerrado los botones de su pantalón, si bien la insatisfacción que no había podido saciar se hacía evidente y, ser consciente de eso, le hizo sentir todavía más miserable.

—Gracias —le dijo en un murmullo apenas audible.

El silencio de Diego le pesaba en el alma de una forma que no podía explicar. Miró los dos pozos oscuros en el rostro masculino y sintió deseos de persignarse.

—No hará falta que te marches a tu tierra, tienes mi palabra de que no te molestaré más. Mañana me marcharé a Hornachuelos, estaré allí los próximos meses.

Ella lo echaba de su propia ciudad, lo alejaba de su familia, y le mostró la gratitud que sentía por su deferencia.

—Te lo agradezco —volvió a repetir compungida por ser la causa de que se mantuviera alejado de todo.

Diego se mesó el pelo revuelto. Suspiró completamente agotado y la miró de una forma que le produjo escalofríos en la base de la columna. Si al menos no la mirara así...

—No lo hago por ti, sino por Miguel. Su madre debe estar cerca de su tumba para llorarlo siempre que lo desee.

¡Diego había comprendido!, se dijo completamente aliviada. Y lo amó mucho más, si eso fuera posible. Si ella no se había marchado de Córdoba era porque no podía soportar estar lejos de la tumba de su pequeño, mas él había entendido al fin.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiaron.

Cuando Diego regresó al salón donde todavía se escuchaba la música, Violet lo seguía de cerca. La vio tomar asiento junto a Isabel y se preguntó por qué motivo había decidido quedarse, si había ido a buscar su capa para marcharse antes de que él la hiciese suya por última vez, aunque se mantuvo en silencio mientras escuchaba la hermosa canción que Blanca tocaba al piano.

Se sentía inmensamente desdichado, pero se mantuvo sentado sin moverse, paralizado, igual que su corazón, que latía por rutina y simple necesidad.

Diego la seguía a una distancia prudente.

Quería asegurarse de que llegaba sin contratiempos. Violet había prescindido del carruaje y se desvió mucho antes de llegar a la casa, tomó un rumbo determinado, pero le resultó muy fácil seguirla porque la luna hacía brillar su capa blanca en la oscuridad de la noche. Varias manzanas después, se preguntó hacia dónde se dirigía con tanto empeño, y cuando alcanzaron la Cuesta de Bailío, supo cuál era el lugar que perseguía ella: la plaza de Capuchinos.

Violet no volvió la cabeza ni una sola vez, y Diego se encontró de pronto medio escondido en un zaguán cercano al Cristo: la meta final de Violet. Nuevamente se encontró espiándola sin saber muy bien qué era aquello que pedía tan fervorosamente. La contempló rezar en silencio, en una actitud de abnegación total.

Cuando Violet terminó su plegaria, besó con adoración la base de la imagen antes de levantarse y regresar sobre sus pasos.

El corazón de Diego sufrió un sobresalto dentro de su pecho porque sabía que ella sufría, y él no tenía modo de ayudarla. ¡Desconocía cómo hacerlo!

Se pegó al muro de la pared para que ella, al pasar por la acera de enfrente, no se percatara de que la había seguido y la espiaba. Cuando su mujer dobló la esquina en dirección a la casa que no compartía con él, enfiló los pasos para dirigirlos hasta los pies de la imagen que tanto veneraba ella, y cuando llegó, hizo exactamente lo mismo que la había visto hacer unos momentos antes. Se arrodilló, y besó repetidamente el mismo lugar que había besado ella mientras suplicaba la misma letanía: «no se lo concedas, Cristo mío, no importa lo que te haya pedido, pero no se lo concedas».

Capítulo 21

Diego no se marchó a Hornachuelos como había prometido.

Decidió quedarse en Córdoba y evitar los mismos lugares que ella visitaba, aunque, de tanto en tanto, la seguía a cierta distancia. Era como una necesidad imperiosa comprobar por sí mismo que se encontraba bien, que no le ocurría nada malo, y que seguía el curso de su vida normalmente. También agradecía infinitamente los detalles que Isabel le comentaba sobre el día a día de la mujer de su vida.

Días después de haber mantenido el último encuentro con Violet tuvo una conversación necesaria con Montenegro para inquirir sobre las intenciones que había percibido con respecto a Violet, y el amigo que creía perdido para siempre resurgió con mucha más fuerza que en el pasado. Diego le expuso sus motivos religiosos para no concederle la libertad a su mujer, aunque ella quisiera estar separada, y le confió sus esperanzas de volver a conquistarla algún día. Montenegro le confesó que la señora Vílchez jamás le había dado esperanzas. Era simplemente un amigo que la ayudaba en las diferentes obras de caridad que emprendía, y que agradecía la dedicación afectiva que tenía para sus pequeños, tan necesitados de atención femenina.

Diego respiró al fin, aunque le entristecía mantener atada a su vida a una mujer que se merecía mucho más que un vínculo medio roto.

—Si no lo veo con mis ojos, no lo creería.

La voz de Luis le arrancó una sonrisa, pero Diego siguió con los pies metidos en la fuente.

—Mi pequeño solía hacerlo a menudo —le respondió con voz melancólica.

—Si me invitas, los meto yo también. —Diego negó la sugerencia descabellada.

—Lo siento, es una fuente familiar.

Luis soltó una carcajada, y la respuesta de su primo no impidió que se sentara en el borde de piedra, y metiera una mano en el agua. Sorprendentemente estaba templada.

—¿Y yo que soy? —le preguntó con prepotencia.

—En días como hoy, una indigestión molesta. —Luis no se molestó por la respuesta de Diego.

—Tienes un aspecto lamentable —le dijo de pronto.

—Gracias, yo también te estimo —le respondió mordaz a su comentario jocoso e inesperado. Luis volvió a reír—. Me alegro de tu hilaridad, aunque confío que no sea a mi costa.

Diego sacó los pies de la fuente y los secó con un paño. Volvió a calzarse los calcetines y las botas de montar. Luis siguió con interés cada uno de sus gestos.

—Me siento feliz porque al fin podré pagarte el último abono de tu préstamo.

Diego se puso serio.

—Sabes que no es necesaria tanta urgencia —le replicó molesto.

—Tengo varias cosechas de olivos cobradas de antemano.

Diego frunció el cejo algo preocupado.

—Si se malogra la próxima cosecha de aceituna, tendrás que devolver el dinero adelantado, y eso puede significar la quiebra para tu almazara.

—Ese detalle no me preocupa porque pienso hacerte mi socio.

Las cejas de Diego se alzaron con inusitada curiosidad. Parecía que Luis hablaba seriamente, si bien él no quería ser socio de su primo.

—No me parece correcto —le dijo con un tono de voz neutral—. La almazara es herencia de tu padre, no deberías meter a ningún socio en ella que la divida.

Luis se golpeó la rodilla con exasperación. Diego era más terco que una mula, pero él había sobrellevado negativas mucho más serias, aunque decidió dejar el asunto de momento.

—¿Vendrás a cenar el próximo viernes? —Ahora sí que captó su curiosidad por completo.

¿Qué tenía de especial el próximo viernes?, se preguntó Diego.

—Los gemelos no te lo perdonarán —le advirtió Luis.

Diego maldijo por lo bajo, se había olvidado por completo del cumpleaños de sus primos pequeños, faltaba poco más de una semana para el evento.

—¿Me disculparás con ellos? —Luis ya negaba con la cabeza en un gesto enérgico.

—No será necesario, porque ella no vendrá. —Diego supo que su primo se refería a Violet—. Se encuentra de viaje. Ha decidido pasar unos días en Granada, creo que tiene un primo allí, o al menos entendí eso cuando se lo comentó a Isabel antes de partir.

—Sí —le respondió él con voz tenue.

Luis maldijo su equivocación, porque los ojos de su primo se habían empañado con una tristeza que no le gustaba en absoluto, como aquella pesadumbre que había observado en Hornachuelos cuando lo consumía lentamente la desesperación.

—La familia estará encantada de tenerte con nosotros.

A Diego la invitación de su primo le sonó a reproche. Aunque era cierto que hacía semanas que no mantenía contacto con la familia, ello era propiciado en deferencia a Violet que tenía en Isabel a su única amiga en la ciudad, y él no era tan miserable como para privarla de su amistad.

—Dime qué puedo comprarles a esos dos traviesos.

—Unas fustas nuevas. Entre Isabel y yo les hemos regalado dos sementales.

—Los sementales son caros.

—Violet también participó y la tía Catalina.

—Entonces serán una fusta y botas de montar nuevas. Es lo menos que se merecen.

—Se volverán locos de alegría —le dijo Luis en agradecimiento—. Por cierto, Montenegro da una fiesta este sábado.

—Lo sé, estoy invitado.

—Entonces confío en que nos veremos allí.

La duda se paseó por los ojos de Diego, y Luis se percató de ello.

—Ya te he dicho que Violet no estará. —Diego le hizo un gesto afirmativo—. Y por cierto —continuó Luis—, ¿has oído lo que sucede en Capuchinos?

Diego, que había comenzado a caminar hacia la biblioteca, se paró de repente. Su primo casi chocó con él.

—No tengo ni idea —le respondió con un tono comedido—. ¿Qué sucede?

—Los vecinos hablan de un fantasma que se pasea por la plaza a altas horas de la madrugada.

Diego parpadeó completamente atónito. ¿Un fantasma en Capuchinos? La gente deliraba.

—Tonterías —sentenció sin darle mayor importancia.

—Las mujeres más ancianas hablan de un alma atormentada que busca la rendición bajo el amparo del Cristo de la Misericordia. Las más jóvenes están convencidas de que es una mujer asesinada en la plaza por un amante despechado, y que hasta que no detengan al criminal, el alma seguirá vagando por Capuchinos.

—La gente suele estar demasiado ociosa —respondió Diego.

—Confieso que me siento tentado de esperar para ver a ese hermoso fantasma femenino que vaga con mirada perdida y pies sangrantes.

Diego chasqueó la lengua al escucharlo.

—Me parece inaudito que creas algo así —le espetó con voz cargada de razón—. Y que me hagas perder el tiempo con chismes de barrio.

Pero Luis insistió en el tema.

—Tendrías que ver la plaza primo. Nunca he visto tantas flores rodeando al Cristo. Sobrecoge, porque hay velas encendidas de día y de noche, incluso las puertas del convento se mantienen abiertas para proteger al alma penitente.

Ambos hombres habían alcanzado la biblioteca, Diego le sirvió un jerez a su primo y tomó asiento a continuación.

—¿Has hablado con Isabel? —terció para acabar con la conversación sobre el fantasma de Capuchinos.

Luis miró fijamente a su primo porque desconocía de qué tenía que hablar con su hermana.

—Tienes que hablar con Emilio de la Sierra, conde de Rosales.

Luis apretó los dientes con fuerza inesperada. En modo alguno esperaba que su primo sacara a relucir un tema que él creía cerrado para siempre.

—Todo quedó dicho en su día —le replicó bastante molesto.

—No alargues una condena que comenzó tu madre. Es hora de terminarlo.

—Olvidas que ese hombre deshonró a mi hermana.

Diego bajó los párpados para que Luis no contemplara el brillo de ira que acudió a ellos.

—Eran dos jóvenes que se amaban. ¿Qué deshonra hay en quererse? —le preguntó.

Luis pensó que su primo no estaba bien de la cabeza.

El escándalo que había estallado en la familia tras ser sorprendidos ambos jóvenes en una actitud íntima y desenfrenada había sido monumental. Fueron la comidilla de la nobleza cordobesa durante semanas, sin embargo Isabel Bravo no permitió que el muchacho cumpliera con el honor que requerían las circunstancias. Envío a su única hija lejos, con unos parientes que vivían en Salamanca. Emilio, actual conde de Rosales, siguió pidiendo la mano de Isabel sin descanso, hasta que un día, finalmente,

se rindió a lo inevitable, y optó por embarcarse en la Santa Sabina poniendo un océano entre su amada y él.

—¿Acaso no puedes ver en sus ojos todo lo que se aman?

Luis se sentía bastante molesto por el derrotero que estaba tomando la conversación.

—Mi madre nunca dará su consentimiento a esa unión.

Diego inspiró profundamente.

—A tía Isabel la guía el despecho, no puede olvidar que la madre del conde de Rosales fue amante de tu padre.

Luis crujió los dientes ante las palabras que esperaba no volver a escuchar nunca.

—¿Por qué te importa tanto?

Porque ninguna ofensa es tan importante como para mantener a dos personas que se aman con toda el alma, separadas para siempre, pensó Diego, aunque no lo dijo.

—Porque me importa Isabel, y veo el dolor que atormenta a esas dos personas cuando están juntas en el mismo lugar. Sin acercarse. Sin atreverse a respirar siquiera.

Luis se quedó callado durante unos momentos. Ahora comprendía que quizás tenía que haber actuado de forma más consecuente, pero su madre era demasiado tenaz, y él demasiado joven entonces para hacerle frente.

—Entiendo por qué mi madre se muestra nerviosa de un tiempo a esta parte.

Diego se mantuvo en silencio dejando que su primo llegara a todas las conclusiones necesarias que lo incitaran a actuar.

—¿De Rosales ha hablado contigo? —añadió. Diego negó despreocupado, pero obvió decirle que era Isabel quién le había pedido ayuda.

Había acudido a él porque era el único que podía comprenderla. Él mismo pasaba por una agonía similar: vivir separado de la persona amada.

—¿Lo pensarás al menos? —le preguntó Diego con voz seria.

Luis se tomó su tiempo en contestarle.

Si complacía a su primo, tendría que lidiar con su madre, pero antes tenía pendiente una conversación con Isabel. Quería escuchar de sus propios labios lo que sentía por el conde.

—Haré algo más que eso —le respondió al fin—. Tendré una conversación con Emilio en territorio neutral. ¿Podría ser en Bidasoa?

Diego le mostró una sonrisa de aceptación.

Los dos hombres se enzarzaron a continuación en una conversación de negocios que les llevó el resto de la tarde.

Capítulo 22

Estaba feliz de estar de nuevo en Córdoba.

En esas semanas había extrañado muchísimo la ciudad, sobre todo, llevarle flores frescas a Miguel y al Cristo, no obstante le había hecho bien pasar un tiempo con su primo y sus pequeños. Adoraba a esos niños alegres y risueños.

Retornaba a Córdoba llena de ilusión y de fuerza.

Clavó sus ojos en el espejo que le devolvía una imagen de su rostro con algo de color. Ya no estaba tan pálida, gracias a los largos paseos a caballo y al cálido sol granadino, tan parecido al de Córdoba. Y gracias también a las risas de unos niños maravillosos.

Trató de prenderse las flores en el moño pero le resultó imposible. Necesitaba la ayuda de Ana.

—¿Me ayudas a sujetarlas?

Ana miró las flores de tela e hizo un gesto de desagrado.

—No quedan bien con el vestido —le replicó sin molestarse en ocultar su opinión delante de su señora—. Parecen las flores que adornan a un muerto.

Violet apretó los labios medio ofendida. Eran los lirios más parecidos a los reales que había podido encontrar.

—Son blancos como el vestido.

Ana frunció los labios mostrando la misma actitud de antes.

—Las flores no destacan en su pelo rubio. Está mucho más claro —Violet se dijo que era cierto, el sol granadino había tostado su piel y aclarado el color de su cabello.

—¿Te he preguntado si te gustan? —le replicó con cierta impaciencia—. Recuerdo que te pedí ayuda para prenderlos, nada más.

—¿Por qué no usa los capullos de rosas amarillas que le regaló el marqués de Montenegro?

—Porque no es apropiado que una mujer casada utilice el regalo de otro hombre que no sea su marido.

Ana chasqueó la lengua de forma impertinente.

—Usted no tiene marido. Tiene un apellido que no le sirve para nada, salvo para lamentarse.

—¡Ana! —exclamó Violet incrédula—. No puedo creer semejante insolencia por tu parte.

Pero Ana no se disculpó, todo lo contrario, la atacó con mucha más fuerza.

—Esas rosas fueron un regalo de los niños del orfanato, aunque las recibiera de las manos del marqués.

Violet claudicó.

—Tráelas pues. Si con ello evito escucharte, merecerá la pena.

Ana las sacó de la caja que estaba guardada en el ropero, sujetó unos rizos con ellas, y las colocó de una forma elegante y bonita. El rostro de Violet había cambiado por completo.

—Tiene que admitir que apenas destaca el color sobre su pelo, aunque quedan mucho mejor. —Violet lo admitió a regañadientes—. Montenegro se alegrará de verla ataviada con ellas. —Los ojos de Ana bajaron hasta el vestido y volvió a arrugar el ceño—. El blanco no le favorece, pero ya se lo he dicho.

—Cientos de veces —le replicó Violet que ya alcanzaba la capa blanca de terciopelo y los guantes—, no obstante pienso vestir de blanco pese a tu opinión.

—Al menos el corte es bueno.

—Claro que es bueno, lo hizo una modista granadina muy talentosa.

Ana ya no replicó más. Siguió por la escalera a su señora para abrirle la puerta. El carruaje de alquiler la esperaba fuera. El cochero la ayudó a subir y aseguró la puerta antes de subir al pescante y conducir el coche hacia el palacio de Montenegro.

La sorpresa que recibió al ver a Diego entre los invitados la dejó mareada y confusa. Habían pasado poco más de tres meses desde que lo vio por última vez, y su corazón sufrió el mismo sobresalto de siempre al verse reflejada en el brillo de sus ojos, porque no dejaba de mirarla con un tormento que la sobrecogía. Seguía igual de delgado, y lo más preocupante, él no hizo ningún intento de acercarse a ella, lo cual podría suscitar comentarios. Al momento se amonestó. Muchos de los presentes en la cena ya conocían que vivían separados. Violet se prometió que si él no hacía amago de saludarla, lo haría ella antes de que comenzase la cena.

Buscó con los ojos a Isabel, pero no la vio entre los invitados, y se descorazonó todavía más, aunque varias matronas que participaban con ella en recaudar fondos para la escuela y el hospital se mostraron amables y conversadoras. Con ellas pudo capear el tiempo previo a la cena, y no se movió del lugar donde esperaba con el estómago encogido. Tenía la misma copa de vino blanco en la mano, no sentía ninguna necesidad de tomarlo, y buscó una bandeja donde dejarla, pero hacerlo

implicaba moverse del lugar donde estaba, y no se atrevía. En ese lugar apartado estaba prácticamente oculta por una enorme planta de grandes hojas verdes que casi parecía un árbol. Al otro lado tenía una escultura romana casi tan alta como ella. Violet se dedicó a observar los rasgos esculpidos y decidió que podría pasar por una escultura del maestro Miguel Ángel, y junto a la estatua fría, se sentía a salvo de miradas indiscretas y de comentarios subversivos.

—¿Qué haces aquí sola? —La voz de Luis en su espalda le hizo dar un brinco casi cómico—. Perdona, no pretendía asustarte.

Ella le sonrió de forma trémula.

—No te había visto —le dijo azorada.

¿Cómo había llegado hasta ella sin que se percatara?

—Estaba detrás de la planta, igual que Diego, ¿verdad primo? —La mano morena de Diego apartó parte de las grandes hojas verdes.

Violet se dio cuenta de que estaba de pie en la misma posición que ella, pegado a la pared entelada. Por eso no lo había visto.

—¿Cómo estás? —inquirió Diego.

¿Por qué había sonado su voz tan fría?, se preguntó ella. A pesar de su nerviosismo le mostró una sonrisa de afecto genuino. De amor inconmensurable.

—Regresé ayer de Granada. Mi primo y su esposa te envían saludos.

Un pequeño tic en la sien de él le indicó que le había molestado su falta de respuesta a su preocupación sobre su bienestar, por ese motivo rectificó de inmediato.

—Me encuentro muy bien, gracias por preocuparte.

Luis miraba a uno y a otro, y no podía creerlo. Se hablaban sin mirarse, como si el solo hecho de contemplarse les resultara intolerable. ¿Qué demonios les ocurría?

—¿Deseas un refresco? —le preguntó Luis, y ella pensó que su sugerencia no podía llegar en peor momento, aunque sentía la garganta reseca, ¡no podía quedarse a solas con Diego!

—Te lo agradezco, pero todavía no me he tomado el vino.

Luis observó la copa que ella sostenía desde hacía mucho rato y no lo pensó dos veces. La tomó de entre las manos femeninas. Los ojos de Violet se abrieron por la sorpresa.

—La dejaré en la mesa y te traeré un poco de sangría.

—¡No! ¡Por favor! —exclamó de inmediato—. No es necesario. —Sin embargo Luis ya se había dado la vuelta.

Violet se quedó a solas con el amor de su vida, también con el mayor tormento de su existencia.

—No sabía que estarías en la cena —le dijo Diego en voz baja. Ella tragó el nudo que sentía en la garganta—. Pedro no me dijo nada sobre tu asistencia.

—Ignoraba que regresé ayer por la tarde. Venir a la cena fue una decisión de última hora.

Violet trataba de tragar la saliva espesa y rancia. Allí estaban los dos, como si fueran extraños manteniendo una conversación trivial sobre algo sin importancia.

—Estás muy hermosa —le dijo de pronto con esa candencia en la voz que la volvía loca. Con ese timbre tan varonil que hacía volver cada cabeza femenina cuando lo escuchaban—. Me alegro de que estés bien.

Diego se había girado hacia ella y la miraba de una forma que le hacía temblar las rodillas. Casi no podía sostenerse en pie de la ansiedad que sentía, y cuando iba a responderle, anunciaron que iban a servir la cena. Montenegro la buscó con sus ojos hasta que la ubicó en la estancia, pero antes de que llegase hasta ella, Diego había desaparecido entre los invitados.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Pedro. Ella hizo un gesto leve con la cabeza sin responderle, todavía tenía el nudo en la garganta y el corazón lleno de desasosiego. Ver a Diego, le había causado una honda impresión—. Está muy pálida.

—Posiblemente sea el calor —se justificó—, hacía mucho tiempo que no estaba entre tantos invitados.

—¿Ha visto a Diego? Me pareció verlo cerca de usted —la pregunta de Montenegro le cayó como un jarro de agua fría, porque comprendió por qué motivo no le había dicho a Diego que ella asistiría: para que no pudiera negarse.

—Hemos estado conversando hasta hace un momento —le confesó aturdida.

A Montenegro pareció agraderle su respuesta, porque le sonrió.

—La he sentado entre sus dos familiares. Me ha parecido lo más apropiado.

—Por supuesto —le contestó ella.

Violet pensó que iba a ser la cena más larga de su vida, y efectivamente lo fue.

Apenas probó bocado a pesar de la animada conversación con Luis. Afortunadamente frente a ellos, Pedro había colocado a dos militares que se enfrascaron en una

conversación sobre política y guerras, que le hizo soltar un suspiro de alivio. No estaban pendientes de ella que traspiraba llena de incomodidad.

Cuando pasaron a la sala de música después de larga cena para escuchar una melodía al piano como colofón, respiró profundamente. Habló con la condesa de Azuel hasta que su esposo el conde la reclamó para llevarla a uno de los asientos situados en primera fila. La sala había sido adecuada para el concierto. Diego se mantenía justo en el otro extremo de la sala, de pie, como ella y varios invitados más. Apenas podía separar los ojos de su marido. Luis se situó a su lado y le ofreció una copa de champán frío que aceptó ella sin ser consciente.

La música era preciosa y Diego la miraba de forma premeditada, como si se debatiera entre dos decisiones muy importantes sin saber cuál elegir. La contempló durante minutos sin apenas pestañear. Montenegro se acercó hasta él y mantuvieron una pequeña conversación en voz baja para no molestar a los invitados que escuchaban la música del piano. Unos momentos después, Diego le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Solemne.

El marqués se acercó al pianista y le susurró algo al oído que hizo silenciar el instrumento unos minutos después.

—Señoras, señores, es un gran honor para la casa Montenegro que mi amigo Diego nos deleite con un poco de su arte. Ha consentido tocar una pieza con la guitarra.

El eufórico aplauso generalizado la dejó sorprendida. ¡Diego no tocaba desde hacía tiempo! ¿Qué lo habría impulsado a aceptar?, se preguntó con enorme curiosidad.

—No puedo creerlo —dijo de pronto Luis, y su voz se advertía atónita.

Había detenido la copa a medio camino de la boca. Ella tenía la suya intacta en la mano, la alzó y la bebió de un trago.

—Debo irme —dijo de forma apresurada.

Luis la retuvo de la mano.

—Sería una descortesía por tu parte marcharte en mitad de la actuación.

Las palabras de Luis la dejaron clavada al suelo porque eran ciertas. Si se marchaba justo cuando Diego se disponía a tocar un poco de música, lo iba a convertir en el centro de las murmuraciones, y no se lo merecía. Decidió quedarse a escucharlo. ¡Ansiaba hacerlo!

Diego ya tenía la guitarra en las manos y estaba sentado en el centro de la sala. Comenzó a templar las cuerdas, e inició una serie de rasgueos largos y espaciados, paró un momento como si meditase en el sonido. Cuando estuvo convencido de que la guitarra estaba afinada como le gustaba a él, comenzó primero solo el punteo de la

primera parte de la melodía, después hizo una demostración con los bajos, y unos segundos después, siguió con el arpeggio y las primeras cejillas.

Violet no podía apartar los ojos de las manos que tocaban de forma tan magistral.

—¿Sabes por qué es tan bueno? —La pregunta de Luis le llegó entre brumas, pero desvió los ojos un instante de su marido para fijarlos en él—. Lo que hace excepcional a Diego cuando toca es su forma de interpretar.

—Lo hace bastante bien —reconoció ella con un timbre orgulloso.

—El buen uso de la dinámica, de la intensidad y el volumen es técnica no talento. Lo que me admira es su ingenio innato, su forma de expresar y hacernos llegar lo que siente. Diego nació tocado por la varita de los genios de la música, porque seduce a la guitarra con sus dedos. La enamora y logra una unión magnífica, sublime. —Ella estaba completamente de acuerdo—. Al tocar más rápido y más cerca del puente —continuó Luis—, logra un sonido más nuestro. Y de esa forma, Diego hace recordar a todo aquel que escucha, la herencia y la influencia omnipresente del duende que vive y perdura en las calles de Córdoba, en las cuevas misteriosas y en los fructíferos montes.

Luis paró un momento su charla, porque Diego había intensificado la rapidez de sus dedos. Los oyentes estaban absortos, extasiados.

Violet evocó el mismo instante que lo vio por primera vez. En una estancia llena de invitados que conversaban y reían. Se parecía bastante en amplitud al salón de música del palacio Montenegro. Allí, entre un gentío ensordecedor, Diego le dedicó una mirada correcta, amable e inesperadamente gentil, y fue el inicio de su perdición como mujer que se iba a enamorar completa e irremediabilmente. Desde aquella sonrisa, ardió en un anhelo que no había podido superar ni enfriar el tiempo y la distancia, distancia que Diego había interpuesto entre ambos durante tres largos años.

Después de aquella primera sonrisa, de aquel primer baile, su pensamiento regresó una y otra vez a la persona que le había dejado una huella profunda e imborrable. Evocó los paseos a caballo, la risa abierta y relajada de un hombre que exudaba puro magnetismo. Recordó la primera carrera que ganó, otras que perdió y el amor, que sin proponérselo, había prendido en su corazón y la había arrastrado a tomar unas decisiones erróneas que había pagado muy caro.

Diego seguía siendo un hombre excepcional, y ella lo amaba con locura.

—Nadie toca como él —confesó Luis lleno de orgullo, Violet pensó que tenía motivos para sentirse así. Esas manos maravillosas no creaban música, sino magia.

Diego paró de pronto la melodía rápida que tocaba, para inspirar profundamente. Los invitados rompieron a aplaudir con euforia, y Violet se preguntó por qué lo hacían,

para ella resultaba claro que no había terminado la pieza, pero tras unos instantes de quietud y de silencio que respetaron todos, de nuevo sus dedos comenzaron un rasgueo, y en esta ocasión, completamente diferente al anterior, mucho más lento y emotivo.

Era como un diálogo entre la guitarra y el seductor que la desnuda para llegar hasta su mismo corazón. Entonces, se lo arranca sin mostrar la más mínima compasión y se lo ofrece a los sumisos que escuchan la melodía. Y para sorpresa de todos, incluida ella misma, la voz de Diego, grave, profunda, y con un timbre inconfundible que removía la fibra más sensible del corazón, comenzó a llenar de palabras desgarradoras la estancia.

*Ni siendo profetizado me lo hubiera creído,
que iban a estar separados, y cada cual por su lado,
¡amor! tu cariño y el mío.
Debíamos ser uno, defendiendo la verdad,
pero el maldito orgullo, cegó mi realidad.
Cada cual por su camino ¡Cristo mío, qué dolor!
No es de rosas, que es de espinos, el sendero de los dos.
Te alejas en la distancia, y muero, poquito a poco
tú, no le das importancia, y yo me vuelvo loco.*

La voz fue silenciada durante unos momentos y los dedos maravillosos comenzaron un rasgueo devastador que emocionó a todos los presentes por igual. El corazón de Violet sufrió un vuelco en el pecho al escuchar la letra desgarradora, pasional. La implicaba tan íntimamente que no podía mostrarse indiferente, y de nuevo, la voz aterciopelada, profunda y especial, comenzó a hacerse sentir.

*Quiero amor que regreses, pero de mis brazos huyes
es una sensación extraña, y el corazón se me para
porque el despecho me consume.
Te juro que siempre rezaré sin tregua lo mismo que tú,
y seguiré penando bajo el peso de esta inmensa cruz.
Cada cual por su camino. ¡Cristo mío, qué dolor!
De amargura, y tormento es la sangre de mi corazón.
Te alejas en la distancia, y muero, poquito a poco
tú, sin darle importancia, y yo me vuelvo loco.*

Los ojos de Diego seguían clavados en los de ella mientras cantaba, y la mirada ardiente, llena de un profundo anhelo, le expresaba el tormento que se sentía. Le mostraba lo infeliz que vivía en la distancia, y le decía lo mucho que la necesitaba, pero ella siguió escuchando la letra dolorosa, completamente en silencio.

Tras un final hiriente, encarnizado, Diego cesó de tocar.

Violet se había quedado sin respiración, sumida en un torbellino de contradicciones que la golpeaban y le provocaban unas heridas sangrantes. La letra de la canción había sido tan explícita, tan intensamente conmovedora que le arrancó un tardío gemido preñado de remordimiento. Él seguía con la mirada oscura clavada en su rostro, sin moverse de su posición sentada, a pesar de las felicitaciones que recibía de los diversos invitados. Violet parpadeó varias veces tratando de aclarar la visión porque la tenía empañada por las lágrimas. Las pupilas masculinas se le clavaban en el alma con una fuerza arrolladora, aniquiladora, y le producían una hemorragia de sentimientos imposibles de contener.

Diego solo tenía ojos para ella.

Estaban a varios metros de distancia, y parecía que sus cuerpos estuvieran pegados, tocándose. Respirando el mismo aire, y con la misma vehemencia de siempre. Su mirada caliente de anhelo, la engullía por completo, hasta el punto de la negligencia racional. Cuando Diego dio el primer paso directamente hacia ella, Violet trató de darse la vuelta, pero tenía los pies clavados en el sitio, el cuerpo desangelado, y las manos tan frías que apenas las notaba. Subió una de ellas para posarla en su garganta y la dejó allí, incapaz de hacer nada más. El estómago se le rebeló con una sacudida y la mente se alió con su corazón para provocarle un malestar general que no sabía cómo controlar en medio de tantos invitados.

Diego dio otro paso más, pero antes de llegar hasta ella, Violet cayó desvanecida a los pies de Luis que no pudo sujetarla a tiempo.

Capítulo 23

Diego llegó hasta ella con el alma en vilo.

Puso una rodilla en el suelo, le estrechó el cuerpo entre sus brazos y lo apretó junto a su pecho. Luis se encontró de pronto abriéndole puertas hasta llegar a una alcoba vacía de las muchas que había en Montenegro. Diego la recostó en el mullido colchón con suavidad. Estaba terriblemente preocupado. Luis le tomó el pulso y lo notó demasiado lento. Comenzó a desabrochar los botones del corpiño del vestido, pero Diego se lo impidió.

—Necesito que salgas un momento —le ordenó Luis.

—No pienso moverme de aquí —le respondió con voz autoritaria.

—Diego, por favor. Estás demasiado alterado y en ese estado no me sirves de ayuda.

—No pienso moverme —reiteró.

Luis emitió un suspiro impaciente.

—Entonces sé de provecho, pide a Montenegro unos paños fríos y unas sales de amoniaco.

Diego hizo lo que su primo le ordenó.

Salió de la alcoba como alma que lleva el diablo, y buscó a Pedro en el gran salón de música, tratando de tranquilizar a los invitados que habían visto desvanecerse a Violet. Lo oyó pedir al concertista que continuara con su repertorio al piano y momentos después estaba al lado de Diego.

La guitarra solitaria y la silla vacía seguían en medio del salón, olvidadas.

Le comunicó las mismas palabras de Luis. Pedro le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, entonces Diego regresó a la alcoba pero la encontró cerrada por dentro, su primo había echado la llave. Maldijo violentamente a Luis por la treta usada para sacarlo fuera. Durante los minutos largos, exasperantes que siguieron, no cesó de caminar de un lado a otro del vestíbulo. Seguía oyendo las notas del piano que dentro de su cabeza se convertían en golpes de martillo.

Una doncella llegó con el agua fría, los paños y la sal de amoniaco, si bien la puerta siguió cerrada. Montenegro lo llamó desde la puerta del salón. Diego caminó hacia allí.

—He ordenado que preparen mi carruaje para que la llevéis al hospital si Luis no consigue hacerla reaccionar.

—No será necesario —le respondió Diego, aunque no estaba muy convencido.

—Mantendré la puerta del salón cerrada si decides lo contrario. —Pero Diego no pudo responderle porque Luis salía en ese momento de la alcoba.

Cuando llegó hasta donde estaban ambos hombres, sujetó a Diego por el brazo.

Su corazón comenzó un galope desenfrenado. La última vez que Luis lo había sujetado así fue la noche en la que murió el pequeño Miguel.

—No me mires como si fuera el diablo, ella está bien. Se ha despertado, está lúcida y plenamente consciente. Ha sido un desmayo sin importancia.

—Eres un cabrón malnacido —le espetó. Luis sabía que Diego estaba molesto por cerrarle la puerta en las narices, no obstante había sido necesario.

Montenegro cerró la puerta del salón para que los invitados no escucharan el altercado que mantenían ambos primos.

—Acompáñame —le sugirió Luis, pero Diego tenía otra intención. Cuando dio el primer paso hacia la alcoba donde estaba Violet, la mano de Luis lo retuvo—. Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? —le preguntó estupefacto.

—Me lo ha pedido tu esposa —le respondió.

Diego volvió a maldecir.

Luis medio lo arrastró por el pasillo en sentido contrario a la estancia donde había dejado a Violet. Empujó a su primo dentro de un estudio pequeño y cerró la puerta tras de sí. Apoyó espalda en la madera para impedirle la salida.

—Te estás comportando de un modo extraño —le dijo Diego de forma dura. Luis respiró hondo antes de emitir una palabra—. Y te voy a partir los dientes si sigues haciendo guardia en la puerta.

—Está embarazada —soltó Luis de pronto.

Diego retrocedió un paso hacia atrás como si hubiese recibido un golpe en el estómago.

Parpadeó varias veces tratando de asimilar la noticia. Contuvo la respiración y sus manos se crisparon como garras a sus costados en un intento de no abalanzarse sobre Luis y apartarlo de su camino de un puñetazo. Experimentó en segundos lo que sienten los hombres a lo largo de la historia ante una revelación de tal magnitud: inmensa alegría, desconcierto absoluto y también un interrogante corrosivo, ¿por qué diantres se lo había ocultado? ¿Por qué no había acudido a sus brazos para revelarle

la noticia que lo iba a volver loco de felicidad? Lo ignoraba, pero no le gustaba nada hacia dónde lo conducían sus pensamientos.

Luis fue consciente de todas las emociones que cruzaron el rostro de su primo: dicha extrema, profunda turbación y duda inmensa. Aunque se sentía como un imbécil por mantenerlo retenido, sin embargo había dado su palabra a Violet de que le conseguiría un poco de tiempo antes de ver a Diego.

—Luis, déjame pasar —le pidió Diego con tono autoritario—, o pasaré por encima de ti, te lo aseguro.

—Violet se encuentra muy alterada.

—Mi presencia no la turbará. Vivo y respiro para protegerla.

—Ella ignoraba que estaba en estado —siguió informándole Luis.

Diego sintió que caía al vacío y no podía sujetarse a nada. Si Violet lo ignoraba, no podía ocultarlo a propósito. El alivio fue instantáneo y súbito. Lo llenó de una paz interior que relajó sus facciones y le restó tensión a sus hombros.

El recio cuerpo de Luis se apartó entonces de la puerta para permitir a su primo que saliera por ella. Diego caminó a grandes zancadas por el interminable vestíbulo, pero cuando llegó a la alcoba, estaba vacía.

Violet se había marchado. Había utilizado a Luis para ganar tiempo, el que necesitaba para irse y no enfrentarse a él.

Era una cobarde, aunque ya no tenía escapatoria.

¿¡Dónde diantres se había metido!? ¿Acaso se la había tragado la tierra?, se preguntó Diego completamente superado.

La había buscado, y no estaba en la casa. La iglesia estaba cerrada, así como el convento. La había buscado incluso en el orfanato, pero las religiosas no la habían visto desde hacía semanas. Llevaba horas buscándola sin éxito. Y la impaciencia y la preocupación lo dejaban sin fuerzas, encogían su estómago y le provocaban palpitaciones dolorosas dentro del pecho.

La euforia por la noticia de su próxima paternidad se había tornado en fría desesperación, y no tenía modo de darle salida. Consumido por la impotencia, llegó a casa Villares rogando en silencio que estuviese allí. Antes de darle la capa, los guantes y el sombrero al mayordomo, Isabel bajó las empinadas escaleras con el rostro ruborizado por la alegría.

Se colgó literalmente del cuello de su primo y lo felicitó de forma efusiva.

—Luis nos contó la alegre noticia apenas regresó de Montenegro. Imagina, soy incapaz de dormir de la felicidad que siento.

Diego suspiró con fuerza, realmente era una hora tardía de la madrugada, pero levantaría del lecho al mismo Papa con tal de encontrarla.

—Violet no se encuentra aquí, ¿verdad? —hizo la pregunta aun conociendo la respuesta.

Isabel negó en silencio.

Diego mascullo ostensiblemente. Luis asomó la morena cabeza por el hueco de la escalera.

—Pensé que estarías celebrando la alegre noticia. —Diego sintió deseos de tumbarlo de un puñetazo.

Estaba muy lejos de mostrar paciencia ante su socarronería.

—No encuentro a Violet —dijo mientras se mesaba el pelo, irritado—. No está en la casa ni en la iglesia. Ignoro dónde está.

—Creo que sé adónde puede haber ido —respondió Isabel pensativa.

Diego clavó sus pupilas en su prima esperando una respuesta.

—Es muy devota del Cristo de la Misericordia. Si no está en su casa, estará en la plaza Capuchinos.

¿Cómo no se le había ocurrido?

—Te acompaño —se ofreció Luis que bajaba en ese momento por la escalera en dirección al vestíbulo.

—Prefiero ir solo.

—Es muy tarde.

—Lo sé, pero es necesario.

—¿Has venido en carruaje? —Diego afirmó con su cabeza.

—Salud a mi tía, no puedo presentarle mis respetos esta noche.

Luis e Isabel le mostraron una sonrisa de entendimiento.

—Madre está durmiendo, los gemelos también —le dijo Luis—, pero yo quería hablar con Isabel, por ese motivo seguimos despiertos todavía.

Diego volvió a ponerse los guantes y el sombrero salvo la capa, que mantenía doblada sobre su brazo.

—Primos, nos vemos...

Isabel cerró la puerta de la calle cuando Diego se perdió por ella.

No podía pensar en nada más que en llegar rápido a la plaza, por ese motivo animó al cochero para que condujera a más velocidad.

El sonido de las ruedas al girar sobre los adoquines le pareció un triste acompañamiento a sus pensamientos. El carruaje tuvo que parar unas manzanas antes de llegar a la plaza porque las calles eran demasiado estrechas. Descendió del interior a una velocidad vertiginosa. El cochero le preguntó si deseaba que lo esperase, él le respondió que no sería necesario.

Los pasos de Diego resonaban sobre la calzada silenciosa.

Se cruzó con un sereno que recorría las calles de su demarcación. Hacía su marcha con el único acompañamiento del tintineo de unas llaves, un silbato y una pequeña porra. Ambos hombres se saludaron con una ligera inclinación de la cabeza.

Cuando tomó la Cuesta de Bailío, aminoró la marcha, y cuando llegó a la plaza de Capuchinos, inspiró profundamente, como si tuviese que enfrentarse a un pelotón de fusilamiento. La plaza estaba iluminada por decenas de velas y la figura vestida de blanco que caminaba directamente hacia él le hizo comprender por qué los vecinos hablaban de un fantasma. El tejido blanco que la cubría ondeaba a cada paso y la larga cabellera rubia ocultaba los suaves hombros y descendía hasta las caderas femeninas ocultándolas por completo. El conjunto creaba el efecto de un ser espiritual, pero era Violet, su Violet, aunque a esa hora de la madrugada e iluminada con las llamas amarillas de los cirios, realmente parecía un alma errante, un fantasma penitente.

Diego siguió sin moverse porque ella iba directamente hacia él, mirándolo como si no lo viese. Ahora que estaba más cerca pudo observar que la ropa blanca no era un vestido, sino una bata blanca muy parecida a la que llevaba puesta la noche que murió el hijo de ambos. El sobresalto dentro de su pecho resultó inesperado y tremendamente fatigoso. ¡Debía de estar muerta de frío porque iba descalza!

Ella pasó a su lado sin hacer un mínimo gesto de reconocimiento, con las manos laxas a sus costados y sin girar la cabeza.

Diego estaba perplejo.

—¡Violet! —exclamó horrorizado, sin embargo ella siguió su recorrido por la calle en dirección a su hogar.

La alcanzó en dos zancadas, y con infinita suavidad, le colocó la capa que llevaba doblada al brazo sobre los hombros, ella siguió con la mirada perdida. Diego dudó porque no sabía cómo actuar, pero sin saber muy bien por qué, se colocó delante de

ella para impedirle el paso. Violet se quedó parada y con la vista perdida en un punto indeterminado. Diego comprendió.

¡Virgen santa! ¡Era sonámbula!

La cogió en brazos con cuidado y comenzó a caminar hacia la casa. El recorrido era muy corto, y ella estaba demasiado delgada. Violet apoyó la cabeza en el mentón masculino, y cerró los ojos con un suspiro, Diego supo que estaba completamente dormida, aunque le preocupó enormemente que anduviera por la calle prácticamente desnuda y descalza. Tenía que hablar de inmediato con Luis, o con algún especialista sobre el tema. Cuando llegaron a la casa, la puerta estaba abierta, ella no había sido consciente de que había salido de su interior cálido. Subió los peldaños y cerró la puerta con el tacón de su pie.

Todo estaba oscuro y en completo silencio.

Alcanzó las escaleras que conducían a la planta superior. Sabía dónde estaba su dormitorio. La puerta de la alcoba también estaba abierta y el cubrecama arrugado a los pies de lecho. Diego la depositó con suavidad en el colchón. Cuando iba a cubrir el cuerpo con la colcha, se fijó en la planta de los pies femeninos que sangraban.

Diego se dispuso a curarla tratando de no despertarla y a velar su sueño.

Se desperezó con ademanes lentos, elegantes, mientras bostezaba profusamente. Violet estiró sus miembros con una sonrisa de placer en los labios, aunque siguió con los ojos cerrados durante unos instantes. Inspiró varias veces el dulce aroma del chocolate caliente y los bollos recién horneados que llenaban sus fosas nasales.

Los habían dejado en la mesilla de noche.

Parpadeó para despejar el sopor y cuando logró fijar la visión, lo primero que vio fue a Diego, que estaba sentado en el lecho junto a ella. Se levantó de golpe y se quedó sentada sin saber qué hacía en la casa. Bebía un trago de café de una taza que sujetaba con una mano, la otra había estado apoyada en su cadera hasta el momento que se movió. Tenía un aspecto horrible, como si no hubiera dormido en toda la noche, y al momento, una profunda vergüenza hizo que se sonrojara hasta la raíz del cabello.

En Montenegro la había inundado el pánico, después la alegría, y había sido tan injusta con él que ahora se sentía incapaz de mirarlo a la cara.

Diego dejó la taza en la bandeja y tomó el chocolate para ofrecérselo.

Violet lo miró con mucha cautela, pero el rostro de su marido era sereno, como si estuviera relajado.

—Toma un poco, te sentará bien.

—Gracias.

Los dedos de Diego, colocaron una guedeja de sedoso cabello tras la oreja femenina. A ella le resultó una caricia sublime, tierna, y en modo alguno, merecida.

—¿Has dormido bien?

—Sin despertarme ni una sola vez —le respondió.

Diego hizo un gesto casi imperceptible que ella no vio.

Estaba convencido que ignoraba que era sonámbula. Violet bebió un trago largo de chocolate. Estaba delicioso. Diego le pasó un dedo por la comisura del labio superior para quitarle un rastro, e inmediatamente, chupó de su dedo la gota de líquido espeso.

—¿Adónde fuiste? —le preguntó con un tono de voz controlado—. Te busqué de forma desesperada por todo Córdoba.

Ella vaciló un solo instante, como si estuviese a punto de confesarle el mayor secreto de su vida.

—A contárselo a Miguel —le respondió con un tono de humildad que lo conmovió profundamente—. Alquilé un carruaje para que me llevara al cementerio de Nuestra Señora de la Salud, pasé horas en la cripta familiar, pero me sentí agotada y tuve que regresar a la casa para descansar. Sabía que vendrías aquí y te esperé, aunque no recuerdo el momento exacto en el que me dormí.

Diego cerró los ojos porque la respuesta era la que esperaba. El cementerio era el único lugar junto a Capuchinos que no había tenido en cuenta a la hora de buscarla.

—¿Pensabas decírmelo a mí también?

Violet tomó aire antes de ofrecerle una respuesta.

—Eras el segundo en mi lista de prioridades —le confesó con ojos brillantes y con una trémula sonrisa en los labios—. Cuando Luis enumeró los síntomas que le iba describiendo y me dijo que posiblemente estaba encinta. La luz estalló dentro de mi cabeza y sentí la urgente necesidad de contárselo a nuestro pequeño. Estoy convencida que mi ángel guardián es el responsable de este milagro.

—No me quites todo el mérito —le dijo Diego.

Violet entrecerró sus párpados con cierto recelo.

Diego suspiró impaciente. Había esperado no ver de nuevo esa desconfianza brillando en los hermosos ojos de su esposa.

—Le supliqué al Cristo que no me permitiera concebir, porque entonces no podría abandonarte. Se lo pedí cada día desde aquella vez que no tuve la entereza de negarme a ti, de impedir que me hicieras el amor. ¡Lo deseaba tanto, Diego!

—Lo sé —le respondió él con tono agitado—. Supe lo que pediste al Cristo.

—¿Cómo es posible...? —Violet no pudo terminar la frase.

—Aquella noche, yo le supliqué encarecidamente todo lo contrario —le explicó con emoción en la voz—. Deseaba más que nada en el mundo un nuevo hijo que volviera a unirnos. Nunca he deseado algo tanto, salvo estar junto a ti otra vez.

—¡Yo deseaba tu felicidad! —se justificó ella—. Por eso me marché.

—Seré feliz si estás a mi lado —le confesó con un timbre de voz aterciopelado.

Violet cogió la mano de Diego y la elevó hasta su mejilla.

—Aquella noche, cuando Miguel cayó por las escaleras, el miedo me atenazó hasta el punto de la locura. La angustia me impedía respirar. Corrí hacia la plaza Capuchinos para suplicar incesantemente al Cristo de la Misericordia que lo salvara. Le ofrecí a cambio la promesa de abandonarte, o mi propia vida, pero este nuevo hijo es la prueba de que no aceptó ninguna de las dos. ¡Me ha perdonado!

Todo adquiriría unas dimensiones gigantescas para Diego.

Nadie le informó aquella noche de que Violet había salido de la casa, ni por cuanto tiempo, no obstante estuvo allí para consolarlo cada día hasta la mañana maldita que se marchó, dejándole una sensación de pérdida absoluta.

—¡Te necesitaba! Y te fuiste —exclamó dolido.

—Mi pecado de codicia era demasiado grande para ignorarlo, por eso debía ofrecer un sacrificio, pero el Cristo no aceptó mi vida, y creí fervorosamente que escogía mi primera ofrenda: abandonarte.

—Te necesitaba —volvió a decir—. Te necesito más que nunca —afirmó.

—No más de lo que te necesito yo.

Diego la sujetó por los hombros y la atrajo hacia su pecho para abrazarla. Necesitaba contarle algo íntimo que lo martirizaba.

—La noche que murió Miguel me poseyó una locura destructiva. Quería castigarte porque te culpaba de su muerte, y por ese motivo te dejé fuera de la alcoba, como un maldito cabrón sin escrúpulos. Después me arrepentí, pero era tarde para deshacer el daño.

Violet lo supo siempre, y por ese motivo no podía reprochárselo. Diego había actuado movido por la desesperación, igual que ella.

—¡Perdóname! —le suplicó en un tono lleno de humildad.

Diego reconocía en esa palabra sus fracasos y debilidades como ser humano. Violet abrazó, todavía más fuerte, la ancha espalda de su esposo, con una sonrisa de júbilo en los labios.

—No tengo nada que perdonarte —le dijo con voz ausente de orgullo—. Siempre he soñado con hacerte feliz y estoy convencida que el Cristo de la Misericordia desea lo mismo.

—Te amo, Violet, como nunca llegué a imaginar que lo haría. Estás en mi sangre, vives en mi corazón, y moriré si me apartas de tu lado de nuevo.

—No lo haré, ¡lo juro! Por fin siento que he sido perdonada y que merezco el cariño que me profesas.

—Regresa a Bidasoa —pidió con un hilo de voz. Ella le mostró una sonrisa de felicidad completa—. Regresa a mi lado.

—Tengo que hacerlo. Colgado en el hermoso salón de nuestro hogar está el cuadro de Miguel, y yo debo estar donde esté su retrato.

La sorpresa en los ojos de Diego la enterneció profundamente.

—Mandé enviarlo justo después de llegar a la casa, momentos antes de salir hacia el cementerio para contárselo a nuestro pequeño.

El corazón de Diego amenazó con estallar de dicha.

Entre sus brazos tenía lo que más ansiaba en el mundo y, en su hogar, el recuerdo más dulce de todos. ¿Podía un hombre pedir más? Lo dudaba.

—Se llamará Diego —le informó ella—. Nuestro pequeño se llamará como su padre.

—Diego Miguel —concedió él con voz emocionada.

Epílogo

En el corazón de Bidasoa se escuchaba el sonido de una guitarra y el chapoteo de pies infantiles dentro de una fuente. La voz masculina cantaba una balada fácil, que los niños escuchaban a medias porque estaban más interesados en jugar a mojarse el uno al otro. Diego Miguel y su hermano reían con el rostro lleno de salpicaduras de agua. El pequeño Diego, de cinco años, tenía el pelo negro, los ojos castaños y era la viva imagen de su padre. Su hermano de tres años, era rubio como la familia de Violet, por ese motivo, porque era tan parecido a su cuñado, había aceptado llamarlo como él, y porque su esposa le había ofrecido a cambio noches de pasión interminable.

Él mismo tenía metido uno de los pies dentro de la fuente y lo mecía al ritmo de la música, el otro lo tenía apoyado en la piedra para sostener la guitarra en su regazo mientras tocaba.

Y la presintió. Siempre que ella estaba cerca, la intuía.

Los ojos masculinos dejaron de mirar a los dos niños, que ya estaban prácticamente calados, para clavarlos en la mujer que le sonreía desde el corredor de la planta alta. Estaba asomada a la barandilla con la pequeña Violet María en brazos. La niña, de apenas un año, hacía gorgoritos al ritmo de la voz de su padre. Diego no podía ser más feliz, ¡iba a ser una cantaora de primera! Además, la más hermosa de todas las muchachas de Córdoba.

Su pelo negro brillante y lleno de rizos lo tenía completamente cautivado, igual que sus inmensos ojos verdes que eran una bendición, porque eran idénticos a los del hijo que habían perdido años atrás.

Violet María era la niña de su corazón.

Su mirada oscura dejó el rostro de su hija para clavarla en su mujer, que tenía un brillo arrebatador en las pupilas.

Estaba hermosa y lo hacía el hombre más feliz del mundo.

Después de tener a Diego Miguel había dejado de levantarse dormida por las noches y de caminar sonámbula por los pasillos de Bidasoa.

Luis le explicó con infinita paciencia que su sonambulismo podía haber sido causado por la fuerte conmoción sufrida por la pérdida del hijo de ambos, pero, gracias a Dios, todo había vuelto a la normalidad después del parto, y Diego jamás le mencionó sus escapadas a media noche para plantarse delante del Cristo de la Misericordia y regresar sobre sus pasos poco después.

Pero, en Córdoba, la leyenda seguía creciendo, y las madres repetían a sus hijos la misma historia sobre el fantasma de Capuchinos: había encontrado al fin la rendición de su alma.

FIN

Nota de la autora

Como autora del libro, me he tomado la libertad de versionar una canción de los autores de copla: Román y Naranjo, de título Cada cual por su camino, para adaptarla a un momento específico de la novela donde es cantada por Diego Vílchez, a pesar de que la copla es muy posterior a la época de 1830.

Según la historia y la cultura, hasta el año 1850 nadie cantaba flamenco en Andalucía, salvo los gitanos, pero su cante vivía encerrado en un ambiente hermético y privado. En cambio, los cantos del tiempo del reinado de Fernando VII eran cantos andaluces: fandangos, rondeñas, peteneras, etc. Las coplas andaluzas estaban emparentadas con el folclore castellano y también morisco. Las letras del cante andaluz eran más literarias, pretenciosas y expresaban sentimientos. Eran versiones populares de poesías cultas, e incluso a veces procedían del teatro y de la zarzuela. El dualismo entre cante gitano y cante andaluz se fue atenuando con el tiempo y dio, a través de influencias mutuas, el hoy llamado cante flamenco.



ARLETTE GENEVE (Elche, España) es el seudónimo usado por María Martínez Franco, una escritora española de novela rosa desde 2007. Su novela *El carcelero de Isbiliya*, quedó entre las diez finalistas del reputado premio Planeta 2008.

María Martínez Franco nació 1966 en Elche, Alicante, Comunidad Valenciana, España. Además de escribir, trabaja como dibujante técnico en una empresa de arquitectura. Reside junto a su marido y sus dos hijos en Elche.

Notas

[1] En Granada, quinta de recreo con huerto o jardín. <<